

JACKSON PEARCE

Tres
Deseos

Una novela mágica



Sinopsis

2 Desde que su novio rompió con ella, Viola ha pasado los días deseando en silencio volver a tener a alguien que la quiera y, lo que es más importante, volver a ser parte de algo. Hasta que un día, sin darse cuenta, llama a un genio de otro mundo, que se quedará en el suyo hasta que la chica pida tres deseos. Genio está ansioso por regresar a su casa, pero a Viola le aterra desear, tiene miedo de no pedir lo correcto. Conforme los dos van pasando tiempo juntos, la línea entre amo y criado empieza a desdibujarse y Genio no tardará en reconocer que está enamorado de Viola.

Capítulo 1

Viola Cohen

3

Todo lo que he aprendido hoy en la clase sobre Shakespeare es que a veces tienes que enamorarte de la persona equivocada para encontrar a la correcta. Una lección más útil hubiera sido que a veces la persona adecuada no te corresponde. O que a veces la persona adecuada es gay. O que a veces tú mismo no eres la persona adecuada.

Gracias por nada, Shakespeare.

Finjo que sigo la lectura; la clave está en mirar a la profesora de vez en cuando para parecer interesada, pero en realidad estoy contemplando al chico que hay a mi derecha. Está sentado repantigado en su silla, con la boca medio abierta y viste un abrigo negro lleno de imperdibles. Las puntas de su pelo son de color morado y en cada oreja lleva una hilera de pendientes. Es uno de esos punkis, aunque algunas veces se mueve con los que van de skaters.

Me aprieto un poco los ojos para ver borrosa su cara. No me cuesta nada imaginar cómo le pintaría si deo que sus rasgos se difuminen. Se me mueven las manos, que anhelan sujetar un pincel en vez de un lápiz. Un pincel abanico, probablemente, para las puntas moradas y le añadiría unos cuantos tonos grises debajo de los ojos para tratar de capturar esa mirada adormilada y adusta que por lo visto tienen los punkis.

Todos en la clase pertenecen a un grupo cerrado u otro. Hay unas cuantas chicas guapas, unos cuantos drogatas, un par de chicos inteligentes y un buen puñado de emos con pulseras de plástico. Los he estado observando el semestre entero para intentar entender su aspecto, sus movimientos, sus voces... y luego he intentado pintarlos a todos. Como si al plasmarlo en un lienzo, tuviera la clave del misterio social sobre lo que les hace pertenecer a algo más grande que ellos mismos. Si pudiera descubrir por qué se encasillan, podría averiguar por qué yo no lo hago, por qué me he convertido en una chica invisible. El tipo de chica que tiene unos pocos amigos y un montón de conocidos, pero no pertenece a nada en concreto. Supongo que ser invisible es

mejor que fingir formar parte de algo, pero no te hace sentir menos solo.

—¿Así que en resumidas cuentas, la moraleja de esta obra es: Espera a ver a la persona desnuda antes de enamorarte por si acaso no tiene el... equipo esperado? —dice una voz desde el otro lado del aula y la clase, que antes estaba amodorrada (yo incluida), se vuelve para prestar atención al que ha hablado.

—Dice algo más que eso, Aaron, pero... sí —contesta la señorita Collins con dos dedos en su sien derecha. Es una profesora joven y siempre parece asustada cuando le toca hablar de sexo.

Aaron se encoge de hombros.

—Creo que le voy a empezar a pedir a las chicas que se desnuden antes.

Todos nos reímos por lo bajo y la profesora se ruboriza. Aaron sonríe de esa forma que normalmente vemos en los príncipes de Disney. Es el único que conozco que podría decir esa frase sin recibir un castigo a cambio. También es el único que conozco que no sé cómo se las apaña para formar parte de todo. Sus amigos son los líderes de todos los grupos cerrados, los guapos y famosos del instituto que tienden a atraerse entre sí, la Familia Real. Trato de imaginarme cómo serían los anchos hombros de Aaron en acuarela. Ojalá averiguara su secreto, cómo formar parte de todo. Ojalá no me sintiera invisible.

Suspiro y me pregunto si tendré la mala suerte de ir caminando a casa bajo la lluvia como pasó ayer, y me vuelvo hacia la izquierda para echar un vistazo por la ventana.

Unos ojos de color castaño oscuro se cruzan por un instante con los míos.

Reprimo un grito ahogado. Se supone que a mi lado hay un pupitre libre. ¿De dónde demonios ha salido?

Los ojos pertenecen a un chico de piel dorada que está sentado inmóvil como un gato que se prepara para atacar a un ratón. Me está mirando fijamente, con tanta intensidad que de hecho puedo notar su mirada traspasando mi piel. Sus ojos son penetrantes como los de un animal, indulgentes como los de un ciervo, o algo parecido, pero también intensos

como los de un lobo. Aunque me muero de ganas por apartar la mirada, no puedo, como si unas cuerdas me mantuvieran unida a él. La piel del desconocido brilla incluso bajo las anodinas luces fluorescentes del instituto, mientras la voz de la señorita Collins recita con más monotonía de lo habitual. El mundo se desdibuja en los contornos de mi visión.

¿Quién es? Parpadeo como una fiera para hacer que el mundo vuelva a ser tan nítido como antes, pero lo único que veo son sus acuosos iris castaños. Me estoy ahogando en ellos. Algo va mal. Me estremezco y hago un esfuerzo por apartar mis ojos de los suyos. Me duele, como si él envolviera mi mirada con sus dedos.

Intento concentrarme en la pizarra blanca que hay en la parte delantera de la clase, pero siento sus ojos sobre mí. La piel de los brazos se me pone de gallina. Quiero ignorarle, pero una parte de mí no puede evitar morirse de ganas por mirarlo de nuevo. Había estado mirándome, estudiándome, como yo estudiaba a los demás. ¿Por qué? Froto un labio contra el otro y me vuelvo hacia él con cuidado, usando unos cuantos mechones de mi pelo como un escudo entre nosotros.

Pero se ha ido.

No sólo del escritorio, sino de la clase. Nadie ha tocado la única puerta que hay en el aula, pero el desconocido no está por ningún lado.

Al final he perdido la cabeza, ¿no?

Doy un brinco cuando suena el timbre. La clase ha terminado. Arrugo mis escasos apuntes, los tiro dentro de mi mochila y me dirijo hacia la puerta. El resto de la clase sale corriendo por el pasillo; cuanto antes llegas al vestíbulo, más rato tienes para hablar antes de tu próxima clase. Me entretengo un poco más y pienso que quizás el desconocido está escondido detrás de un pupitre o algo por el estilo. Pero no, está claro que se ha marchado. Espiro, me escabullo por la puerta y corro por los pasillos pintados de azul claro hacia el patio, donde mi mejor amigo, Lawrence, me está esperando, enrollándose las mangas de su camisa de diseñador.

—Eh. —Lawrence sonrío cuando llego y luego se me queda observando con detenimiento—. ¿Te pasa algo?

6 Lawrence me tiene muy calada, siempre ha sabido lo que me pasaba, incluso después de que dejáramos de salir hace siete meses. Siete meses y cuatro días para ser exactos. El día que me convertí en una chica invisible. Hasta aquel entonces, pensaba que formaba parte de algo increíble, de algo diferente; al fin y al cabo, estábamos enamorados. Éramos especiales. Sin él, en cambio... bueno, la verdad es que no formo parte de nada. Tan sólo soy otra de las muchas chicas invisibles que hay en el vestíbulo del instituto, en el aula de dibujo e incluso en casa.

Niego con la cabeza.

—Estoy bien, es que estoy cansada.

Me lanza una de esas miradas de «no te creo» y vamos a nuestra próxima clase. Cada pocos segundos alguien saluda a Lawrence enérgicamente. Desde que reveló su sexualidad, su estatus pasó de estar de uno o dos puntos por encima de mí a ser un miembro con todas las de la ley de la Familia Real del instituto. Supongo que todas las chicas quieren tener un amigo gay. Ahora le invitan a fiesta, a reuniones sociales, a ver pelis por la noche y ese tipo de cosas de las que me acabo enterando por un cotilleo que le oigo a alguien varias semanas más tarde. Ignoro el saludo y miro por los pasillos a ver si encuentro a alguien nuevo a quien estudiar. Alguien diferente. Alguien a quien pueda analizar para criticarlo en acuarelas...

Me da un vuelco el corazón.

Ahí está otra vez el desconocido, apoyado en la vitrina de los trofeos con una expresión de enfado en la cara y la mirada fija. Aquella piel dorada y brillante le otorga el aspecto de un príncipe persa entre la multitud de rostros negros y blancos en su mayoría. Su mirada sigue siendo perturbadora, aunque por extraño que parezca, me atrae. Agarro a Lawrence de la camisa.

—¿Quién es ese? —le pregunto a Lawrence entre dientes.

El desconocido se pasa una mano por el pelo. Sus rizos son casi tirabuzones, aunque sin llegar a serlo, y se le enroscan en los dedos como joyas del color de la noche.

Lawrence mira hacia donde tengo clavados los ojos y frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Ese! El chico que está apoyado en la vitrina de trofeos.

Vuelvo a mirar al desconocido, pero ha vuelto a desaparecer. No hay ni rastro de su piel dorada contra las paredes azul celeste, ni de aquellos ojos castaños en los que ahogarse.

7

La cabeza me da vueltas. Creo que... No, sé que estaba ahí. Lawrence me mira con preocupación mientras entramos en el aula de ciencias.

—¿Estás segura de que estás bien? —me pregunta al pasar por la puerta.

—Supongo que sí.

—Bueno, llámame esta noche, ¿vale?

—Claro —contesto.

¿A quién más voy a llamar? Le doy un abrazo a Lawrence para despedirme, me meto en la clase de biología y siento un gran alivio al ver que no está el desconocido.

Pero su ausencia no dura mucho. Se ha pegado todo el día apareciendo en mis cambios de clase, en el fondo de las aulas y en la cafetería a mediodía. Su mirada se ha hecho incluso más intensa y el miedo ha sustituido por completo al atractivo. Y encima al parecer nadie, nadie en absoluto, lo ve excepto yo. La gente pasa tan campante por su lado en los pasillos y los profesores ni siquiera le miran cuando pasan lista.

Es como si fuera invisible, pero sin el «como». En realidad creo que es invisible. No como yo. Me refiero a que es invisible de verdad.

Invisible. Como un efecto especial de una película o un truco de magia, sólo que es real. Está justo delante de mí, me sigue o me persigue. Intento convencerme a mí misma de que estoy siendo irracional, pero no se me ocurre otra explicación de por qué el resto del mundo parece ignorar su existencia; aparte de la idea de que realmente es invisible.

Tengo que salir de aquí. Cuando suena el último timbre, salgo pitando por los pasillos hacia la puerta trasera en vez de ir al aula de dibujo. Los estudiantes de último curso salen del aparcamiento en sus coches relucientes, con las borlas de sus birretes ya compradas, colgadas del espejo retrovisor, tirando la ceniza de sus cigarrillos y gritándose unos a otros por las ventanas abiertas. Yo vivo a tan solo un kilómetro y medio del instituto, así que voy

caminando a casa como los novatos. Paso por delante de todos ellos con dificultad, con la cabeza gacha, en parte por miedo a que si levanto la vista, de nuevo me aborde la mirada del desconocido.

8 Mi casa es aburrida: tiene dos pisos, las contraventanas azules, montones de ropa por todos lados y una zona vallada donde una vez vivió un leal golden retriever. Y ahora está vacía, puesto que tanto mi padre como mi madre trabajan. Me tiro en el sofá de cuadros escoceses que hay en el salón. Lawrence tiene razón. Paso mucho rato en el aula de dibujo. Me envuelvo en una manta y cierro bien fuerte los ojos. Pero no hay manera, no me duermo, sigo imaginándome que el desconocido aparece a mi lado, con aquellos ojos inquietantes y en silencio.

Cojo el mando del televisor y me quedo embobada viendo un programa, *Los 100 mejores niños famosos*, que aunque es demasiada cultura pop para mi gusto, me deja agradablemente adormecida hasta que llegan mis padres del trabajo varias horas más tarde.

—¿Estabas durmiendo? ¿Estás enferma? —me pregunta mi madre al cruzar la puerta y ver las marcas del cojín en mi cara. Me levanto y voy con ella a la cocina.

—Un poco estresada.

Cuanto más breve y simple es lo que digo, menos preguntas me hacen. Y para ser franca, prefiero no contarle lo del desconocido a nadie, en especial a mis padres.

Mi madre va hacia la encimera y empieza a abrir cajas de comida china.

—¿Estresada? Cielo, tienes dieciséis años. ¿Cuánto estrés puedes tener? Pásame el tenedor, odio los palillos. —Abre una lata de Coca-Cola Light y le pega un buen trago antes de suspirar. Me mira y frunce el entrecejo como si estuviera recordando algo—. Espera, no quería decir eso. Lo que pretendía decir es: ¿Quieres contarme qué es lo que te provoca estrés?

—Ummm... no. Da igual —contesto enseguida y cojo una caja de rollitos de primavera.

Entre las novelas románticas y de memorias, mi madre ha estado leyendo por encima un libro titulado *Cómo volver a conectar con tu hijo*

adolescente. Estoy segurísima de que para volver a «conectar» nos ayudaría mucho más quemar el libro que leerlo, pero los libros de autoayuda son la respuesta de mamá para cualquier cosa, sobre todo para el hecho de que no quiera hablar con ella de Lawrence. Mi madre se encoge de hombros y hojea el periódico mientras yo cojo unas cuantas servilletas, y luego me retiro a mi habitación a comer.

Cuando tenía siete años, me encantaba el rosa y le supliqué a mi madre, antes de que volviera a trabajar a jornada completa, que pintara mi cuarto de un color que provoca migraña, llamado «Flamingo Dream». Ojalá no me hubiera escuchado, porque nueve años más tarde sigue siendo «Flamingo Dream». Bajo las persianas para atenuar un poco el rosa. Me tiro en la cama, que está cubierta de capas de viejas colchas de patchwork y de los peluches que aún no puedo guardar en el armario.

Giro la cabeza para mirar a la izquierda del colchón.

En ese lado dormía Lawrence cuando le colaba en mi habitación a altas horas de la noche. Era agradable quedarse dormida con el sonido de su respiración. La gente da por sentado que las chicas invisibles son las típicas que sacan sobresalientes, están en el grupo de debate o algo parecido. Pues no. Queremos que nos besen y nos medio desnuden antes de quedarnos dormidas junto a la persona que amamos, como todo el mundo.

«Se ha acabado. Déjalo ya.»

Paso la mano por el lado vacío de la cama y jugueteo con unos hilos sueltos de la colcha.

—Oye, ¿vas a parar o qué? —retumba una voz masculina en el silencio.

Grito tan fuerte que me hago daño en la garganta y se me quiebra la voz. Se me chocan los pies al intentar sacarlos de la colcha para tocar el suelo, el pelo se me pone delante de los ojos y se me pega a la cara. Hago un esfuerzo por sacar los pies de la cama, a pesar de que las colchas siguen enredadas en mis pantorrillas. Cuando logro encontrar el suelo, se resbala el montón de revistas *Seventeen* sobre el que estoy apoyada y derrapo hasta caer en picado en la alfombra. De golpe.

—Ummm, vale —dice la voz, irritada, pero mi corazón late tan fuerte

contra mi pecho que no me da vergüenza.

Coloco bien las piernas, desesperada, y miro detenidamente por encima de la cama, mientras respiro con dificultad.

Está apoyado en mi tocador, vestido con unos vaqueros y una andrajosa camiseta negra, y ha alzado las dos cejas. Tiene los pómulos marcados, la mandíbula cuadrada y es más alto de lo que yo creía. La luz se refleja en sus ojos de animal al clavarme la mirada de aquel modo tan expectante que estoy empezando a reconocer.

Es el desconocido.

He perdido la voz por el miedo antes de poder gritar para pedir ayuda. Él se cruza de brazos.

—¿Tienes esta vez un deseo o no?

Capítulo 2

Un Genio

11

Grita.

Claro, las mortales suelen hacer eso. Tenía que ser de nuevo una chica. En esta no hay nada especial que le haga invocar a un genio, pero pocas veces lo hay. Mis amos suelen ser aleatorios. Van desde adolescentes que dicen ser paganos, hasta madres jóvenes, pasando por ancianos con manchas en la piel. Todos tienen deseos. Esta en particular tiene el pelo liso, como una brocha. No está gorda, pero ya he concedido deseos del tipo «quiero estar más delgada» a chicas de su talla.

No puedo hacer nada hasta que se calme y pare de temblar, así que me apoyo en su escritorio lleno de cosas y tiro unos cuantos frascos de esmalte de uñas.

Pasan los segundos. Los minutos. Me da un escalofrío, noto cómo yo mismo estoy envejeciendo. Las células de mi piel se desprenden de mi cuerpo despacio, milímetro a milímetro. Mi cuerpo se descompone ante mis ojos y no puedo hacer nada para remediarlo. Pasa otro minuto.

Suspiro, impaciente. No puedo evitarlo.

Al menos con el suspiro logro que ella reaccione.

—¡No te acerques más! —grita mi ama con voz temblorosa—. ¡O gritaré y vendrán mis padres!

¿Así que vas a ir por ahí?

—Ya has gritado —digo— y puede que vengan, pero como nadie me ve excepto tú, quedarás como una loca. Te pasará lo mismo que cuando intentaste que tu amigo me viera en el instituto.

Aprieta los dientes. Sabe que soy invisible desde mediodía, sé cuándo se dio cuenta, pero confirmo que al oírme está aún más asustada. Está deseando que sea un acosador, porque es más creíble para ella que no la criatura invisible que soy en realidad. Sé lo que quiere, lo que siente, lo que desea, sólo con observar el movimiento de sus ojos, la manera de mover las manos o

las sacudidas de su pelo. Los mortales se delatan con mucha facilidad. Se leen como las palabras de una página, sin dificultad, si se conoce el idioma.

—¿Quién eres? —susurra con una voz débil y crispada.

—No tengo nombre —contesto—. Llámame como quieras. ¿Podemos ahorrarnos las formalidades y darnos prisa? Ya llevo aquí más de siete horas. Siete horas que no podré recuperar nunca. Cruza los brazos sobre su cintura y se apoya en la pared.

—¿Darnos prisa en qué?

Me paso una mano por el pelo. Si lo agarro, creo que me crecerá entre los dedos como si fuera hiedra.

—En pedir deseos. ¿Cuál es el primero? Quiero volver a Caliban, así que si acabamos antes de...

—¿Qué deseos?

Las palabras salen como estallidos de su boca y respira con dificultad en el silencio que hay a continuación.

Vaya, esta chica muerde.

Muy bien, intentemos un acercamiento distinto. Lo que sea para que empiece a pedir deseos.

—Volvamos a empezar. —Suave, piensa suave, displicente, contento, como una de esas resplandecientes compañeras de clase a las que mira fijamente—. Soy un genio. Estoy aquí para concederte tres deseos porque hoy has tenido un auténtico deseo y estás de suerte. Te han asignado a un genio, ese soy yo, para que te lo conceda. Un deseo que, entre todos los sitios del mundo, has tenido en tu clase de Shakespeare. Has deseado no sentirte invisible, sea lo que sea lo que signifique eso. Así que estaría genial que pidieras tus deseos enseguida porque hasta que no lo hagas, estoy aquí atrapado en vez de en mi propio mundo. Por favor, dime qué deseas. Puedes hacerlo. Di «deseo un pelo estupendo» y de ese modo podremos seguir avanzando, ama.

Pongo los ojos en blanco al acabar.

—Ve... vete —susurra, como si estuviera tratando de olvidar una pesadilla.

—Me encantaría, pero para eso tienes que pedir tres deseos y después del tercero ya no me verás más. Tú estarás en tu vida llena de deseos y yo regresaré a Caliban. Venga. Empieza con «deseo...» y tú pones el resto.

—¿Qué es Caliban? —susurra.

13

Su pregunta tira de mí, como si una ola me hubiera alcanzado y me arrastrara por la arena. Me sorprende que me esté preguntando por otros temas no relacionados con los deseos. Pero el tirón también es el resultado del vínculo que me conecta a ella. No puedo eludir las preguntas directas ni las órdenes de mi amo, y con cuanta más intensidad quiera la respuesta el amo, más fuerte es la sensación de ser arrollado por una ola. Se abalanza sobre mí y ahoga mi mente. Respondo enseguida para que desaparezca esa sensación.

—Caliban es mi mundo, al que me gustaría volver, gracias, puesto que allí no envejeczo. Los genios envejecemos como los humanos mientras estamos en la Tierra cumpliendo deseos, como ahora, que ya te has llevado — miro el reloj— siete horas y cuarenta y seis minutos de mi vida.

Veo como envejece delante de mí. Cada momento se solapa con el siguiente a la perfección, pero la deja un segundo más vieja, un poquito distinta de como era antes. Ella ni siquiera se da cuenta. Los mortales se olvidan de advertir que el tiempo pasa. Ha cambiado mucho desde que llegué. Tiene el pelo más largo, y también las uñas, por no mencionar los cambios en el tono de su piel. Yo debo de haber envejecido más o menos lo mismo. Tan sólo pensarlo, me dan náuseas, así como la expresión de escepticismo e incredulidad que refleja su rostro. Cada vez que duda de mí es un instante que pierdo de vida.

Me muerdo la lengua.

—Mira, te lo demostraré —suelto al final, más desesperado de lo que quiero aparentar.

Tiene la oportunidad de hacer realidad sus sueños y necesita una prueba. Qué absurdo.

La señalo y suspiro. Marchando un deseo genérico de una adolescente.

Mi ama agarra la lámpara que hay junto a la cama y se dispone a lanzármela. Mis manos se tensan y se calientan mientras un sonido de

remolino, como un tornado que gira en su habitación, retumba a su alrededor. Suelta la lámpara y se le cierran los ojos despacio al caérsele al suelo. Respira hondo cuando el aire comienza a moverse, a girar en espiral sobre su cuerpo. Su piel resplandece, su pelo se vuelve brillante y dorado, sus pestañas se alargan y su barriga está más plana. Está igual que antes de que Lawrence la dejara.

Mi ama abre los ojos. Levanta los dedos y se los pasa con cuidado por los labios. Me mira con recelo y desliza una mano hacia su estómago. Se hace a un lado para mirarse en un espejo enmarcado en mimbre y yo pongo los ojos en blanco cuando una sonrisa lenta y triste aparece en sus labios.

«Sí, eso es lo que quieres.»

Bueno, o algo parecido. Los mortales siempre quieren algo más. Desean dinero, pero en realidad buscan una vida sin preocupaciones. Poder, cuando lo que quieren de verdad es control. O belleza, cuando quieren amor. A veces lo saben y a veces, no. No sé muy bien lo que quiere ella, pero aún no he tenido una adolescente a la que no le haga ilusión parecerse a la gente falsa de las revistas. Es la táctica que suelo utilizar de «¡Mira lo que puedes tener!».

«Venga, pide un deseo.»

Hago una mueca cuando extiende la mano hacia su reflejo. Ya ha tenido suficiente.

Señalo a mi ama con la cabeza y una rápida brisa la envuelve. Su pelo otra vez es castaño, las uñas de sus dedos vuelven a estar mordidas y sus caderas aumentan un poco de tamaño. Se aparta del espejo con un brinco, como si alguien le hubiera dado un puñetazo.

—¿Qué... qué ha sido eso? —susurra.

—Querías una prueba de que soy real, ¿no? Pues ya te la he dado. No ha sido más que una ilusión. Pero puedes tener eso, si es lo que quieres. No tienes más que desearlo —la animé.

Se tira en la cama. Tiene los ojos abiertos de par en par y piel de gallina en los hombros. Siete horas y cincuenta y tres minutos. Mi ama todavía está temblando, pero a las siete horas y cincuenta y cinco minutos, la expresión de su cara cambia. Levanta la vista para mirarme a los ojos y antes de que diga

una palabra, yo ya siento un gran alivio. Me cree. No quiere, pero por fin me cree. Ya está un paso más cerca de pedir un deseo.

—Debería... Bueno, si todo es cierto, entonces debería desear la paz mundial o... o algo así —dice con la voz temblorosa.

15

Pongo los ojos en blanco. Algunos genios la engañarían. Le sonreirían, asentirían y dejarían que pidiera la paz mundial.

¿Por qué soy tan bueno?

—Sí, puedes pedir lo que quieras, aunque en este caso sería un desperdicio porque los deseos no son permanentes. Si deseas un millón de dólares se cumplirá, pero en cuanto te lo gastes, ya no habrá más. Si deseas la paz mundial, se cumplirá, pero en cuanto alguien dispare un arma, se acabó. Si quieres que tus deseos duren, tienes que pedir algo que te haga feliz y no la felicidad, porque en cuanto llueva, o tu gato se muera o algo por el estilo, ya no la tendrás. Pero no ocurrirá lo mismo si pides algo que te traiga la felicidad. Tienes medio millón de deseos para escoger, así que, por favor, elige uno que te haga feliz.

Se sienta en la cama y se lleva las rodillas al pecho.

—Entonces podría... desear que...

—Lo que sea. Algo específico... —digo ansioso.

Fulmino con la mirada al reloj que tiene en su tocador cuando pasa otro minuto.

—No sé qué me puede hacer... feliz. No sé qué podría hacer para volver a formar parte de algo.

—¡El pelo! ¡Ropa! ¡Como si quieres un novio nuevo! Venga —digo entre dientes.

Debería haber dejado que pidiera la paz mundial.

—El pelo y la ropa no van a evitar que siga siendo invisible —contesta desanimada—. Si pudiera... Si pudiera ser parte de algo, de algo especial. Si pudiera pertenecer a un grupo... ser alguien más aparte de la mejor amiga del chico gay que está como un tren o... si tuviera algo... algo por lo que ya no fuera invisible.

—¡Sí! —grito con tal falso entusiasmo que la asusto y pega un salto hacia

atrás—. ¡Desea amigos! Montones de amigos. Eso lo puedo hacer. No tienes más que decirlo di «Deseo tener amigos» y los tendrás. Invertir la invisibilidad es fácil. Puedo hacer que lleguen casi a adorarte.

—No —protesta—. Es que no son ellos... Es que... bueno, son simpáticos conmigo y todo eso, pero no acabo de formar parte de su grupo. No les importa si salgo con ellos o si me quedo metida en el aula de dibujo. Soy la invisible...

—Sí, vale —la interrumpo—. Lo que tú quieras. Hagámoslo.

Doy una palmada y me froto las manos, asintiendo.

No dice nada.

¿Por qué no dice nada?

Hago una bola con mis manos y tomo aire.

—Cuando tú quieras.

—¿Tal que así? —pregunta sin energía.

—Sí, tal que así. —Pasa otro minuto. Se muerde el labio, nerviosa—. Vale, ¿es que te supone... un problema que sea increíblemente fácil? —pregunto.

—Ummm... sí. Yo sólo... —responde con una voz que casi es un susurro.

Reprimo un suspiro.

—¿Y por qué?

—Es que... que sea tal que así... Llevo intentando formar parte de algo desde hace siete meses y cuatro días, pero ahora... que sea tal que así... No lo he conseguido, no pude lograrlo por mí misma, y ahora me lo das... así de fácil... ¿Puedo?

—Puedes agradecérmelo después de pedir el deseo —contesté con los dientes apretados.

—Yo... no. No puedo desear y ya está. —Su voz cambia, se hace más fuerte, y me mira con los ojos entrecerrados—. No soy tan patética. No tengo que pedir amigos. No puedo desear volver a formar parte de algo y ya está.

—Sí, sí que puedes...

—¡No! No lo haré. Vete.

—¡No puedo marcharme hasta que no hayas pedido tus deseos! —grito al perder los estribos.

—¿Y qué pasa si no pido nada?

Da marcha atrás.

El aire se congela en mis pulmones. Ha sido una pregunta directa, así que debo contestarla. Trago saliva con la esperanza de que la voz no me tiemble cuando responda.

17

—Que me muero. —Al decirlo en voz alta siento que envejezco más rápido y muero antes—. Si no pides los deseos, envejeceré como tú y terminaré muriendo aquí, como un mortal. Clavo la vista en el suelo y cuando logro mirarla a los ojos de nuevo, me siento aliviado, pero a la vez avergonzado al ver su cara apenada. Le da lástima un genio. No es justo que los mortales tengan tanto poder sobre nosotros. Pero aun así, por favor, pide un deseo.

—Vale—dice.

Soy incapaz de contener un suspiro de alivio.

—Ya veré qué pido —continúa—. No quiero... No quiero que nadie muera por mi culpa. Pero no te vas a morir ahora, ¿no? ¿Puedo pensármelo? Sólo un poco. Es que, bueno, no sé qué pedir...

Me dan ganas de mentirle y decirle que debe pedir el deseo enseguida, pero una vez más su pregunta ha sido directa y estoy atrapado. Asiento a regañadientes. No, no me voy a morir ahora. Su cara se relaja.

—Muy bien. De acuerdo, volveré cuando tengas un deseo —mascullo.

No es lo que quiero decir. Quiero estallar, gritar, obligarla a pedir un deseo ahora, antes de que pase otro minuto.

Asiente y se muerde el labio.

Tengo que salir de allí antes de decir algo que le haga odiarme. Si me coge manía, no confiará en mí, y si no confía en mí, no pedirá un deseo. El olor a suavizante de su habitación se desvanece y me invade la sensación de desaparecer como un líquido. El aire fresco de la noche sustituye las horribles paredes rosas y el sonido de los grillos, el murmullo de su ventilador. Ahora estoy en la entrada y me doy la vuelta para mirar su casa.

Me paso una mano por el pelo. Está más largo.

Maldita sea.

En Caliban no hay de qué tener miedo. Pero un día aquí y de repente temo por mi vida. Niego con la cabeza y me cruzo de brazos cuando me cala el frío de la noche.

Odio este sitio.

18

Los genios no duermen cuando están en la Tierra, así que mientras ella disfruta de una cama llena de colchas gigantes, yo no tengo otra cosa mejor que hacer esta noche que vagar por las calles hasta que se despierte y piense en un deseo. Respiro hondo mientras camino, aunque el aire sepa a la polución que contiene. Si me esfuerzo mucho, muchísimo, puedo bloquear el olor de la Tierra y acordarme de la puesta de sol de Caliban. Las puestas de sol en Caliban son extraordinarias: una luz resplandeciente se filtra por las ventanas de una ciudad elegante e ilumina las calles concurridas y los tranquilos jardines con un tono naranja pálido.

Si no pide un deseo, no podré volver nunca.

¡No! No puedo pensar así. Pedirá un deseo. Además, los ifrit no permitirán que eso ocurra. Pueden presionarla para que desee, ponerla en una situación en la que tenga que desear y hasta yo mismo podría ayudarlos a encontrar un modo de presionarla. No debería darme vergüenza pedirles ayuda; al fin y al cabo, es su trabajo. No obstante, nunca he recurrido a ellos... la idea de solicitar que hagan presión es un tanto embarazosa.

Me detengo y miro a mi alrededor. Estoy junto a un cartel en el que se lee «Parque Holly», rodeado de margaritas mustias. Delante hay una piscina cubierta con una lona de color azul desteñido, que cae hacia la parte honda, donde han cambiado las letras del cartel

«Normas de la piscina» para que se lea una palabrota. Las colillas de cigarros llenan la acera y el estanque que hay más allá está bordeado de sauces llorones y papeleras con graffiti. En el centro del parque, en cambio, hay un roble, alto y orgulloso sobre una colina, cuyas ramas se elevan hacia las estrellas. Es como los árboles de Caliban, que crecen, pero sin hacerse viejos.

Me acerco a él y me desplomo entre sus raíces cubiertas de musgo.

No hay estrellas en Caliban. Ni nubes. Hay sol y luna, pero nunca llueve, ni nieva, ni hay rayos ni estrellas. En Caliban ni siquiera la noche dura mucho.

Sólo hay puestas de sol que se convierten en amaneceres y en día. Hay parques como este, pero ninguno con palabras malsonantes; y hay casas como la de mi ama, pero no habitaciones pintadas de ese horrible color rosa. Las ciudades tienen rascacielos, pero no hay coches ni polución. Hay miles de genios, pero sin ira ni incredulidad.

19

Tengo que volver a casa. ¿Cómo soportan los humanos vivir en la Tierra, atrapados por la mortalidad de sus propios cuerpos? La nostalgia me invade, llena mis miembros y mis venas hasta que creo que voy a explotar de la presión.

Tengo que volver a casa.

Capítulo 3

Viola

20

El aula de dibujo está fría y tiene el suelo de piedra lleno de pedazos de papel y trocitos de bloques de parafina. Las paredes están bordeadas de quemadores y fregaderos porque hace mucho tiempo era el aula de hogar, antes de que el centro decidiera que era sexista enseñar a los niños a cocinar. Supongo que no importa. Sustituyeron aquella asignatura por dibujo y yo de todos modos no sé cocinar. Son las seis y media de la mañana del viernes, así que el instituto está casi en silencio absoluto, salvo por el suave zumbido de la enceradora del conserje mientras pule el suelo unos pasillos más allá. Un profesor grita a un compañero de trabajo detrás de mí y yo me sobresalto por el sonido de la voz. El hecho de estar preocupada porque un genio pueda aparecer en cualquier momento no va muy bien para los nervios. Tampoco había beneficiado en nada a mi sueño, puesto que ayer por la noche había dormido una hora como mucho.

«Para. Olvídate de él. Olvídate de los deseos y concéntrate en pintar.»

Saco varios caballetes y coloco en ellos los cuadros en los que estoy trabajando para la exposición de arte del colegio que tendrá lugar dentro de poco. El tema de este año son los paisajes y no puedo convencerme de que mis montañas no necesitan más árboles o... algo. Me echo hacia atrás y mis ojos se alejan hacia unos caballetes que están al otro lado de la clase, los cuadros de Ollie Márquez.

Estoy celosa, lo admito. He estado pintando pantanos, desiertos y montañas para la exposición. Están bien, pero no tienen nada especial. Los cuadros de Ollie, en cambio, son muchísimo más creativos. Ha pintado dormitorios en las montañas, salones bajo el agua y televisores en las orillas nevadas de un lago. Me levanto y camino hacia ellos. Ollie ha usado rojo, rosa y naranja fosforescente. Yo he usado verde oliva y colores apagados porque pensaba que así mis pinturas tendrían un aspecto más natural. Cada vez que intento ser atrevida y pintar con los colores de Ollie, mis cuadros parecen

baratos y horteras, como imitaciones de los originales de Ollie Márquez.

No importa que Ollie y yo siempre ganemos los mismos premios ni que estemos en las mismas clases de dibujo. Ollie es una artista. Es como si ella misma fuera un cuadro, una obra importada de una sala de exposiciones de Manhattan, con aros en las orejas y pañuelos en la cabeza y todo.

Y pinta con naranja fosforescente.

Y sale con Aaron Moor. Son el rey y la reina de la Familia Real. Ollie es otra de esas personas maravillosas que forma parte de todo, que flota con gracia entre los grupos de gente que la adoran. Paso una mano por los colores, son despreocupados, sensuales, irresponsables.

—¿Otra vez? ¿En serio?

Me muero de vergüenza al oír la voz.

—No tengo un deseo —refunfuño y me vuelvo hacia el genio.

Se impulsa con los antebrazos, que se doblan como ámbar flexible, para subirse a la encimera y se encoge de hombros.

—En realidad tienes muchísimos, lo que pasa es que te niegas a cumplirlos.

—No voy a usar un deseo para una estupidez —digo entre dientes. La verdad es que no sé qué es peor, si tener el deseo de un pelo bonito, ropa y formar parte de algo o que un desconocido lo sepa—. ¿Vas a estar... bueno... vas a estar otra vez todo el día apareciendo y desapareciendo?

—Sólo vengo cuando tú quieres o cuando tienes un deseo.

—Entonces... ¿me lees la mente? —digo y se me pone la carne de gallina en los brazos por los nervios.

El genio pone los ojos en blanco.

—No. Eres mi ama, así que estamos conectados hasta que pidas los deseos. Cada vez que quieras que esté contigo o que tengas un deseo, aquí estaré; ni siquiera tienes que llamarme en voz alta. Yo siento cuándo quieres que me presente. Es difícil de explicar, pero no leo la mente.

—Ah —digo, no muy segura de haberlo entendido.

—Y si no quieres que esté aquí, sólo tienes que decirme que me marche. No puedo desobedecer ninguna orden directa tuya, ama.

Hay un toque de sarcasmo —¿o es arrepentimiento?— en su voz.

La palabra «ama» hace que me dé un escalofrío.

—No me llames así —digo en voz alta.

Es extraño oírle decir esa palabra, como si alguien dijera que soy «sexy».

El genio levanta una ceja.

—¿Y cómo se supone que debo llamarte?

—¿Viola?

—No tenemos que llamar a los amos por su nombre.

Le miro, nerviosa. -Yo no soy el ama de nadie.

El genio respira hondo y pone los ojos en blanco.

—Muy bien, te llamaré Viola —acepta—. Ya llevo aquí diecinueve horas, Viola. ¿Sabes? Lo del nombre infringe el primer protocolo y tendré problemas cuando vuelva.

—Gracias —digo sinceramente—. Y gracias por infringir... ¿el protocolo? —pregunto.

Pone una mueca, como si mi pregunta le hiciera daño.

—Existen tres protocolos principales para los genios que están en la Tierra: respetar al amo, ser visible sólo para el amo y volver a Caliban lo antes posible. Por lo que llamarte por tu nombre de pila es una de las muchas maneras de romper la primera norma. Hay una lista exhaustiva para cada protocolo. Te daré una copia.

—Ah —digo sin estar segura de si está siendo sarcástico, pero lo que sí es cierto es que, haya protocolo o no, sigo sin dejarle que me llame «ama». Es espantoso—. ¿Qué pasa si te saltas el protocolo?

Suspira.

—Recibimos el castigo de los Genios Ancianos. A veces nos encierran. ¿Conoces la historia del genio en la lámpara? No era más que un genio que encerraron en una lámpara en medio del desierto por saltarse el protocolo. Así que preferiría no infringir las reglas, gracias.

—Vaya. Entonces... ummm... es que... «ama»... —me esfuerzo por que me salgan las palabras y trato por encontrar un término medio para que el genio no quede atrapado en una lámpara ni que tenga que llamarme «ama».

Por fin el genio alza las manos.

—Da igual —dice, negando con la cabeza, irritado—. Ya me ocuparé de los Ancianos cuando vuelva. Si es que vuelvo.

Asiento, me aparto de los cuadros de Ollie y voy hacia los míos, con la esperanza de que el genio desaparezca de nuevo si le ignoro.

Con cariño, paso un dedo por mi lienzo. Me encanta pintar, aunque sé que no soy precisamente una magnífica artista. Para el instituto puede que se me dé bien, pero no soy una profesional. Eso sí, cuando pinto, es como si mis emociones cayeran a través del pincel, brillaran, se atenuaran, las manipulara o se ocultaran. Todo lo de Lawrence, lo de ser invisible, lo de querer formar parte de algo... Lo puedo decir en un lienzo de un modo que nunca podré expresar en voz alta. Cuando la gente me pregunta sobre mis cuadros, les contesto que tienen un significado abstracto, pero en realidad todos hablan sobre mí a gritos en acrílico.

El genio me está observando, noto sus ojos clavados en mí. Respiro hondo para tratar de calmar mis nervios porque no quiero que me vea así, tan ñoña como cada vez que empiezo a pintar. Es como si me estuviera viendo desnuda. Cuando vuelvo a mirarle, tiene una curiosa expresión en su rostro.

—Perdona —dice en voz baja, tan rápido que parece que se ha olvidado de ser brusco conmigo. Nos sorprende a ambos y pienso que si la piel del genio hubiera sido un poco más clara, sus mejillas se hubieran sonrosado. El chico aparta la mirada por un momento y luego mira mi obra con una ceja levantada—. ¿Sabes? Podrías desear ser mejor pintora —dice firmemente, con los brazos cruzados.

Niego con la cabeza.

—No se trata de ser buena, se trata de... ponerle pasión.

Abre la boca como si fuera a decir algo, pero la vuelve a cerrar. Tengo la ligera sensación de que le he impresionado e intento no mostrar mi satisfacción.

Vuelvo a mi lienzo.

—Mira, cuando tenga un deseo, te...

—¿Con quién estás hablando? —me interrumpe una voz que no es la del

genio.

Me doy la vuelta para ver a Lawrence de pie en la puerta del aula de dibujo, con unos alargadores echados por encima del hombro y una expresión de confusión en su cara.

24

Momento Violento Número Uno del día.

—Yo...

Intento no mirar al genio, cuyos ojos están clavados en mí.

Me recuerdo a mí misma que Lawrence no puede verlo, nadie más puede verlo. No te pongas en ridículo y menos en el aula de dibujo.

—Con nadie. ¿Qué estás haciendo? —pregunto y señalo los cables con la cabeza.

—Para la iluminación de la obra de teatro, ¿recuerdas?

—Ah, sí. ¿Qué tal va?

—Fatal. El consejo escolar dice que Rizzo no puede creer que está embarazada y no dejan que Sandy lleve pantalones de cuero. Además, en el nuevo y mejorado instituto Rydell, no hay palabrotas, ni sexo, ni tampoco se fuma.

Se aparta de la puerta y deja los cables sobre una mesa.

—Parece un bodrio para todos los públicos.

Sonrío abiertamente. El genio se ríe de la broma detrás de mí, pero por supuesto Lawrence no le oye.

—Más o menos. Qué puedo decir... El equipo de fútbol prácticamente está patrocinado por Budweiser, pero el grupo de teatro enseña a una adolescente embarazada y todo se va al traste. Seguro que en Nueva York no tienen estos problemas. Muchas gracias, Carolina del Norte. —Lawrence señala mis cuadros con la cabeza—. Parece que están terminados.

—Tal vez. Tengo una semana más para trabajar en ellos y aún no están... no sé... como a mí me gustaría. Creo que vendré este domingo y me pegaré toda la tarde con ellos.

Estoy a punto de continuar hablando, cuando se manifiesta el Momento Violento Número Dos al inundar una alegre risa el pasillo fuera del aula de dibujo. Lawrence y el genio miran a ver de dónde procede, pero yo ya sé quién

es.

Tenían que aparecer precisamente aquella mañana, cuando yo tenía un genio siguiéndome a todas partes.

Ollie se acerca por el pasillo al aula de dibujo con un vestido de seda a topos y un collar largo de perlas de plástico. Al darse la vuelta por un instante, el tatuaje blanco de una paleta de pintor brilla sobre su piel de color miel. Detrás de Ollie, va Aaron Moor bebiendo a sorbos un capuchino que ha comprado en la gasolinera. Se detienen en el pasillo a besarse; no dura mucho, pero se aprietan el uno contra el otro y después se sonríen de un modo que me hace sentir insegura. Nunca me ha ido eso de besuquearme en público, ni siquiera cuando estaba con Lawrence, pero ahora mismo daría lo que fuera por fundirme con alguien de esa forma.

—Parece casi una genio —dice el genio con el entrecejo fruncido cuando Ollie y Aaron se vuelven a besar.

Se baja de un salto de la encimera y se queda de pie detrás de mí. Por supuesto que sí. Sólo Ollie Márquez podría parecer una criatura sobrenatural. Si las genios son tan guapas como su versión masculina, Ollie es clavadita a ellas.

Ollie me sonrío en cuanto entran en el aula de dibujo y yo hago un esfuerzo por devolverle la sonrisa a pesar del remolino de nervios que tengo en el estómago. Va hacia sus cuadros, mientras Aaron se deja caer en una silla y pone los pies sobre una mesa antes de mirarnos a Lawrence y a mí.

—Eh, Viola, si hubiera sabido que estabas aquí, te habría traído un café —dice con una sonrisa.

—¡Podrías haber deseado que te trajera un café! —añade el genio.

Intento sonreír a Aaron y a la vez poner los ojos en blanco hacia el genio, aunque la cara resultante probablemente me haga parecer que he perdido la chaveta. Perfecto.

—¡Dumott! —Aaron aparta la vista de mí y llama a Lawrence por su apellido. Son amigos, no como Lawrence y yo, pero sí se llevan bien porque ambos son miembros de la realeza del instituto—. ¿Qué haces con esos alargadores? —pregunta Aaron.

—Son para la iluminación de la obra de teatro. ¿No haces tú los decorados?

—Sí, eso intento, pero no he tenido mucho tiempo últimamente.

—¿Demasiadas juergas? —pregunta Lawrence con una sonrisa medio burlona.

Aaron se ríe y Ollie asiente con la cabeza. Trato de parecer muy ocupada ordenando los cuadros para no tener que hablar, ya que mi última «juerga» fue la fiesta de cumpleaños que di con unicornios a los once años.

—Es encantador, en serio. Deberías pedirlo como deseo —dice el genio con un tono de voz cansado.

Tengo dos opciones: ignorarlo o parecer una loca delante de Aaron. Tengo que ignorar al genio.

—Tus cuadros son geniales, Viola —dice Ollie desde el otro lado del aula—. Al final pensé en venir y retocar los míos.

—Gracias. A mí me encantan los tuyos —contesto mientras Ollie se agacha para ordenar sus cuadros de color rosa y naranja fosforescente.

Los celos se apoderan de mí tanto por los colores de su obra como por el modo en que su vestido ondea a su alrededor como si fuera agua.

—¿No te gusta? —El genio interrumpe mis pensamientos.

—Sí, me gusta. Es muy simpática —mascullo.

—Sí, pero esa es la razón por la que no te gusta. —Sonríe abiertamente y se acerca a mí—. ¿Sabes? Ella te conoce. Los dos chicos te conocen. No eres tan invisible como tú crees. Así que, ¿por qué no te deshaces de ese deseo en concreto y pides a cambio un buen capuchino por la mañana?

—Cállate —le ordeno entre dientes. Supongo que no puedo esperar que entienda que no se trata de que la gente me conozca, sino de que yo siento que no pertenezco a su grupo. Niego con la cabeza, llena de frustración mientras me doy la vuelta—. Y te equivocas con Ollie. Sí que me gusta —susurro por encima del hombro. No estoy segura de si es o no mentira, al fin y al cabo Ollie es simpática. Y perfecta. A todo el mundo le encanta Ollie.

«Respira. No dejes que atraiga tu atención.»

Espiro, me levanto y veo que Lawrence me está observando.

Momento Violento Número Tres. Lawrence alza una ceja y luego viene hacia mí.

—Estás en problemas —dice el genio con un ligero entusiasmo en su voz.

Me dan ganas de pegarle un puñetazo. Lawrence me coge de la muñeca al pasar por mi lado y estira de mí para que le siga. Ollie y Aaron están demasiado ocupados haciéndose bromitas y dándose el pico como para saber lo que pasa. El genio se aparta de en medio cuando Lawrence me arrastra hacia el armario del material.

—Me estás ocultando algo, Viola Cohen —dice Lawrence en voz baja. El olor a arcilla y pintura vieja llena mi garganta cuando inspiro.

—No te haces una idea —responde el genio mientras se apoya en el marco de la puerta.

Lawrence por supuesto no le oye. Me encantaría decirle al genio que se pierda, pero si hablo con gente invisible, no creo que Lawrence tenga menos sospechas.

—Sea lo que sea, Vi, puedes contármelo. No será peor que nada de lo que yo te he contado a ti. ¿Vas a tener secretos con tu mejor amigo?

Tengo que decírselo a Lawrence, me está haciendo sentir culpable. Le lanzo al genio una mirada asesina bajo la tenue luz antes de hablar.

—Si tuvieras... digamos, hipotéticamente, tres deseos. ¿Qué pedirías? —le pregunto.

—¿Qué? —exclama Lawrence.

Me desplomo en una escalera de tijera con un alto suspiro. Las palabras empiezan a salir de mi boca del modo en que las emociones normalmente salen de mi pincel. Comienzo por la clase de Shakespeare y sigo por ayer por la noche y esta mañana. Lawrence escucha, inexpresivo, y el genio me lanza unas miradas dubitativas.

Cuando termino me siento idiota, pero a la vez aliviada. Lo más seguro es que Lawrence no piense que estoy tan loca como yo creo. Aunque no puedo culparle si lo hace.

Lawrence se agacha a mi lado.

—Como... un genio. ¿Has invocado a un genio por accidente?

—Exacto. Pero ahora Genio no me dejará en paz hasta que pida un deseo.

—Yo no me llamo Genio, ¿sabes? Eso es como si yo te llamara Humana —dice el genio.

28 En vez de contestar, le paso de largo y miro el tatuaje de Ollie a través de la puerta entreabierta para evitar mirar a Genio o a Lawrence. Lawrence lleva sus dedos a mi mejilla y me hace volver a centrar la vista en él. Se me tensa la garganta, como cada vez que Lawrence me toca de esa forma. Me aparto de su mano.

—¿Y por qué no pides algunos deseos para que te deje en paz? —pregunta Lawrence.

Sigue sin creerme, me habla como un adulto a un crío con imaginación.

—Vaya. Me gusta este tío —dice Genio, que se aparta de la puerta y se deja caer a mi izquierda, enfrente de Lawrence—. Escúchalo, am...digo, Viola —se corrige a sí mismo. Suspiro y vuelvo a mirar a Lawrence.

—¡No es tan fácil! —replico.

—Claro que sí. Desea que Ollie sea tu mejor amiga o algo por el estilo —dice Genio mientras observa a Ollie con ojos escrutadores por la puerta del armario.

—Cállate —digo entre dientes.

—¡Yo no he dicho nada! —contesta Lawrence.

Noto que me sonrojo.

—Ah, estabas hablando con Genio, ya veo —dice Lawrence.

Me estoy desmoronando. Por su voz, diría que duda y me siento tan sola y asustada como cuando rompimos.

—¡Lawrence! ¡Estoy hablando en serio! —grito.

Él me coge la mano, disculpándose.

—No, no, lo siento. Es que... bueno, ¿cómo puedes tener dieciséis años y no tener ni idea de qué desear? —dice Lawrence y me pasa un pulgar por encima de mi mano.

—¡Exacto! —exclama Genio.

Le ignoro y estoy a punto de hablar cuando Lawrence pega un brinco.

Retrocede varios pasos temblorosos y se queda mirando por encima de mi cabeza, boquiabierto. Miro a Lawrence durante un instante antes de darme cuenta de que tiene la vista clavada en Genio, que ahora se está poniendo de pie lentamente.

—Es... real —A Lawrence se le traba la lengua.

Espiro y asiento. Por fin Lawrence está igual de loco que yo. Lawrence avanza medio paso y extiende una mano para darle un toqucito a Genio en el hombro. Cuando sus dedos entran en contacto con su piel, Lawrence se sobresalta. Genio se encoge de hombros y vuelve a mirar con cara de enfado. He advertido que mira muchas veces así.

—Espera, ¿por qué puede verte ahora? —pregunto y me levanto de la escalera.

—Me puede ver todo el mundo si yo quiero, aunque se supone que no debo porque entonces rompería el segundo protocolo. Pero creo que si me muestro ante él, pedirás los deseos más rápido y así podré volver antes a Caliban, que es el tercer protocolo... aunque ahora no sé por qué, pero dudo que sirva de mucho.

Genio inclina la cabeza hacia Lawrence, que vuelve a darle un toque en el hombro.

—Un genio. Tú... deseas... y... —murmura Lawrence.

Asiento.

—No era esa mi intención. Por lo visto, si tienes un deseo muy fuerte, aparece.

—Bien. —Lawrence traga saliva y le tiende la mano a Genio—. Pues encantado de conocerte, Genio. Genio le lanza una mirada de fracaso y le estrecha la mano.

—Vale. ¿Puedes hacer que pida un deseo? —pregunta Genio y me señala con la cabeza.

—Buena suerte —responde Lawrence y sonrío con burla.

Pongo los ojos en blanco hacia ambos y salgo del armario del material. Me siguen justo cuando suena el timbre y Lawrence continúa mirando a Genio, asombrado. Aaron está ayudando a Ollie a meter unos cuadros en un cajón,

pero alza la vista cuando nos ve.

—Lawrence, por cierto, mañana por la noche doy una fiesta —dice Aaron desde el otro lado del aula.

—¿Qué se celebra? —pregunta Lawrence con una voz forzada al intentar ignorar a Genio.

—Es... eeh... sábado. —Sonríe Aaron abiertamente—. Oye irás, ¿no?

—Sí, claro —contesta Lawrence y Aaron se vuelve hacia mí.

—Viola, tú también —dice.

Yo también. Estoy invitada. Mi primer instinto es mascullar un «no», pues no formo parte de la Familia Rea¹, y mis labios se separan para inventarme una excusa pobre como que tengo que visitar a mi abuela o algo parecido.

Pero entonces Genio se pone en mi línea de visión, con una ceja levantada y una expresión en el rostro de que algo le hace gracia.

No soporto que ponga esa cara. Quiero demostrarle que no me hace falta pedir un deseo para formar parte de nada. Aquí estoy yo y me están invitando a una fiesta. Puedo tener amigos yo solita, sin el pelo, la ropa o los zapatos que él me ofrecía, sin un deseo. Sólo tengo que decir «sí».

Sólo debo tener agallas para ir.

—Sí —digo en voz baja y lo repito para mí misma más alto—. Sí. Iré. Gracias por invitarme.

Toma ya, geniecillo.

Capítulo 4

Genio

31

Observo a Viola mientras abre los paquetes de comida que agradezco que no existan en Caliban. ¿Cómo pueden haber tantos platos precocinados? No me extraña que estos humanos envejeczan. Si consumes productos como esos, seguro que pierdes cinco años de tu vida al instante.

He gastado otro día más de mi existencia, sin ni siquiera una insinuación de que Viola vaya a pedir un deseo dentro de poco. Soy un genio bueno. Concedo deseos sin jugar con las palabras, no engaño a los amos. No me complico. Intento darles lo que realmente quieren. Y esta es mi recompensa, aquí estoy, sentado en la cocina de mi ama, porque ella ha decidido que le «horroriza» no saber dónde estoy.

Mortales.

—¿Tú comes?

La miro por encima del hombro. Ha vuelto a cambiar, su piel está ligeramente distinta y sus uñas un poquitín más largas. Recorro la habitación con la vista para ver con quién está hablando, pero no hay nadie.

—¿Sí? ¿No? ¿Genio? —pregunta.

—¿Me hablas a mí?

Asiente.

—Que si comes. Ya sabes, comida. ¿Quieres que te haga un panini mientras me preparo uno para mí?

—Eeeh... No. Bueno, sí que como en Caliban. Y también duermo. Pero... aquí no.

Nunca había oído que un amo se ofreciera a cocinar para su genio. No se hacen esas cosas. ¿Significa romper la primera norma sobre el respeto al amo? No estoy seguro... Debería empezar a llevar encima la Guía de Bolsillo del Protocolo para Genios. ¿En cuántos líos me había metido ya? Los Ancianos no eran conocidos precisamente por su indulgencia. Me pregunto si está mal que me llame Genio. Tengo que reconocer que es más agradable que oír «¡Eh, tú!».

Se encoge de hombros y pasa tan campante por mi lado hacia el salón, con la «comida» y una lata para beber en la mano. La sigo en vez de esperar a que me lo ordene, como suelo hacer, pero como casi nunca me da órdenes, me he acostumbrado a suponer lo que quiere. Se tira en el sofá y coge un bloc de notas de la mesa de centro. Yo me siento en un viejo sillón al otro lado de la habitación y pongo una mueca de asco al oler la piel envejecida. Todo lo que hay aquí me recuerda al tiempo. Se queda mirando al papel, inexpresiva. Ser mortal debe de ser aburridísimo.

—Tengo que preparar un discurso para la exposición de la semana que viene —dice y levanta la vista para mirarme—. Tenemos que hablar sobre nuestros cuadros. ¿No te parece una estupidez? Los cuadros precisamente dicen lo que tú no quieres expresar en voz alta.

—Yo creía que los cuadros servían para ser apasionado —contesto y me reclino cuando Viola vuelve a cambiar. Su pelo es un poco más largo, quizás, o sus ojos un poco más oscuros. Me cuesta decirlo con exactitud.

Se ríe con tanta tranquilidad que me asusta. Los amos no... se ríen de las cosas que digo. Piden deseos, yo se los concedo y luego me voy a casa.

—Ten —dice y me tira el mando a distancia del televisor.

—Ummm, gracias.

Y sobre todo, los amos no invitan a los genios a ver la televisión con ellos.

Divago mientras le doy al botón de encendido, los recuerdos de Caliban fluyen por mi mente. La mayoría son de mí sentado en mi apartamento, contemplando las calles bordeadas de flores y la ciudad verde y plateada que hay más abajo, mitad metrópolis, mitad jardín pero brillante y resplandeciente. Mi apartamento era pequeño, pero tenía un buen balcón que daba a la ciudad destellante y a las montañas del horizonte; no tenía nada que ver con los pisos estrechos, con olor a cerrado, que he visto en este mundo. Cierro los ojos y recuerdo cuando caminaba por los parques de jacintos y bocas de dragón en flor, cuando comía verduras al curry y arroz jazmín, mirando las luces del cielo...

Suspiro. Tengo que dejar de entretenerme pensando en mi hogar. Lo

único que consigo es sentirme peor. Abro los ojos y miro la televisión. Un rostro familiar aparece en la pantalla.

—¡Oye, yo conozco a ese! Es uno de mis antiguos amos.

Viola levanta la vista del papel.

—¿Quién?

—El tipo del abrigo largo. Sabía muy bien los deseos que quería pedir. Volví a Caliban en veinte minutos.

No me acuerdo de su nombre. De hecho, ahora que lo pienso, nunca he sabido el nombre de ningún amo hasta ahora.

Viola abre los ojos de par en par y mira la pantalla parpadeando.

—¿Keanu Reeves? —pregunta, llena de asombro.

Asiento.

—¿Qué pidió?

—¿No es evidente? —digo, señalando con una mano la pantalla—. Fama.

—¿Por eso es famoso? ¿Por un deseo?

—¿No has visto sus películas? No habrás pensado que la consiguió por sus aptitudes de interpretación, ¿no? Concedo deseos, no hago milagros.

Viola vuelve a mirar la pantalla, con los ojos entrecerrados por el sobrecogimiento.

—Supongo que tiene sentido —dice en voz baja mientras mi antiguo amo actúa bastante mal—. Guau.

—Intenté convencerle de que deseara ser un buen actor en vez de desear ser un actor famoso, pero me contestó que los buenos actores no siempre se hacían famosos —añadí.

Viola cambia otra vez.

—¿Qué otros deseos has concedido?

Su pregunta directa tira de mí, pero no es muy fuerte; sólo me está preguntando, no exige una respuesta.

«Un cambio muy bueno que suelen tener los amos», pienso antes de responder:

—La mayoría de veces son cosas normales. Dinero, éxito, amor... Una vez una mujer me pidió que le devolviera la vida a su perro. Fue un deseo

interesante, un tanto raro, pero la hizo muy feliz. No debería estar contándote esto. Creo que rompe la primera norma. Pero, oye, a lo mejor si te desvelo sus deseos, te doy alguna idea.

—¿Le devolviste la vida a un perro? —pregunta Viola—. Ese... ese es un deseo maravilloso.

—Supongo.

Finjo que para mí no tiene importancia, pero en realidad también fue uno de mis deseos preferidos.

—Entonces, ¿no hay nada que no puedas conceder?

¿No hay reglas? —pregunta Viola.

Me encojo de hombros.

—Más o menos. Bueno, no, supongo que hay unas pocas. No puedo conceder deseos que pidan más deseos. ¡Ah! Y no puedo convertirte en sirena.

—Ummm... ¿Qué? —exclama Viola, con las cejas levantadas y una sonrisita.

—Hace unos años tuve un ama que era adiestradora de delfines o de ballenas o algo por el estilo. Total, que quería que la convirtiera en sirena.

—¿Y esos Ancianos de los que hablas todo el rato tienen normas estrictas sobre no transformar a nadie en sirena?

—No, pero no puedo cambiar lo que es una persona cómo es esa persona, si es que tiene sentido.

—Ah. ¿Se puso triste cuando no pudiste hacerlo? —¿Mi ama? —pregunto, sorprendido—. Me imagino. Creo que lloró. No lo sé muy bien... —se me apaga la voz, pues me siento avergonzado de no tener una respuesta para Viola.

Me sonrío y los ojos se le llenan de una dulce tristeza cuando el cabello le cae delante de su cara. Me atrapa por un segundo y casi se me escapa el deseo que pasa por su mirada. Apenas puedo verlo, es algo profundo, algo que no me ha dicho, algo que me da la impresión de que no se lo ha contado a nadie. ¿Por qué no puedo mirar en su interior?

—¿Qué pasa? —pregunto.

-Se me suele dar muy bien saber lo que quieren los mortales...

Viola aprieta los labios y evita mirarme a los ojos.

—Yo no tengo deseos como esos. Bueno, sé lo que quiero desear: pertenecer a algún sitio, formar parte de algo, con alguien. Pero sólo quiero eso para poder... sentirme completa de nuevo, en vez de destrozada como estoy tras la pérdida de Lawrence...

—Aún es tu amigo, no le has per...

—Sí —me interrumpe—, sí que le he perdido. Sigue ahí en cierto modo, pero... He perdido algo. Una parte de mí se rompió cuando me di cuenta de que ya no me quería, de que ya no podía quererle como antes. Pero no puedo pedir un deseo para volver a sentirme completa. Me has dicho que no dura, que desear ser feliz nunca dura. Así que lo que me haría sentir completa es formar parte de algo en vez de ser invisible, pero no quiero desear eso. No puede ser que sea tan patética para desear una cosa así. —Su voz se apaga—. No sé qué hacer.

Me río. No quiero, pero no puedo evitarlo. No me extraña que no pueda saber lo que quiere, puesto que no es un auténtico deseo.

Los ojos de Viola brillan de ira.

—Me alegro de que te haga gracia.

Suelto otra carcajada.

—Bueno, es que es imposible ser una persona rota o completa. No eres más que una persona. Sólo puedes existir, sólo formas parte de ti misma, tú eres la única responsable de tu felicidad o de formar parte de algo o de lo que sea. Ese sentimiento de estar rota o completa no es más que un truco de la mente mortal. Los tres deseos no te harán sentir más completa de lo que eres ahora. Al menos no por mucho tiempo.

Espero que me responda y me eche la bronca como siempre. Pero, en cambio, baja la vista hacia el suelo y se le empañan los ojos porque se siente herida y avergonzada. Vuelve a su papel.

Me encojo.

Sólo es una mortal. No debería sentirme culpable por una mortal. Es culpa suya tener un falso deseo. Pero pasamos mucho rato en silencio y se me empieza a hacer un nudo en el estómago. Muy bien.

—No me he reído de ti —mascullo.

«Ya está. ¿Contenta?»

No alza la vista.

—No te enfades. Tengo que decírtelo, eres muy fuerte, ¿sabes? La mayoría ya hubiera pedido el deseo de formar parte de algo. Lo único que digo es que aunque lo desees, no te sentirás diferente a menos que encuentres lo que te haga... formar parte de algo.

—No me entiendes —dice con una intensidad que no había oído antes—. Puede que te pegues todo el día por Caliban sin hacer nada, rodeado de gente perfecta y completa y... Por cierto, ¿qué haces allí? ¿Cómo voy a esperar que lo entiendas?

Niega con la cabeza.

Viola no se da cuenta de que me ha hecho dos preguntas directas. Para ser sincero, podría evitar responder a las dos; en realidad ella no espera respuestas, por lo que no me siento obligado. Aun así, pongo los ojos en blanco y contesto aunque preferiría no hacerlo, pero quizá me haga sentir menos culpable.

—¿Tus padres han salido a celebrar su aniversario? —pregunto con nerviosismo y me doy la vuelta para mirar fijamente la película.

La pregunta capta la atención de Viola. Levanta la vista y asiente, mientras yo intento concentrarme en Keanu, que ahora está doblando cucharas en la televisión.

Esto es muy embarazoso. Tal vez no debería obsesionarme tanto con la culpa.

—¿Le ha regalado flores? —Miro por encima de ella. Asiente y el deseo de que alguien le traiga flores pasa como una flecha por delante de sus ojos. Como de costumbre, no expresa el deseo en voz alta. Orgullo humano. Contengo las ganas de poner los ojos en blanco y sigo hablando—. ¿De qué clase?

—Rosas. Estaban sobre la encimera cuando llegué a casa justo antes de... llamarte.

—¿De qué color? —pregunto.

—Rosa claro, creo.

Bajo la vista hacia mis manos al contestar. —Rosa claro. Eso es... Gentileza, admiración y gracia. A no ser que fueran rosa pastel, porque ese color significa amistad. Y si fueran más coral que rosa, entonces es deseo. Eso es lo que «hago todo el día» en Caliban. Reparto ramos de la floristería.

37

Espero a que se ría de mí, como hacen la mayoría de genios.

Pero en su lugar, pasamos varios instantes en silencio. Al final levanto la cabeza y veo que Viola me está mirando fijamente, con una expresión de perplejidad en el rostro.

—¿Eres el chico de las flores? —pregunta y las comisuras de sus labios se mueven para formar una sonrisa mal disimulada.

—Soy un repartidor de ramos. ¡Olvídalo, no debería haber dicho nada! —gruño.

Esto es lo que se recibe cuando se tienen conversaciones con el amo.

—No, no te enfades —dice, pero aún queda una ligera risa en su garganta. Es una risa profunda, distinta a la llena de vida que le sale cuando se ríe con la gente del instituto. Su cara resplandece de diversión—. No quería decir eso. Es que no me esperaba que hicieras algo así. ¿Por qué eres repartidor de ramos? ¿Pagan bien?

Apoyo la cabeza en mi mano. No debería haber intentado explicárselo. Quiere una respuesta a toda costa y aunque trate de ignorarla, las preguntas tiran de mí hasta que la sensación es demasiado fuerte para soportarla.

—No, no está bien pagado. De hecho, ni siquiera me pagan. No trabajamos por dinero, trabajamos porque nos gustan nuestros trabajos. Me gusta porque... —Pongo una mueca y suspiro—. Los genios no se enamoran ni se atacan como los humanos. Somos inmortales en Caliban, así que enamorarse eternamente es... poco realista. Pero cuando se reciben flores, nada importa. Es el único momento en el que no les importa que el genio que envía las flores sea sustituido por otro amante a la semana siguiente. Es... diferente. Es el instante en el que alguien no es otro genio elegido al azar, sino algo especial para alguien. Por eso me gusta ser el que reparte las flores, para verlo, eso es todo.

Espero un segundo antes de mirarla a los ojos, pero cuando lo hago, ya

no se ríe tanto, sino que esboza una ligera sonrisa en sus labios.

—Es muy bonito —dice—, aunque debes de sentirte solo.

Hago una pausa.

—No me había detenido a pensar en eso. No diría que me siento solo. No tenemos esa necesidad. A los mortales os hace falta compañía porque tenéis tristeza, deseos y un tiempo limitado de vida. Allí no tenemos esas cosas... — Se me apaga la voz porque no estoy seguro de si lo que digo tiene sentido. Viola asiente.

—¿Y tú les has enviado flores a alguien?

—La verdad es que no —contesto y me sorprendo a mí mismo, llevo siglos sin pensar en enviarle flores a nadie—. Las genios son un poco narcisistas y... eeh... avariciosas. Hace años que no salgo con nadie.

—¡Pero si eres encantador! —contesta.

Levanto una ceja al captar el atisbo de sarcasmo que muestra su sonrisa.

Me cuesta no reír cuando sus ojos brillan de la gracia que le hace su propia broma.

—Sí, sí. Aunque allí es diferente. No estamos encadenados los unos con los otros como los de aquí. En Caliban eres tú mismo, tienes tu propia identidad. Mientras sepas quién eres, puedes ser feliz, así que no hay una necesidad real de quedar con alguien a menos que estés aburrido.

Viola muerde la tapa de su bolígrafo con una sonrisa irónica.

—Sí. O a lo mejor es que no encuentras a nadie que quiera salir contigo.

Suspiro, pero sonrío.

—Vale, de acuerdo. Podrías desear flores, ¿sabes?

—No pienso hacerlo.

—¿Y flores y bombones?

—No.

—¿A quién no le gustan los bombones? Una caja de dulces con forma de corazón haría que cualquiera se sintiera completo —digo.

—Venga —responde—, sé razonable. No estamos hablando de elegir derecha o izquierda. Pedir tres deseos es algo muy importante.

—Para ti, no para Keanu.

—Bueno, eso está claro. Todo es fácil para Keanu. El tío esquivaba las balas —dice Viola.

Un chirrido alto la interrumpe, la puerta del garaje se está abriendo. Sus padres hacen mucho ruido al salir del coche, como si hubieran tomado un montón de vino en la cena. Viola me mira al levantarse del sofá.

—Me voy a mi habitación. Querrán ver algún programa de política o algo por el estilo —dice.

Me pongo de pie y me meto las manos en los bolsillos. Sé que no quiere que vaya con ella a su cuarto, pero al menos el miedo se le ha pasado.

—¿Me tengo que ir? —pregunto, aunque ya sé su respuesta. Me mira, disculpándose y asiente—. Muy bien —digo y la habitación se vuelve borrosa cuando empiezo a desaparecer—. Buenas noches, Viola.

Capítulo 5

Viola

40

Faltan 5 horas para la fiesta.

Cuatro.

Tres. Debería haber pasado el día pintando, el tiempo se me pasa más rápido de ese modo. Empiezo a rebuscar en mi armario para ver qué me pongo esta noche.

—Podrías desear un armario nuevo.

Oigo la voz de Genio detrás de mí. Esta vez no me sobresalto, supongo que me he acostumbrado a que aparezca y desaparezca. Suspiro y me doy la vuelta desde mi escasa colección de vestidos para mirarle a los ojos mientras me dejo caer en la silla de mi escritorio.

—Sí, un armario nuevo. Menudo deseo. Por cierto, ¿qué se ponen las chicas para ir a una fiesta en Caliban? —pregunto—. ¿Van muy arregladas?

—Supongo. Bueno, más bien informales. No llevan mucha ropa a las fiestas... —Levanto las dos cejas. Genio se encoge de hombros y continúa—: Todas las genios tienen más o menos el mismo aspecto, así que da igual.

—Eres tan romántico.

Sonrío con suficiencia y luego me río cuando Genio finge una reverencia caballerosa antes de tirarse sobre mi cama.

—Sí, bueno, a decir verdad, al cabo de un rato dejas de notar la diferencia entre un genio y otro. No tenemos nombre y todos nos parecemos bastante. Si ya cuesta distinguirnos, no te digo ponernos románticos con alguien en particular.

—Se me hace muy raro pensar que no tienes nombre. Tú eres Genio —digo. Y de repente pienso quién más podría ser sin ese título.

Genio se ríe y luego contesta con alegría:

—Supongo. Pero ese nombre me lo has puesto tú. Cuando vuelva a Caliban, volveré a ser un genio más...

Deja de hablar y su entrecejo se arruga al poner una expresión de

desconcierto que no acabo de entender.

Estoy a punto de preguntarle lo que está pensando cuando habla otra vez:

—A lo que iba, las genios van a las fiestas medio desnudas. No es tan atractivo como piensas, pero así lo quieren los Ancianos.

Empieza a rascar mi colcha con cara de aburrimiento.

—¡Eh, rebobina! —exclamo y niego con la cabeza—. ¿Los Ancianos quieren que las genios vayan medio desnudas?

—Bueno... más o menos. No quedan muchos genios. Creo que somos unos cuantos miles. Por eso tienen el protocolo y todo eso; las reglas se crearon para intentar evitar que muriéramos.

—¿Y las genios desnudas previenen la extinción?

—No, pero anima a... mmm... la reproducción.

Me muero de vergüenza.

—Perdón por preguntar. Es que creía que erais inmortales.

—En Caliban. Pero se van sumando todas estas visitas al mundo mortal, donde los genios envejecemos con el tiempo.

—Ah —digo y trago saliva para intentar ocultar mi culpa.

Genio se encoge de hombros y enrolla un hilo suelto alrededor de sus dedos.

Al final me doy la vuelta hacia la pantalla de mi ordenador y cliqueo sobre las imágenes de las novedades de la tienda Gap. Vuelvo a mirar mi armario con un suspiro. No tengo nada que se parezca a esa ropa. Tengo que ir de compras más de una vez al año.

Para colmo de males, cuando llega Lawrence para recogerme, parece que acabe de salir de una revista de moda. Le envuelve el aroma a café después de haber pasado el día trabajando en una cafetería de la zona, pero de algún modo hace que parezca colonia cara en vez de un cortado.

—Ponte el negro —me aconseja Lawrence tras desfilarse para él con los vestidos que tengo.

Genio, que ha estado jugueteando con mis peluches, alza la vista para mirarme.

—A mí también me gusta el negro —dice y empieza a ordenar los muñecos de modo que todos los gatos estén juntos.

Lawrence mira a Genio y se encoge de hombros.

—Hay unanimidad. Ponte el negro. Venga, es hora de irse.

¡Lo que daría por un pincel ahora mismo!

Al llegar a la fiesta, parece que estoy en un estreno raro de Hollywood: conozco a todas las estrellas, pero tan sólo unos cuantos me conocen a mí. Los observo a todos, los estudio, para intentar averiguar cuál es la mejor manera de captar esta enorme masa de luz, rojo, baile y cerveza. Hay copas rojas esparcidas por todo el jardín delantero, y todas las puertas y las ventanas están abiertas. Algo dentro se rompe y a continuación se oyen las risas gorjeantes de varias chicas. La música está tan alta que me hace vibrar el corazón. Hay tantos coches aparcados en el jardín y en la calle que tenemos que pasar la casa de largo y aparcar casi una manzana más lejos, donde sigo oyendo cómo resuena la música.

—¿Por qué estoy aquí? —dice Genio entre dientes mientras atravesamos la oscuridad hacia la casa brillantemente iluminada.

—¿Para darme apoyo moral? —contesto con una sonrisita de complicidad.

—¡Tú puedes, Viola! —exclama Genio y me anima con los brazos.

Me río.

—Muy bien entonces vete. —Las palabras salen de mi boca antes de darme cuenta de que se lo va a tomar como una orden directa. Le miro a los ojos—. Bueno... a menos que quieras quedarte.

Genio alza la vista para mirarme.

—¿Sabes? Me voy a quedar. Quién sabe, puede que esta noche decidas pedir un deseo.

—Hablando de deseos, Vi, podrías desear que me hubiera acordado de traer dinero para comprar cerveza —dice Lawrence mientras hurga en su cartera y llena el suelo de recibos arrugados—. Da igual. Seguro que podemos entrar —añade después de mirarme fijamente a los ojos y yo noto entonces cómo mi ceño se frunce de preocupación.

Lawrence se dirige hacia la casa y saluda con la cabeza a las dos chicas

casi desnudas que flanquean la puerta y llevan unos cubos llenos de billetes de dólares. Las chicas, de dientes resplandecientes y joyas de plástico, saludan a Lawrence con la mano y él señala su cartera vacía. Pero cuando mira hacia mí, ellas cambian la cara.

43

—Es que no podemos dejaros pasar a los dos gratis... para algo están los cubos de cerveza —dice una.

¿Se cree que no la oigo? ¿Que no he visto cómo ha cambiado la cara al verme?

Genio pone los ojos en blanco y masculla:

—Dile que tú tienes dinero.

Niego enseguida con la cabeza con la esperanza de que las chicas no me vean, pero Genio me empuja y me lanza contra ellas. Las miro para darles a entender que sé que parezco patética y desesperada, pero en vez de las miradas de asco que esperaba, una de las chicas alarga la mano y coge algo en el aire que deja en el cubo de dinero.

—¡Gracias! Entra —dice con una voz alegre.

Lawrence parece sorprendido, pero sonrío y se mete en la casa.

Yo me quedo helada.

—Es una ilusión —me aclara Genio—. Todos han visto que le has dado dinero. Por cierto, menudos aires la rubia...

—Gracias, Genio —le susurro con sinceridad mientras atravesamos el umbral de la puerta.

Le toco la mano un instante en señal de agradecimiento y me mira a los ojos de pronto, lleno de sorpresa.

—No he venido hasta aquí para marcharme nada más llegar —replica Genio, aunque su voz no tiene el tono que yo esperaba.

Vuelvo la vista justo a tiempo para ver la mirada de asco y arrepentimiento que pone al descubrir la fiesta donde me acaba de meter.

La casa está llena de ese olor dulce a malta, entre humo de tabaco y cerveza derramada. La música está muy alta, está demasiado oscuro y el ambiente cargado. Noto el sudor bajando por mi espalda del calor que hace de tanta gente que hay. Todos están de pie reunidos en pequeños círculos,

hablando, apoyados unos en otros: las chicas vestidas de fucsia y turquesa, con sus dientes rectos y perfectos; y los chicos, peinados a la moda, esbozando sonrisas de coqueteo. Aaron nos saluda con la mano desde el otro lado de la sala. Nos dice que vayamos con él.

44

Sonrío y Lawrence me pone una mano firme en el hombro.

—¿Quieres que me quede contigo, Vi? —pregunta Lawrence—. Eeh... ¿qué te parece si nos quedamos contigo? —se corrige cuando se acuerda de Genio.

Sé muy bien que le preocupa que haya ido a la fiesta. No cree que sea «lo que a mí me va». A lo mejor tiene razón, porque una parte de mí quiere agarrarle del brazo hasta que me tranquilice.

Pero no. Ya no quiero ser la chica invisible que siempre va con Lawrence Dumott. Quiero mezclarme con esta gente yo sola. Además, Lawrence también ha venido a pasárselo bien, no quiero que se pase toda la noche cuidándome.

—No —contesto y espero que mi voz suene más segura de lo que me siento yo. Lawrence asiente.

—Bueno, si me necesitas, vuelvo. Genio, ¿vienes conmigo? ¿O quieres ver cómo Aaron aplasta latas de cerveza en su mollera?

Pongo los ojos en blanco y Genio me lanza una mirada inquisitiva.

—Ve con Lawrence —susurro.

Estoy a punto de corregir la orden cuando levanta las manos con un gesto de:

—Ya lo sé. No es una orden. No es tan fuerte cuando no estás mandando algo.

Mira a Aaron con recelo, luego sigue a Lawrence y esquiva a un par de chicas que están bailando juntas para llamar la atención de unos tíos que hay a su lado.

—¡Viola! —Aaron vuelve a hacerme señas.

Está rodeado de rubias teñidas que me lanzan miradas aburridas. Me abro paso entre las chicas (que, gracias a Dios y no intentan bailar conmigo) y veo la piel dorada de Ollie al otro lado de la sala, donde le está dando sorbos a un combinado de color melocotón, que hace juego con su camiseta sin

mangas.

—¡Siéntate— Le diré a alguien que te traiga una cerveza —dice Aaron afectuosamente.

Los rostros de las chicas que hay a su alrededor se oscurecen. ¿Tienen celos de mí? No. Eso es imposible. Respiro hondo y asiento con la cabeza.

—Sería genial, gracias. —¡Oye! ¡Jason! —grita Aaron por encima del fuerte ruido de las voces y la música. Se da la vuelta un corpulento jugador de fútbol. Aaron levanta dos dedos y el chico mete la mano en la nevera más cercana. Luego tira las dos latas encima de la mesa de centro, Aaron las coge y me pasa una.

No me gusta la cerveza. Sólo la he bebido una o dos veces y me parece que sabe a alcohol desinfectante. Pero ahora no voy a rechazar una. Abro la lata y trato de beber sin saborearla demasiado. Aaron se da la vuelta y mira a una chica esbelta que acaba de contar un chiste. Miro a la chica que tengo al otro lado, pero no sé cómo empezar una conversación con ella. Además, lo más seguro es que no sepa ni quién soy.

«Di algo, Viola. Haz algo.»

Me hundo en el sofá. A lo mejor se me traga y de ese modo dejo de parecer una pringada en silencio, allí sentada, tímida e incómoda. Tal vez debería optar por marcharme.

No.

Quiero formar parte de esto. Necesito formar parte de esto. Yo puedo formar parte de esto. Sin un deseo. Suelto el aire y me obligo a sentarme derecha. Me inclino hacia delante para ver a Genio y a Lawrence que están sentados juntos en el patio. Están aquí, uno es invisible, es cierto, pero está aquí. Si ellos pueden yo también. Le doy unos golpecitos suaves a Aaron en el hombro y fuerzo una sonrisa cuando se da la vuelta hacia mí.

Capítulo 6

Genio

46

Sigo a Lawrence a través de una densa nube de gente y humo de cigarrillos, paso por una cocina llena de neveras y unas cuantas parejas dándose el lote mientras creen que nadie les mira. Lawrence me aguanta abierta la puerta que va a dar a la terraza. Vuelvo la vista hacia Viola, que se está sentando en el sofá que hay junto a Aaron. Está bien. Además, si tiene un deseo, me llamará... no tiene sentido que me quede esperando.

¿Por qué estoy tan preocupado?

Una chica llama a Lawrence y se acerca corriendo. Empieza a hablar rápido y Lawrence parece que quiere huir de ella. Alzo la mirada hacia las estrellas desperdigadas que se asoman detrás de una gruesa capa de nubes. Los minutos pasan, quizás un rato más. He comenzado a perder la cuenta del tiempo exacto.

El objetivo extraoficial de todo genio es conceder deseos en tres días: «Tres en Tres». Nunca he tardado tanto como ahora. Hoy es el tercer día y no hay ningún deseo a la vista. La desagradable sensación de estar envejeciendo no es tan fuerte como antes, pero todavía noto cómo pasa el tiempo y aún veo cómo Lawrence cambia constantemente delante de mí. Me pregunto qué habrá pasado en Caliban desde que me fui. Me imagino que no mucho. La verdad es que Caliban es una especie de máquina que funciona bien. Hay muy pocas sorpresas, los Ancianos ya se encargan de eso.

—¿Genio? —susurra Lawrence con severidad y de pronto me doy cuenta de que lleva hablándome desde hace un minuto o algo así.

Mis pensamientos sobre Caliban se desvanecen y me siento sobre la barandilla de la terraza. Cree que mi nombre es «Genio», me llama igual que Viola.

—Perdona, había olvidado que podías verme —contesto.

—No pasa nada. Llevas callado una media hora.

—¿Tanto rato? —¡Vaya, sí que estoy perdiendo la cuenta!—. ¿Cuánto

tiempo va a durar esto?—pregunto.

—Unas cuantas horas. El tiempo suficiente para que ella se dé cuenta de que las fiestas de barril no son lo suyo, eso, espero.

—Tú vas con ellos —le digo—. ¿A ti sí que te van estas fiestas?

—No, no mucho. Bueno, no es que las odie. Al principio era guay que me invitaran, estar aquí y todo eso. Pero ahora... —Se encoge de hombros—. Vi... este sitio no es para ella. No es que no quiera que se vuelva a sentir parte del grupo. Sí que quiero y me gustaría ayudarla, pero no quiero que lo consiga así. He intentado explicarle que no es invisible, que puede hacer lo que quiera con quien quiera, pero después del daño que le hice, supongo que no tengo derecho a evitar que haga lo que sea que ella crea que le va a hacer feliz.

Por fin. Lawrence acaba de expresar un deseo. En todo el rato que llevo con él, no había tenido ni uno, lo que es muy extraño en un mortal. Pero ahora el deseo está claro por el modo en el que sus ojos recorren el suelo: desea acabar con sus remordimientos.

—¿Qué os pasó a vosotros dos? —pregunto.

—La persona que va a hacer realidad sus sueños debería saberlo —contesta Lawrence con una sonrisa forzada.

Unas cuantas chicas que están cotorreando miran a Lawrence con las cejas perfiladas levantadas porque parece que hable solo.

—Estoy ensayando unas frases para una obra de teatro —les aclara Lawrence enseguida.

No parecen muy convencidas, pero les da igual. El chico suspira y empieza a contarme:

—Viola y yo éramos muy buenos amigos. Cuando entramos en el instituto, decidimos probar a ver qué tal nos iba de novios. Fue extraño y maravilloso a la vez, porque no estábamos nerviosos cuando quedábamos, ¿sabes? Parecía natural que acabáramos juntos como siempre les ocurre a los que son muy amigos en las películas de amor.

»Yo quería a Viola, pero comencé a darme cuenta de que sentía algo diferente de lo que ella sentía por mí. Me encantaba la seguridad que me daba, el hecho de tenerla ahí para hablar, de tener a alguien que me entendiera,

alguien a la que yo entendía. Pero era una amiga. Entonces una noche Viola me dijo que me quería y nos besamos, y supe que aquella vez habría algo más que un beso.

—Pero tú... —digo.

—Soy gay, sí. Y se lo dije justo cuando se estaba quitando la camisa — acaba de decir Lawrence con una mueca de disgusto y toca las hojas de una planta que hay en una maceta a su lado.

—El momento perfecto.

Lawrence asiente.

—A decir verdad, ni siquiera estuve seguro de que era gay hasta que llevábamos casi un año. Bueno el caso es que intenté explicárselo, pero me echó y estuvo semanas sin hablar conmigo. Se volvió más callada, más tímida... más solitaria.

«La destrozaste. O al menos ella cree que la destrozaste.»

—Pero entonces, ¿por qué no...? —Me callo a mitad de la frase.

«¿Por qué no te ha deseado a ti directamente?» es lo que estoy pensando, pero temo decirlo. Nunca he hablado con el posible sujeto de un deseo como este.

«Sí, Lawrence, puedo manipularte. Viola pide un deseo y yo te cambio la forma de ser.» Aparto la vista de él.

Lawrence niega con la cabeza, ya sabe por dónde voy.

—Viola no lo haría. Es mi mejor amiga. No desearía cambiarme de ese modo.

—Pero estar contigo le haría feliz.

—Sí, sí. Pero no es tan fácil. Amigo, cómo nos complicamos la vida —dice Lawrence con una amplia sonrisa—. Hazme un favor y no le concedas ningún estúpido deseo.

Una vez se pide el deseo, tengo que cumplirlo, pero no se lo quiero decir a Lawrence. No me está hablando como si fuera un genio. Me está hablando a mí. A Genio. Es curioso, no estoy seguro de si quiero acabar recordándole el protocolo sobre respetar a los amos y las normas de los deseos. Pero ¿es que no se da cuenta de que se supone que no soy más que un ser que concede

deseos?

Lawrence le da un buen sorbo a la cerveza que tiene en la mano.

—A propósito, ¿la ves desde ahí? No quiero que uno de esos futbolistas la convenza para que juegue a ver quién bebe más cerveza o algo por el estilo.

Me inclino hacia atrás sobre la barandilla y apenas veo el sofá por la puerta de la cocina, pero Viola no está allí. Aaron y ella se han ido y sólo han dejado una hendidura y unas cuantas chicas que parece que se están marchitando entre los cojines.

—Se ha ido. Los dos se han ido. Antes estaban en el sofá —digo con una mueca.

Lawrence suspira y frunce el entrecejo, preocupado.

—¿Me ayudas a encontrarla? —pregunta.

Yo asiento. Volvemos adentro y Lawrence se dirige hacia un comedor, donde la mesa está llena de cartas y vasos de chupito. Yo voy en dirección opuesta.

Los amos y los genios están conectados, por lo que normalmente encuentro a mi ama en cualquier sitio y reaparezco a su lado. Pero justo ahora es como si el vínculo que nos une estuviera oculto por una densa niebla. Aunque puede que sea porque estoy intentando buscarla cuando no hay ningún deseo que conceder. Estoy rompiendo la tercera norma. Si la ayudo sin que haya pedido un deseo, tendré menos posibilidades de volver pronto a Caliban. ¿Cuántas veces habré roto ya esta norma por ella? No tenía que haber hecho aquel truco en la puerta, pero esas chicas no deberían haberla tratado de aquella manera. Como si no importara. No la veo por ningún lado en la planta baja, así que subo las escaleras.

Arriba hace frío y está oscuro, a diferencia del ambiente templado de abajo. La música aquí no se oye muy bien, sólo distingo el ruido sordo de los graves, y las conversaciones que hacen tanto alboroto abajo no son más que un débil parloteo. Se oye tanto la respiración que así es como la he encontrado. El sonido irregular de la suya me llega desde el otro lado de la oscuridad.

—¿Viola? —La veo moverse en la penumbra y una sensación de alivio me

embarga—. ¿Qué haces? —susurro.

Está arrodillada junto a la puerta y agarra el marco tan fuerte con los dedos, que tiene los nudillos blancos. Miro hacia la habitación donde tiene la vista clavada, como si estuviera en trance. Ollie y Aaron están unidos en un fuerte abrazo, Ollie está casi desnuda y tiene el aspecto de una bailarina o una diosa romana bajo la luz de la luna.

Me vuelvo hacia Viola y ella deja de observarlos para mirarme a mí. El profundo deseo, el deseo de sentirse completa, aparece en sus ojos.

—Son tan hermosos... ¿ves cómo forman parte el uno del otro? —masculla sin apenas articular—. No... yo no... pretendía espiarlos. Es que los vi...

Suelta el marco de la puerta y, temblorosa, me da la mano y se vuelve hacia mí.

Vacilo.

No debería ayudarla sin que haya pedido un deseo. Es la tercera norma. Debería convencerla de que deseara formar parte de un grupo, ahora que está desesperada. Tal y como los Ancianos exigen. Debería hacer todo lo que estuviera en mi mano para regresar a Caliban lo antes posible.

Vuelvo a mirar a Aaron y Ollie, y luego a los ojos de Viola. Me necesita. A mí, no a los deseos ni al que concede deseos. Sólo a mí, a Genio. Nadie me ha necesitado antes, así no. En Caliban nadie necesita a nadie.

¿Cómo íbamos a necesitarnos si ni siquiera tenemos un nombre propio?

Me tiene la mano agarrada. La separo de la puerta, apoyo su espalda en la pared y le retiro el pelo de los labios. Ella se lleva las rodillas al pecho, sin rastro de risa ni burla en sus ojos.

—No tienes que formar parte de esto, no tienes que ser igual que ellos —digo después de esforzarme por que me salgan las palabras.

Capítulo 7

Viola

51

Las cuatro cervezas que me he bebido hacen que el pasillo se balancee y caiga. Sigue dando vueltas aunque esté apoyada en la pared, así que agarro a Genio del hombro para que se detenga el mundo. Se pone tenso y luego se inclina hacia mí para que pueda sujetarme mejor. Inhalo el aroma a miel y a especias que suele rodearle.

—No siempre soy tan patética —farfullo—. Antes sí formaba parte de algo. Creía que Lawrence y yo seríamos uno de esos amores épicos, los típicos amigos de la infancia que se hacen mayores, se enamoran y todo eso. Pero un día, de repente dejó de quererme... —Cierro los ojos y caen un par de lágrimas—. Fue horrible. Ya no había modo de ser lo que él deseaba. Daba igual cómo me peinara o me vistiera, o sonriera. Nunca llegaría a ser lo que Lawrence quería. Nunca tendré un amor épico. Nunca tendré... —Me callo.

No quiero pensar en aquel momento, pero no puedo evitar acordarme de la noche en la que Lawrence me lo dijo. Mi habitación estaba envuelta en una luz azul y las paredes color «Flamingo Dream» se tiñeron de un lavanda claro que lo dejó todo muy bonito. Lawrence me besó, ese fue mi último beso auténtico, y yo me fundí con él al acercarme más. Piel sobre piel, sin vergüenza y con un cosquilleo provocado por la escasa distancia, nos tocamos y nos amamos; fue muy hermoso. Entonces me dijo: «Espera. Ten algo que decirte». Se acabó. Y una parte de mí se rompió.

«Todo el mundo lo veía venir —me recuerda una voz en mi cabeza—. A nadie le cogió por sorpresa.»

Exhalo, puedo oler el alcohol de mi propio aliento, y cierro los ojos. Lo sabían. Pero yo no. Los mismos pensamientos han estado dando vueltas en mi cabeza desde que Lawrence me lo dijo. Sin embargo, debajo de ellos hay otro pensamiento que me reprende.

«Viola, lo sabías desde el principio.»

«Decidiste esperar a quedaros hablando tarde, por la noche; a cogeros

de la mano, a las clases de esgrima, a tocaros y a perder la vergüenza.»

«Te pusiste una venda en los ojos para no ver las miradas de soslayo que les lanzaba a los chicos, y que cuando te besaba ni siquiera te ponía una mano encima.»

52

Porque si lo sabía, entonces es culpa mía.

«Lo que sí es culpa tuya es que estés destrozada de esta manera.»

Se me retuerce el estómago y me dan ganas de coger a Genio de la mano y salir corriendo de allí, pero tengo las rodillas débiles, sin fuerzas; aunque no estoy segura de si es por el alcohol o por los recuerdos.

—Quiero sentirme como cuando estaba con Lawrence. Quiero volver a estar completa.

—No le necesitas para eso. No... No necesitas a nadie para eso. Ya estás... —Aparta la mirada, luego se pasa rápido una mano por el pelo, nervioso, como si le preocupara que alguien le estuviera vigilando—. Ya estás completa, eres fuerte y graciosa, y ellos no te hacen falta.

De pronto soy consciente de que estoy agarrando el antebrazo de Genio con mi mano derecha y que con la izquierda tengo entrelazados sus dedos, y me doy cuenta de que su piel es lisa y perfecta, no se parece a nada que haya tocado antes. Me muerdo los labios y me tiembla la mandíbula.

—Sal de esta casa —dice Genio en voz baja con una mirada intensa y penetrante, como si estuviera leyéndome la mente—. No necesitas a ninguno de los que están aquí. Yo te llevaré a casa.

A casa. Lejos de esta gente, lejos del único encuentro social real en el que he estado desde quién sabe hace cuánto tiempo. Niego con la cabeza.

—Pero es que yo... quiero volver a formar parte de algo para sentirme completa. Ahora mismo... —Vuelvo a mirar a Ollie y Aaron—. Sólo deseo formar parte de algo como ellos... —Me callo.

Mi respiración se detiene en algún sitio entre mis pulmones y mis labios. «Deseo.» No quería decirlo. ¿Por qué soy tan estúpida? Suelto el brazo de Genio mientras el corazón me late con fuerza.

Genio me observa con detenimiento me examina la cara.

Sonríe, pero no sé por qué parece triste. Se pone de pie con la soltura de

53 un bailarín y me levanta con él del suelo, despacio; cuando el pasillo da vueltas, me sujeta por la cintura hasta que le miro a los ojos de nuevo. ¿Qué he hecho? ¿Qué he deseado? No puedo parar de temblar. Intento decirle a Genio que pare, pero las palabras se pierden en mi garganta. Genio suelta el aire lentamente y aparta sus manos de mí, como si estuviera colocando un florero. Pone un brazo en su estómago y el otro, en su espalda. Se inclina un poco y aparta sus ojos oscuros de mí en el último momento. En voz baja, tan baja que casi no le oigo, habla mientras vuelve a ponerse derecho.

—Como desees.

Capítulo 8

Genio

54

El deseo tira de mí como si estuviera en un torrente de agua. Puedo decidir cómo concederlo, puedo meter los dedos en la corriente para que fluya como yo quiero. Le concedo el deseo con cuidado, soy más meticoloso de lo que he sido en mucho tiempo. Sería más fácil dejar que el deseo fluyera a través de mí y que se concediera por sí solo, pero puede que no fuera exactamente lo que Viola está pensando.

Quiero que sea correcto, no el simple resultado de la magia rápida y descontrolada. Tengo que incluir a Aaron, por desgracia, a Ollie... y a todos. Separo la magia y la vuelvo a unir. Aunque sé que no es más que un truco de la mente mortal, no puedo evitar esperar haberle concedido un deseo que le haga sentir de verdad completa otra vez. Quizá puedo conseguirlo.

Ya está. Todo está perfectamente preparado, como un capullo que se convierte en una flor impecable y simétrica. Oigo que Aaron le dice a Ollie en la habitación que tiene que marcharse y se pone la ropa. Viola me mira y sus ojos llorosos se secan y se llenan de aquella chispa que tienen cuando ríe. Enseguida me alegro de haber incluido aquella chispa al conceder el deseo. Quiero ver cómo cambia, quiero ver cómo se va su tristeza, pero sé que Aaron saldrá de la habitación en cualquier momento y... no.

Me largo del pasillo, del resto ya se encargará ahora la magia, y reaparezco en el parque Holly. Me tiro bajo un roble, me quedo mirando sus ramas y el cielo nocturno que hay detrás. Tal vez debería de haberme quedado para asegurarme de que todo resultaba según lo planeado. O para contarle a Lawrence lo que había ocurrido. O algo por el estilo.

No. Nada.

Meto los dedos en la tierra, como si echara raíces para no moverme del sitio. Ella es mi ama, ha pedido un deseo y punto.

«Piensa en Caliban. Cada deseo te acerca más a Caliban. Eso es lo importante. No si ella piensa o no en ti como un ser que concede deseos.»

«Piensa en todo lo malo de los humanos. En que envejecen. En esa fiesta. En que están contestando al teléfono. En la comida de microonda. En que los perros llevan camiseta.»

«En cómo se ríe Viola cuando está contigo, en que tiene miedo de decirte...»

«No, para. Vuelve a los perros con camiseta. No eres más que un genio. Si no fueras tú el que le concediera los deseos a Viola, sería otro genio elegido al azar. No eres especial. Ella no se comporta diferente contigo.»

—¿Un deseo en tres días? ¡Es tu peor récord! —dice una voz a través de la niebla de primera hora de la mañana.

Me levanto de un salto, con el corazón a toda velocidad por la sorpresa.

Hay otro genio, un chico alto de piel dorada, con el pelo color cobre y los ojos bronce, de pie junto al roble. Suspiro de alivio, es un amigo. Bueno, más o menos. Tenemos la típica amistad que tienen los genios, aunque he de admitir que desde que conozco a Viola y a Lawrence, tengo otro concepto de ese término. Estoy seguro de que ellos se preocupan más el uno del otro que lo que este genio se preocupa por mí.

—Aun así es mejor que el tuyo —replico.

Le empujo en broma y ambos nos reímos. Me alegro de volver a ver a uno de los míos.

—Sí, sí. ¿Qué tal te va?

—¿Me lo preguntas como un ifrit o como un amigo? —pregunto.

Lleva el uniforme de trabajo y una túnica azul oscura con una «I» con florituras bordada en la parte delantera. Ha envejecido, y mucho. Los ifrit van y vienen de Caliban y la Tierra con más frecuencia que la media de los genios, cada vez que se tiene que hacer presión, y la edad ha empezado a notársele en la cara. El chico —hombre en realidad, pues aparenta físicamente más de veinte años— se ríe.

—Deberías haberte convertido un ifrit, amigo mío, ¡así no tendrías que estar aquí atrapado, concediendo deseos, para empezar! —contesta eludiendo a mi pregunta.

Asiento y le dedico una sonrisa forzada.

Tal vez tenga razón. Los Genios Ancianos no hace mucho me pidieron que me hiciera ifrit. Conozco muy bien a los mortales, mejor que la mayoría de genios, por lo que para mí es fácil hacer presión; sé exactamente lo que hace espabilar a cada mortal, sé qué botones tengo que apretar para obligarle a que pida un deseo.

—No era lo mío —responde y espero que cambie de tema.

El ifrit se ríe y niega con la cabeza.

—Todo porque no pudiste acabar con aquel accidente de coche.

—¿Qué puedo decir? Soy un blandengue —respondo con una mirada dura. Odio que la gente lo saque a relucir.

El ifrit se da cuenta de que se ha pasado y levanta las manos.

—Perdona, amigo. No quería ofenderte.

—Vale —digo y niego con la cabeza—. No te preocupes.

—Bueno, avísame si necesitas que la presione para los dos últimos —dice el ifrit.

—¡No! No... No necesito presión —contesto rápido y mi garganta de repente se seca.

La idea de Viola en un accidente de coche tensa todos los músculos de mi cuerpo. El ifrit se encoge de hombros.

—Vale. Bueno, tengo que irme. Hay un ama de casa en Inglaterra que intenta aplazar sus deseos. Cree que así el genio se pondrá nervioso y le dará más deseos.

Pongo los ojos en blanco y me relajo un poco.

—¿De dónde sacan esas ideas? Nos vemos más tarde. No te preocupes, Viola pedirá los deseos.

El ifrit, que ya había girado sobre sus talones para desaparecer, se da la vuelta en un remolino de seda azul real, con una ceja levantada.

Maldita sea.

—¿Viola?

No hay forma de salir de esta, ¿no? Es un amigo. No le importarán las normas. No se lo contará a los Ancianos. No pasará nada.

—Es mi ama. Insistió en que la llamara por su nombre de pila —le aclaro.

¿Sabe que me gusta referirme a ella como «Viola» en vez de «ama»?

—Aun así.. ¡Vaya! Ten cuidado de no romper el primer protocolo. Recuerda que las reglas existen para nuestra propia protección.

—Claro. Aunque ya conoces a las adolescentes. No son los amos más fáciles. Además, no eres el más indicado para hablar del protocolo.

Sonríó abiertamente para distraerlo. El ifrit se ríe.

—Sólo porque no vigilen a los ifrit, no significa que no trate de seguir las normas. Sería imposible presionar en algunos casos sin romperlas.

—Excusas, excusas —digo.

—Sí, sí. Bueno, es muy tarde, amigo —dice.

Respondo con un gesto de afirmación y el ifrit desaparece.

Suspiro de alivio. ¿Y si me hubiera preguntado por qué no quiero presionarla? ¿Hubiera tenido que... mentir? ¿Que admitir la verdad? ¿Que darle un puñetazo en la nariz?

Espera. ¿Por qué no quiero que le meta presión? No es más que mi ama. Sólo es una persona a la que le tengo que conceder deseos. Sólo nos conocemos desde hace unos días. Sin embargo, la idea de que la presionen me tensa los músculos y hace que me dé un vuelco el estómago.

«Piensa en Caliban. Esto no ocurre nunca en Caliban. Aquí nadie te hace sentir así. Los Ancianos se aseguran de eso. Estás un paso más cerca de volver a casa y dejar atrás todas estas rarezas.»

Suspiro, me tiro al suelo y me apoyo en el roble. Un paso más cerca.

Capítulo 9

Viola

58

Algo ha cambiado.

El pasillo ya no da vueltas. Busco a tientas el brazo de Genio bajo la tenue luz, pero se ha ido. Estoy sentada en el suelo, aunque noto que hay algo más. Es como si me acabara de despertar de una siesta, sólo que mientras dormía todas mis preocupaciones y mis miedos han desaparecido. Ahora me siento como nueva y tengo una sensación en el pecho, casi cristalina, que me hace estar segura de que puedo hacer cualquier cosa...

—¿Viola?

Me doy la vuelta. El nombre no me suena normal, no suena para nada como cuando Genio o Lawrence lo pronuncian. Y entonces entiendo por qué.

Aaron Moor está de pie a mi lado y me mira con una sonrisa confusa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con una ceja alzada.

Extiende la mano y me levanta tan rápido, que me mareo, y luego me pasa un brazo por la cintura. Aprieto las rodillas e intento aguantar la respiración. Seguro que se ha equivocado. Está oscuro y se cree que soy otra persona.

—Viola. Soy vi... —Cojo aire a mitad de la frase.

Ya sé qué ha cambiado.

He pedido un deseo. He deseado ser una de ellos, ser como Aaron y Ollie.

—No... no quería... —empiezo a decir, pero la sensación de terror que espero, no acaba de llegar. En cambio, me siento... feliz. Aliviada, incluso.

—Venga —dice—. Volvamos abajo. Te quería presentar a unas personas.

—¿Qué?

—A algunos amigos míos que no sé si conoces. —Aaron se me queda mirando un momento. Seguro que estoy con la boca abierta—. Por cierto, estás increíble. No puedo creer que no me haya dado cuenta antes. Supongo que estaba demasiado preocupado con Ollie... Pero ya no, hemos roto. ¿Cómo iba a

estar con ella si hay aquí una chica tan guapa como tú? —termina con una dulce sonrisa.

Soy guapa. ¿Soy guapa? Me siento... me siento guapa. Y despreocupada, irresponsable, segura de mí misma y todas esas cosas que sentía antes de lo de Lawrence incluso más. Aaron me suelta la cintura, me coge de la mano y camina hacia delante. Yo tropiezo al seguirle escaleras abajo, hacia el salón, donde continúa la fiesta. Una parte de mí quiere agachar la cabeza por la timidez, pero una fuerza superior me obliga a mantenerla barbilla alta, los hombros hacia atrás y mi mano firme en la de Aaron. Si antes, al llegar a la fiesta, había sido como aparecer en un estreno de Hollywood, ahora al bajar las escaleras es como ser una joven estrella sobre la alfombra roja, rodeada de sonrisas amables y gente que grita mi nombre.

Aaron pide que cambien la música y mientras ponen otro CD, la gente se levanta a coger bebidas y nuevos asientos. Aaron y yo —¿Aaron y yo?— nos sentamos juntos en un sofá de dos plazas que da a la puerta principal. Unas chicas que no conozco se acercan a nosotros y me preguntan por mi pelo y mi ropa, y si odio a Shakespeare tanto como ellas. Todo esto sin que les preocupe cómo me llamo. Como si me conocieran de toda la vida. Como si siempre hubiera ido con ellas. Como si siempre hubiera sido una de ellas. ¿Es real?

Debería sentirme culpable. Esto no es normal. No es real. Es un deseo.

Pero no me siento culpable en absoluto. Estoy demasiado contenta. Si hubiera sabido lo maravillosa que me iba a sentir con un simple deseo, todo el dolor que podía borrar...

Una nueva canción resuena por los altavoces, Aaron me pone un brazo por encima del hombro y juguetea con mi pelo de un modo que me da escalofríos en la espalda. Me quiero acercar más a él, pero una parte de mí se tambalea por miedo a que un falso movimiento lo arruine todo. Miro a Aaron a los ojos e incluso ese simple gesto me hace sentir que formo parte de algo, que de repente puedo tener contacto visual, conversaciones y miradas significativas, en vez de saludos con la cabeza al pasar por los pasillos. Me hace sentir especial.

—¿Qué pasa?

Lawrence. Aparto la vista de Aaron y descubro que Lawrence está junto al sofá de dos plazas, con los brazos cruzados. No parece enfadado, sólo confundido, y sus ojos no paran de ir de Aaron a mí.

—No mucho, no mucho. ¿Lo estás pasando bien? —le contesta Aaron a Lawrence.

Lawrence asiente de manera cortante y vuelve a clavar la mirada en mí. Dos futbolistas aparecen por la puerta delantera con un barril de cerveza y mientras Aaron está distraído animándolos, yo respondo.

—He pedido un deseo.

Mi intención es pronunciar las palabras en voz alta, pero sólo muevo los labios por miedo a que si lo digo, las cosas se gafen.

—¿Has pedido que Aaron salga contigo? ¿Eso es lo que has deseado? —exclama Lawrence tan fuerte que me encojo de preocupación por si alguien le ha oído.

Le cojo de la mano para acercarle hacia mí.

—¡No! Ha sido un accidente. Ni siquiera pretendía pedir un deseo, se me escapó. Deseé ser como ellos, como Aaron y Ollie, y entonces... ¡Pasó esto! No sé cómo, pero... me siento...

¿Cómo explicarlo? Me siento bien. Siento que formo parte de su grupo, que no estoy sola.

—¡Pero no es real! ¡Sólo es... sólo es un deseo, Viola! ¿Cómo has podido desearle... a él? —Lawrence parece ofendido, incluso traicionado, y me agarra las dos manos —.Sé que te he hecho daño, pero este no es el modo de solucionarlo.

—¿Y cuál es? —replico—. No ha habido nada en estos siete meses que me haya hecho sentir mejor, pero ahora... es como si toda la tristeza no fuera más que un recuerdo. Ya no... ya no la tengo en mi interior. Estoy demasiado contenta para estar triste.

—Quiero que seas feliz por ser quien eres, Vi. No porque hayas pedido un deseo.

—Pero hasta que eso ocurra —digo y le lanzo una mirada rápida a Aaron—, con esto me basta. Mírame, Lawrence. Tú me entiendes mejor que

nadie. Por favor. Hace muchísimo tiempo que no siento que formo parte de algo, que no tengo algo más que solo a ti y a Genio. No lo estropees, Lawrence. Me lo debes.

Nunca se lo había reprochado de aquella manera y a decir verdad, no estoy segura de si se lo merece.

Lawrence hace un gesto de dolor, como si le hubiese golpeado, y luego niega con la cabeza.

—¿Que te lo debo? Sabes que no pretendía hacerte daño.

—Pero me lo hiciste —murmuro.

Lawrence suspira y me aprieta la mano.

—No me gusta, pero si esto es lo que te hace feliz, por ahora, entonces... muy bien. —Parece frustrado, pero el sentimiento de culpabilidad que tengo enseguida desaparece; es como si no pudiera existir la desdicha en mí. Me suelta las manos y mira la sala a su alrededor—. Por cierto, ¿dónde está Genio?

—Se marchó —respondo. Me atrevo a acercarme un poco más a Aaron, aunque sigo sin creer que pueda caer en sus brazos—. Justo después de pedir el deseo. Me ayudó a levantarme y después... se fue.

—¿Quién? —pregunta Aaron y vuelve a nuestra conversación.

—Nadie —contesta Lawrence antes de que yo pueda balbucear una respuesta. Vuelve a mirarme y se hace el tranquilo—. Aún vamos a desayunar juntos antes de que te deje en casa, ¿no?

No teníamos ese plan y, para ser sincera, tengo miedo de marcharme. ¿Y si al dejar la fiesta el deseo se termina? No puedo volver a ser una chica invisible.

Otra vez no. Aun así, Lawrence es... bueno, Lawrence.

Asiento y me acerco a Aaron mientras Lawrence desaparece entre la multitud.

Capítulo 10

Genio

62

—¡Genio!

No es Viola la que me llama, sino Lawrence. El cielo está a punto de iluminarse; los árboles son siluetas en lugar de nada más que oscuridad. Me pongo de pie bajo el roble y me sacudo la tierra de las piernas. Ha descubierto que ha pedido un deseo. Podría esconderme aquí para no tener que verle. No estoy obligado a presentarme ante él como cuando me llama Viola. Pero no, se merece una explicación. Suspiro y desaparezco del parque para reaparecer a su lado.

—¡Vaya! Lo de llamarte ha funcionado —dice Lawrence.

Está sentado en el asiento del conductor de su coche, fuera de la casa donde se celebraba la fiesta. Es extraño ver que donde hace tan sólo unas horas había mucho bullicio, ahora está muy tranquilo y en silencio, salvo por unas pocas personas que se tambalean hacia sus coches. El rocío matutino cubre los vasos rojos esparcidos por el jardín y ha empapado la ropa de un chico que se ha desmayado debajo de los setos de la entrada.

—Estoy esperando a que salga Viola. Entra en el coche —dice Lawrence con firmeza.

Su sorpresa inicial ya se le ha pasado. Asiento e intento calcular lo enfadado que está por el deseo de su amiga, pero me cuesta mucho leerle el pensamiento en este instante. Doy la vuelta al coche y me deslizo hacia el asiento del copiloto, donde acerco las manos al conducto de ventilación para calentarlas

—Tenemos que hablar —dice Lawrence me fulmina con la mirada.

Suspiro.

—Mira, ella pidió el deseo y yo tenía que concedérselo. Para serte sincero, no quería hacerlo.

—No estoy enfadado. Pero quiero saber exactamente cómo funciona. Me refiero a que si Viola quiere dejarle... ¿seguirá Aaron enamorado de ella?

Niego con la cabeza.

—Más o menos. Bueno, no. Los deseos no son permanentes. Deseó lo que Aaron y Ollie tenían, así que... hice que él la quisiera a ella en lugar de a Ollie. Era la mejor manera de darle lo que quería sin cambiar demasiado cómo es ella. En fin, hice algunos arreglos en el deseo. Todo lo que pude. Traté de que fuera un deseo para formar parte de algo, no un deseo de amor; pero puede acabar como cualquier otra cosa.

—Vale... vale. Bien.

Lawrence parece un poco aliviado.

—Y a ti te dejé fuera. Nada en ti ha cambiado —añadí.

No me parecía bien que la magia afectara a Lawrence. Me vuelve a mirar, suspira y niega con la cabeza.

—Ummm... ¿Gracias? ¿Sabes? Tú y tus deseos no facilitan nada.

Logro formar una ligera sonrisa.

—Cómo nos complicamos la vida, ¿eh?

—Algo por el estilo —contesta Lawrence y se frota las sienes.

Ambos nos volvemos para mirar hacia la casa cuando un movimiento capta nuestra atención. Es Viola que camina despacio hacia la puerta delantera, de la mano de Aaron. Les sigue un grupo de amigos de Aaron, que no tienen el mismo aspecto glamuroso bajo la luz del alba que la última vez que les vi. Viola, en cambio, está resplandeciente. Aaron tira de ella para acercársela y la chica levanta los hombros, tímida, luego se ríe, llena de vida, y deja que él la toque.

Aaron y Viola se acercan a mi puerta y se detienen. Miro por un instante los ojos de Viola antes de que desaparezcan tras la cabeza de Aaron cuando él se mueve para besarla. Lawrence y yo nos ponemos a darle a los botones de la radio del coche. Repetidamente. Por fin, Aaron la suelta y abre la puerta del copiloto; yo me meto en el asiento trasero.

—Oye, Lawrence, ¿dónde te habías metido? —pregunta Aaron con una amplia sonrisa y se frota las manos por el frío de la mañana.

—Salí afuera un rato —contesta Lawrence sin ánimo, mientras Viola se abrocha el cinturón de seguridad. Se vuelve hacia mí y me dedica una

sonrisita.

—Nos vemos mañana, guapa —dice Aaron y cierra la puerta del coche.

Nadie dice nada. Viola continúa mordiéndose el labio y nos lanza miradas nerviosas a Lawrence y a mí. Tiene un deseo en los ojos, quiere contarnos lo que le ha pasado el resto de la velada.

Gracias, pero no.

—¿Adónde vamos? —le pregunto a Lawrence para romper el incómodo silencio.

—A desayunar. O a cenar muy tarde —dice y señala el reloj.

Son las cinco de la mañana.

—Nunca había estado despierta hasta tan tarde —comenta Viola—. O supongo que nunca había salido hasta estas horas. El tiempo pasa volando, estaba sentada con Aaron y luego bailamos...

—¿Bailasteis? —pregunta Lawrence, al parecer sorprendido.

—¡Lo sé! Aaron me convenció, pero me lo pasé muy bien. Luego nos sentamos fuera hasta que empezó a hacer mucho frío... ¿Estabas aquí, en el coche? ¿Y tú, Genio, dónde estabas?

Lawrence asiente mientras yo contesto en voz alta:

—En el parque Holly. Voy allí por las noches. Si cierras los ojos... y los oídos... e intentas no respirar, se parece un poco a Caliban. Más o menos.

Viola se da la vuelta en su asiento para mirarme.

—Caliban. Por cierto, debo añadir que ya estás más cerca, ahora que he pedido un deseo.

En cuanto lo dice, su amplia sonrisa se desvanece un poco para transformarse en algo menos que euforia, pero más que simple alegría.

—Es cierto, sólo te quedan dos deseos más —respondo y me obligo a pensar en lo que estaría desayunando si estuviera en Caliban.

La comida allí se la toman muy en serio. La preparan con mucha elegancia y la sirven con una perfecta guarnición...

—Espero que aún podamos pedir beicon —dice Lawrence mientras se desvía de la carretera para meterse en el aparcamiento de un pequeño y sucio tugurio donde sirven desayunos.

El restaurante está lleno de todo tipo de personas: gente callada, adolescentes charlatanes y el viejo verde de turno. Dentro huele a beicon y a humo concentrado, y las camareras gritan los pedidos a un enorme cocinero que no para de dar vueltas delante de la plancha, friendo huevos y haciendo gofres. Nos sentamos en una mesa, Lawrence en un banco, y Viola y yo en el otro. Asqueado, centro mi atención en el cocinero para evitar oír las historias de Viola sobre el gran Aaron Moor.

Piensa en Caliban. En la vista de mi apartamento. En repartir flores. En la arquitectura curva, las ferias de la calle, las flores silvestres...

—Es mejor si no vez cómo cocina —dice Lawrence desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué? —pregunto al volver a la realidad.

—Al cocinero. Es mejor que no le mires mientras hace la comida. Parece que te estás empezando a poner enfermo.

—Tiene razón, Genio. ¿Quieres un poco de esta tostada? —pregunta Viola.

Me pasa su plato hasta que nuestros codos chocan. Niego con la cabeza.

—Estoy bien. Perdona. No necesito comer cuando estoy en la Tierra, ¿recuerdas?

En la máquina de discos empieza a sonar una canción insoportable sobre unos gofres, por la que se alegra la mayoría de clientes.

—Odio esta canción —se queja Lawrence y golpea su cabeza contra la mesa.

—Bueno — dice Viola, ignorando a Lawrence y mirándome a los ojos—, no te he dado las gracias, Genio. Por ayudarme, quiero decir.

—No te preocupes. Tú deseas y luego no me queda otra opción...

—Me refiero a antes de eso —me interrumpe Viola con una mirada significativa.

Entonces me doy cuenta de que se refiere a lo que pasó en el pasillo, mientras observaba a Aaron y Ollie, cuando la ayudé a ponerse de pie y ella agarró mi brazo... cuando fui su amigo, no el ser que le concede deseos.

—Ah, ya veo. De repente Viola y su genio tienen secretos —dice

Lawrence mientras me señala con un tenedor lleno de sirope.

Viola se vuelve a reír. Es una risa profunda y auténtica, mejor que la repetitiva canción sobre los gofres. Finalmente sonrío. Creo que es la primera vez que lo hago desde que pidió el deseo. Es difícil estar dolido cuando ella se ríe.

Capítulo 11

Viola

67

Aaron ha quedado conmigo en la cafetería el lunes por la mañana. Me echa un brazo sobre el hombro y me pasa un vaso de capuchino para llevar. Me indica que me siente en una mesa donde hay varios miembros de la Familia Real. Una chica elogia mi chaqueta y otra me invita a ver una película este fin de semana. Estoy segura de que estoy sonriendo y riéndome como una idiota, pero no puedo controlarme.

—Participa en la exposición de arte —dice Aaron y me lanza una mirada de admiración.

—¿En serio? ¿Es difícil pintar y dibujar?—me pregunta una chica mientras revuelve en su bolso en busca de un pintalabios.

Maldita sea. Debería haberme puesto pintalabios. Ollie siempre lleva pintalabios. Recorro con la vista la cafetería para ver si localizo su piel dorada, con la esperanza pero a la vez el temor de que estará allí. Me pregunto si estará enfadada conmigo por haber robado su trono. Una oleada de culpabilidad me atraviesa al pensar que no la he visto desde la fiesta, desde que pedí el deseo...

—¿Viola?

La chica del pintalabios interrumpe mis pensamientos y vuelvo a la conversación.

—Es... ah —tartamudeo. No sé por qué, pero decirle a esta gente que pintar es ponerle pasión no me suena muy bien—. Cuesta saber si has hecho algo bien o no. Siempre acabas viendo sólo los fallos.

Unos cuantos asienten y Aaron me besa la mano.

—Hablando de pintar —añade—, ¿puede alguien ayudarme esta tarde con los decorados de *Grease*? Se suponía que debía ocuparme de ellos el domingo, pero tenía demasiada resaca.

Unos cuantos amigos suyos asienten y se ofrecen como voluntarios.

—Yo no puedo —digo, sintiéndome un poco culpable—. La verdad es que

tengo que preparar mis cuadros para la exposición. El domingo estuve durmiendo todo el día y no pude venir al instituto.

Aaron niega con la cabeza.

—No te preocupes, guapa.

68 Me besa, esta vez en la boca, antes de que me dé tiempo a pensar, y se me ponen las mejillas coloradas. Estamos rodeados de mucha gente y no estoy segura de si estoy orgullosa por besar a Aaron o de si me avergüenzo de que todos nos estén mirando. ¿Y si se están preguntando qué hace Aaron Moor con una chica como yo? ¿Y si saben que es por un deseo? Aaron aprieta con fuerza mi boca hasta que cierro los labios y aparto la cabeza. Me dedica una amplia sonrisa y pasa su pulgar sobre mis manos.

—Perdona, me he dejado llevar.

El resto de la mesa se ríe antes de empezar una conversación sobre remedios para la resaca.

Todavía aturullada y roja como un pimiento por el beso, permanezco en silencio y finjo mostrar interés en una chica que se está acercando a todas las mesas de la cafetería. Lleva una caja de cartón azul, donde se lee en el lateral «Recauda Juergas». Creo que es de la banda del colegio. La chica me mira a los ojos y se dirige hacia mí.

No sé cómo se llama. No pega mucho con la Familia Real, no tiene arregladas las cejas ni lleva ropa extremadamente ceñida. Aun así, no parece intimidada, ni siquiera nerviosa cuando se acerca a la mesa. Pero sí parece frustrada, como si ya supiera que la van a ignorar o van a pasar de ella.

—Hola. La banda del instituto está vendiendo golosinas para ir a Filadelfia. A dólar el paquete. ¿Queréis comprar algo?

Nadie la oye, excepto yo, claro. La Familia Real continúa parlotando sin alzar la vista. Como si fuera invisible. La chica suspira y se vuelve hacia otra mesa.

—Espera —digo justo cuando se va a apartar de nosotros.

La chica me mira con las cejas levantadas. ¿Recuerda que yo era como ella hace tan sólo unos días? ¿O Genio también ha cambiado eso?

—Cogeré dos —digo y meto la mano en mi bolso para sacar dos billetes

de un dólar. Se los doy y me cojo dos bolsas de M&M's de la caja de cartón azul.

—¡Uuuh, chuches! —dice una chica de la Familia Real que está al otro lado de la mesa.

—¿Para qué las vendes? —pregunta uno de los chicos, tira un dólar en la caja y se lleva un Twix.

La chica de la banda pone los ojos en blanco por un instante y yo no puedo evitar reírme. Ella repite el rollo y, cuando acaba, me hace un gesto de agradecimiento con la cabeza. Yo le devuelvo el gesto y al apartar la vista, veo que Genio me está mirando, apoyado en la vitrina de trofeos, con una sonrisa de satisfacción. Le miro con una ceja alzada y él se encoge de hombros antes de desaparecer.

Cuando llego al aula de dibujo, después del último timbre, voy directa hacia el color rosa. Y el violeta. Y el naranja. No sé por qué, pero siento que puedo pintar con esos colores, que puedo salpicar el lienzo sin preocupación. Aparto a un lado mis antiguos cuadros, pongo un lienzo nuevo y ni siquiera me importa que mis dedos hayan manchado por accidente los bordes limpios. Retrocedo y miro el espacio en blanco.

Pero ¿qué pinto? Hay demasiadas cosas brillantes y resplandecientes, que se prestan a una increíble obra de arte. Aprieto los labios.

—Pinta un cuadro sobre mí, aburrido en el parque desde hace ocho horas —dice Genio.

Me doy la vuelta y le sonrío ampliamente.

—No le haría justicia, señor —respondo—. Además, estuviste aquí esta mañana, así que no han sido ocho horas en realidad.

—Vale —dice Genio y me roba la bolsa de M&M's que me queda en el bolso—. Sólo quería asegurarme de que todo va bien.

—Sí. Lo cierto es que todo va estupendamente. —Genio se sienta sobre una mesa mientras yo me vuelvo hacia el lienzo—. Aunque he de admitir que pensaba que sería más fácil pintar. Bueno, sí que quiero usar estos colores, pero... ¡Guau! Estoy bloqueada.

—Espera... —dice Genio. Se acerca por detrás y me quita el pincel de la

mano—. Ya lo tengo. Quedará fenomenal.

Introduce la punta del pincel en el color carmesí y lentamente pinta una cara sonriente en el centro del lienzo.

Me río, pero Genio retrocede y se cruza de brazos, admirando su obra, antes de hacerme una señal para que siga pintando. Aclaro el pincel, lo baño en color fucsia y añado pelo de punta a la cara. Hago una pausa mientras la pintura se seca. Se parece un poco al punki de la clase de Shakespeare. Hoy no había pensado en dibujarlo como otros días, ni siquiera se me había ocurrido.

—¿Viola? —me llama Genio cuando llevo un rato sin hablar.

—Perdona —me disculpo y me vuelvo hacia él—. Te toca, ¿no?

Niega con la cabeza.

—No se puede mejorar la perfección.

—Naturalmente —contesto.

Estoy a punto de continuar cuando oigo unos pasos que se acercan al aula de dibujo. Aaron aparece por la puerta.

—Hola, guapa —saluda con los ojos brillantes. Mira el cuadro de la cara sonriente y se dirige a mí—. Es... ummm...

Me sonrojo.

—Sólo estábamos... estaba... jugando.

—¡Eh! Eso es arte del bueno —dice Genio detrás de mí.

—Es magnífica —se burla Aaron de mí.

Me da un beso en la mejilla y entrelaza sus dedos con los míos, mientras trato de no tocarle la ropa con el pincel mojado. Aaron es cariñoso y tentador, pero soy muy consciente de que Genio tiene clavados en mí sus ojos oscuros.

—Genial —dice Genio con una mirada de resignación—. Cuatro horas más sentado en el parque.

«Perdona», le digo articulando para que me lea los labios.

Suspira, pero me dedica una sonrisa irónica antes de desaparecer.

Aaron me pasa un brazo alrededor de mi cintura.

—Vamos —dice y se dirige hacia la puerta, estirándome de la mano.

—Espera —digo y señalo al cuadro—. Tengo que preparar la exposición...

Aaron me pasa una mano por la espalda, que me provoca un agradable escalofrío.

—Al menos, déjame que guarde todas mis cosas —protesto con poco entusiasmo.

Aaron levanta una ceja.

—Ya las recogerás luego. Tengo que enseñarte algo.

Me muerdo el labio y él se inclina para darme un beso en la frente. Desliza una mano por mi brazo y con delicadeza me quita el pincel mojado de los dedos para dejarlo sobre la encimera. Debería ponerlo en agua, si no se estropeará el pincel por dejarlo secar demasiado tiempo, pero Aaron me arrastra hasta la puerta.

No hay nada en los pasillos, salvo el sonido de los profesores quejándose en la sala de descanso y el zumbido de la aspiradora del conserje. Aaron se detiene justo cuando llegamos a la puerta del salón de actos.

—Espera un segundo —dice y se mete la mano en el bolsillo trasero.

Saca un trozo de tela, que estoy segurísima de que lo ha arrancado del vestido de Julieta que pertenece al instituto.

—Estás de broma, ¿no? —digo a través de una sonrisa mientras me tapa los ojos.

—¿Sabes? No se lo pones nada fácil a un chico para que sea romántico —contesta Aaron.

Me río y sucumbo. Me sienta incómoda o no, ¿quién soy yo para rechazar un gesto romántico?

Aaron coloca sus manos en mis hombros y me lleva hacia el frío salón de actos. Huele a pintura en spray y a moho, y oigo mis pasos retumbando mientras camino. Aaron me conduce por las escaleras hasta el escenario.

—¿Lista? —pregunta.

—Sí —respondo casi sin aliento.

Aaron me quita la venda de los ojos. El salón de actos está casi a oscuras. En la negrura del techo, aparecen unas lucecitas resplandecientes, unas falsas estrellas que no se han usado desde hace siglos. Aaron señala con la cabeza la mesa iluminada donde están algunos de sus amigos, que levantan

el pulgar como signo de aprobación. Luego encienden las luces del escenario y nos iluminan a Aaron y a mí con un tono violeta azulado.

—¿Ves? Es como si fuera de noche —Dice Aaron, señalando a las estrellas que hay entre nosotros.

72

Asiento y me río de forma tan femenina como me es posible. Aaron se vuelve hacia donde hay extendida una manta en el centro del escenario, con una botella de Gatorade junto a una bolsa de Mars pequeños.

—Me aburría pintando los decorados de *Grease*, así que nos preparé un picnic bajo las estrellas —dice Aaron, que parece bastante satisfecho de sí mismo.

Le dedico una sonrisa tan amplia, que casi me duele al ponerla. Ha hecho esto por mí. Lawrence no había hecho nada así por mí.

Aaron y yo nos sentamos en la manta, él le da un trago a la botella de Gatorade y huelo la cerveza que hay dentro en vez de la bebida original. Se apoya en los andamios que hay justo detrás de nosotros y se echa hacia atrás el pelo. Me pregunto dónde están el resto de sus amigos, pensaba que siempre iban juntos a todas partes. Se me hace un poco raro estar a solas con Aaron en un salón de actos vacío y miro hacia las falsas estrellas.

—¡Sabes? Es una tontería, pero era cierto cuando te dije que lo había pasado muy bien el sábado contigo —dice Aaron, mirándome fijamente a los ojos.

Me sonrojo, noto que me suben los colores a las mejillas y asiento. Aaron se inclina hacia delante y girami cara hacia la suya. Me trago el trozo de mini Mars que he mordido hace un momento y nuestros labios se tocan.

El beso de Aaron es potente, fuerte, como si fuera a empujarme hacia atrás si yo no se lo devolviese con el mismo ímpetu. Hace que mi corazón lata a toda pastilla y que me tiemblen las manos. Huelo su colonia, el perfume es embriagador. Genio comentaría que se ha bañado en colonia, pero no le echaría la bronca por pensarlo. Prefiero mil veces el olor a miel y especias de Genio a una botella de Ralph Lauren. Me pregunto qué estará haciendo en aquel parque sin ningún encanto...

No debería haberme deshecho de él esta tarde.

Me aparto de Aaron y sonrío. Él sonrío de oreja a oreja y le da otro sorbo a su bebida.

—Tengo que volver pronto a casa —digo al cabo de unos instantes de silencio.

Alzo la vista hacia las falsas estrellas.

—¿En serio? Quería que vinieras conmigo a ver una peli o algo.

Aprieto los labios.

—No, me gustaría, pero es que... —Le doy un sorbo a mi bebida para tener un momento para pensar. No le puedo decir que me siento culpable por dejar sólo a Genio—. ¿No tienes que acabar hoy los decorados de *Grease*?

Aaron se ríe.

—Es verdad. Supongo que me gusta estar contigo. ¡Pero los musicales malos no esperan a nadie!

Cuando Aaron me deja en casa, ya casi ha anochecido. Al entrar por la puerta, mi madre levanta la vista de la blusa blanca que está almidonando.

—¿Dónde estabas? —pregunta y se queda mirando el coche de Aaron mientras arranca para marcharse.

—Yo... tenía una cita, supongo —contesto y abro la nevera para coger una lata de Coca-Cola Light.

—¿Una cita? —dice mi madre con una extraña mezcla de duda y alivio, y luego pulveriza con almidón la camisa que tiene más cerca—. No me habías dicho que tenías una cita. ¿Con quién? ¿O has ido con Lawrence?

—¡No! —contesto bruscamente, tan a la defensiva que mi madre pone los ojos en blanco—. Había quedado con Aaron Moor. Es del instituto. ¿Quieres que empiece a contarte este tipo de cosas?

—No está bien. Sólo tenía curiosidad —responde mi madre. Se queda callada un momento, con una mirada pensativa en el rostro, y luego suelta el bote de almidón—. ¿Y es simpático?

Asiento. A mis padres y a mí no se nos da muy bien hablar sobre las relaciones.

—Bien, bien. —Plancha la manga de la camisa mientras yo abro mi bebida y me voy hacia mi cuarto—. Viola —me llama y se apoya en la mesa de

la cocina—. No tengo por qué preocuparme, ¿no? Podemos tener este tipo de conversaciones si quieres. —¿Qué conversaciones? Frunce el ceño y se encoge de hombros. —Ya sabes... sexo, alcohol, amor... Nunca hemos hablado de eso. Sólo te digo que no estoy tan ocupada con el trabajo para que no podamos tener ese tipo de conversaciones. Creo que puedo pedir un DVD sobre la sexualidad de los adolescentes. Supongo que ya tendría que haberlo hecho cuando salías con Lawrence... Mejor tarde que nunca, ¿no?

Si hay una expresión que no quiero oír a mi madre nunca más es «sexualidad de los adolescentes». Me dan ganas de soltar una carcajada, pero mi madre parece tan perpleja y sincera que no quiero avergonzarla, así que me limito a negar con la cabeza violentamente al abrir la puerta de mi habitación.

—Estoy bien, mamá. Pero ya te avisaré si necesito hablar.

—¿Hablar de qué? —dice Genio cuando cierro la puerta.

Está apoyado en la pared junto a la ventana, con los brazos cruzados y una sonrisita en los labios.

—De sexo —contesto con una amplia sonrisa—. Por lo visto hay hasta un DVD.

—Aaron, tu madre y tú deberíais verlo juntos. Es una experiencia educativa, ¿sabes? —dice con la cara seria.

Le lanzo una almohada, que esquivo en el último momento.

—Bueno, ¿y qué tal la supercita? —pregunta mientras me tumbo en mi cama e inhalo el olor de las colchas viejas. Sonrío.

—Fue... rara. Y también estuvo genial.

—Ya —responde tan rápido que me deja claro que no quiere oír los detalles de mi cita.

Genio se pasa una mano por el pelo varias veces, prestando mucha atención a cómo los rizos se deslizan por sus dedos.

—Cuatro días —dice Genio entre dientes. Me siento y le miro—. Llevo aquí ya cuatro días.

—No parece que sea algo bueno —digo, haciendo cálculos mentalmente—. Es como si llevaras aquí semanas.

Genio pone los ojos en blanco como si estuviera muy enfadado, pero habla con una voz suave.

—Parece tanto porque hemos pasado mucho tiempo juntos. — Se vuelve a pasar una mano por su cabello—. Me ha crecido el pelo. Un montón. Cuatro días es mucho tiempo si no estás acostumbrado a envejecer.

—Cuatro días... sólo cuatro días. No quiero ni decirlo. Veo cómo se toquetea el pelo de nuevo y ambos sonreímos.

Capítulo 12

Genio

76

—Puedo cortártelo —dice Viola desde el nido de colchas, con una mirada traviesa.

Me río.

—¡Ni por un millón de deseos iba a dejar que te acercaras a mi cabeza con unas tijeras!

—¡No, va en serio! Antes se lo cortaba a Lawrence.

—¡A mí como si le cortabas el pelo a Keanu, aléjate de mí! —exclamo y cruzo los brazos sobre mi pecho.

—¿No? Vale. Entonces... Supongo que quieres oír todo sobre mi tarde con Aaron... —empieza a decir con cuidado.

—No especialmente...

—Ah, no, fue maravilloso. Me aseguraré de contarte todos los detalles ñoños... Bueno, eso si es que no confías en mí lo suficiente para que te corte el pelo, porque en ese caso, estaría demasiado entretenida hablando, pero...

—¿De verdad sabes cortar el pelo? ¿Lo prometes? —No estoy seguro de poder aguantar unas cuantas horas más oyéndola hablar de Aaron. En el desayuno tuve bastante.

—No me ofrecería si fuera a trasquilarte la cabeza. Va en serio, si te molesta lo largo que lo tienes, déjame que te lo corte.

La observo con detenimiento. Sus ojos me suplican, sus labios esbozan una sonrisita y sé que sus dedos se mueren por coger unas tijeras.

Si no tenemos que llamar a nuestros amos por su nombre de pila, estoy segurísimo de que es impensable que nos corten el pelo. Pero suspiro y asiento. Estoy desesperado por no oír los detalles de su cita con Aaron.

Viola se dirige a la silla de su escritorio y coloca una manta a su alrededor, en el suelo. Me siento mientras rebusca en su cuarto de baño y sale con unas tijeras plateadas. Las abre y las cierra delante de mí, y se ríe.

—Me lo estoy pensando.

—Aaron y yo nos besamos...

—Córtalo —la interrumpo y levanto mis manos en señal de derrota.

Se apoya en el escritorio detrás de mí y le pasa un paño mojado a las tijeras.

77

—Te he dicho que te relajes. Sé muy bien cómo se hace esto. Bueno, al menos sé lo bastante para cortarle el pelo a un chico.

—Eso no es muy tranquilizador. No sé por qué, pero no creo que una adolescente de dieciséis años sepa cortar el pelo.

—Bueno, ¿y tú sí?

—No. Pero es que en Caliban a todos nos pasa que no nos crece el pelo...

—Sí, sí. ¿Y cuántos años tienes? —pregunta y da la vuelta alrededor de la silla para ponerse delante de mí.

—Ciento siete —respondo.

Viola alza las cejas, pero se ríe. Se sienta en la cama, nuestras rodillas quedan a pocos centímetros de distancia, y me observa mientras me estiro el pelo sobre la frente.

—La verdad es que no me acuerdo muy bien de cómo estaba antes. —No puedo creerme que no me acuerde de hace cuatro días—. Creo que por aquí —digo con el dedo índice colocado por donde supongo que debería cortarme el pelo.

Ella asiente, se levanta y se coloca detrás de mí, donde la pierdo de vista. Hay una extraña pausa y luego mete sus dedos por mi pelo. Sonríe —no sé cómo, pero sé que está sonriendo— y yo me recuesto en la silla.

—No puede haberte crecido tanto en cuatro días —dice y pasa sus dedos entre mis cabellos por segunda vez.

Las yemas de sus dedos son como pétalos de flor y los baja en espiral hacia mi nuca.

—Crece más rápido cuando estamos aquí, como si estuviera poniéndose al día. Cuatro días es mucho tiempo.

Viola se pone delante de mí otra vez y se inclina de tal modo que su cara queda justo al lado de la mía. Sé que me está mirando el pelo, pero parece que me está mirando a mí, así que cierro los ojos para evitar su mirada fija.

—Vale —dice, pellizcándole el pelo junto a mis sienes—. ¿Preparado?

—Tienes las tijeras al lado de mi cabeza. No tengo otra opción.

—Eso es cierto —dice Viola y puedo oír en su voz una amplia sonrisa. Las tijeras se agitan y chasquean fuerte junto a mi oído, y cuando abro un poco los ojos, veo un rizo negro en la palma de Viola—. No ha sido tan horrible, ¿no? Ahora, quédate quieto..

—Para —digo y me quedo mirando a la diferencia de cuatro días que tiene en las manos.

Si lo corta todo, ¿qué tendré para demostrar el tiempo que he estado aquí? Será como si nunca me hubiera llamado.

Viola aparta la atención del pelo que está a punto de cortar y me mira a los ojos.

—¡Te he dicho que puedes confiar en mí! —exclama.

Por una parte parece que le haga gracias, pero por otra, está exasperada.

—No, no. —Me aparto de las tijeras—. Es que... No sé. Nunca he llevado el pelo largo. Eeh... el pelo más largo. Quizá me lo dejo a ver cómo me queda antes de que me lo cortes a tajos —bromeo.

Viola sonrío y deja las tijeras encima de su escritorio.

—Entonces supongo que tendré que entrar en detalles sobre la tarde que pasé sin ti.

—No, por favor —digo.

Sonrío y sueno amable, pero lo cierto es que no quiero saber nada de cómo está funcionando el deseo que ha pedido.

—Vale, vale, de momento te libras. Pero mañana voy con él a ver una película y vas a tener que oír los detalles de una manera u otra. A menos que me emborrache otra vez, pida dos deseos más y tú te marches —dice y se ríe de su propio chiste.

—Eh, ya me estoy acostumbrando a que no pidas deseos —contesto enseguida. La idea de ella y Aaron a oscuras en el cine me pone de mal humor. Sus manos sobre ella, cómo la mira, hambriento... Me afecta muchísimo. Me saco la imagen de la cabeza—. Supongo que debería marcharme. Me refiero a

esta noche.

Viola se encoge de hombros y sus mejillas se tiñen ligeramente de rosa.

—No tienes que irte, a menos que quieras hacerlo. Bueno... No quiero que me observes mientras duermo ni nada por el estilo. Eso sería muy raro. Pero no tienes por qué marcharte.

Me recuesto en la silla y me balanceo contra el borde del escritorio.

—Ya veremos. Me gusta el parque por la noche y no sé si me parece buena idea quedarme sentado ocho horas en esta silla.

—¡Oye! Esa es una silla magnífica —exclama sonriendo mientras retira las colchas y se mete en la cama.

Se me queda observando durante un rato antes de apagar la lámpara que hay junto a su cama y dejar la habitación a oscuras. El aire acondicionado se enciende e infla las cortinas de modo que entreveo las estrellas que hay afuera.

—Tengo una pregunta —dice con la voz un poco amortiguada por las mantas.

—¿Sí?—respondo, me levanto y voy hacia la ventana para apartar las cortinas y mirar las estrellas. —¿Eres feliz aquí?

Esperaba una pregunta sobre Aaron y la mecánica de los deseos, por lo que sus palabras me sobresaltan. Cierro las cortinas y me vuelvo hacia ella.

—Yo... ¿Por qué? —Se me atrancan las palabras.

La pregunta tira de mí suavemente, pero siento las buenas intenciones de Viola. Me está dando la opción de no contestar.

Se sienta, estira de las mantas hacia su pecho y evita mirarme a los ojos.

—Es que... tú eres mi amigo. Si aún estás mal aquí pediré dos deseos más para que puedas marcharte —dice, intentando ocultar la renuencia en su voz.

Así de sencillo. Ahora va a pedir un deseo.

—No —contesto.

—Ah. Vale, entonces desearé...

—¡No! —la interrumpo con brusquedad—. Quería decir que no desearas.

No me importa estar aquí. Me quedaré hasta que sepas lo que realmente quieres. Son tus deseos, deberías tomarte el tiempo que necesites. Caliban va a seguir donde está.

Me siento en el sillón.

He sido yo el que ha dicho eso. Acabo de rechazar que pida los deseos.

—Bien —contesta y se recuesta en la cama—. Es que... Yo echaría de menos... —Se calla, se pone colorada y estira de los hilos de su colcha—. No importa. ¿Cómo es Caliban? —pregunta rápidamente.

Sonrío y descanso la cabeza en el respaldo del sillón.

—No sé. Tranquillo. Todo está muy tranquilo comparado con esto.

—¿Es aburrido? —pregunta Viola.

—No, aburrido no. Sólo me refería a que... nadie envejece. Nadie tiene prisa. Nadie se pone nervioso por una exposición de arte ni por una cita o por lo que sea, porque... bueno, tienes toda la vida para hacer ese tipo de cosas.

—Pero ¿cómo es? —insiste Viola.

—Es... ¿Sabes que antes de la construcción de un rascacielos o de un bloque de pisos ponen una foto del edificio rodeado de árboles y flores y todo eso?

—Sí, pero al final siempre queda rodeado de más cemento.

—Pues en Caliban, sí es así. Tenemos enormes edificios de cristal, pero... con flores.

—Parece Oz —dice—. Como en las películas, y sabes, la Ciudad Esmeralda... —Mientras divaga, de repente soy consciente de que me está mirando y nos quedamos un buen rato con los ojos clavados el uno en el otro— ¿Estás seguro de que prefieres estar aquí en vez de en una sofisticada ciudad jardín? Exhalo y asiento.

—Este sitio también tiene sus encantos. Aquí no tenéis a los Ancianos detrás hablando de repoblar Caliban y todo eso. ¿Quieres que te hable yo de sexo...?

Viola se ríe y aunque no le veo la cara, sé que está iluminada en las sombras.

—¿Repoblar? Espera, has dicho que hay unos miles de genios, ¿no?

—Me imagino que más o menos.

—¿Por qué hay tan pocos?

Paso las manos por los brazos del sillón y disfruto el tacto de la tela rizada bajo mis dedos.

81

—Bueno, si crees en lo que dicen los Ancianos, es todo parte de nuestro castigo.

—¿De vuestro castigo?

Mis ojos se están acostumbrando a la oscuridad y ahora diferencio el perfil de su contorno; está sentada y abrazada a sus rodillas sobre la cama.

—Es un antiguo mito, como un relato de nuestra propia creación. La leyenda dice que hace mucho tiempo, los genios y los humanos vivían aquí juntos. Los genios tenían poderes mágicos, pero en vez de usarlos en beneficio de todos —tanto de humanos como de genios—, los usaban para sí mismos por propio egoísmo, para obtener poder y ese tipo de cosas. Así que como castigo, los genios se convirtieron en sirvientes de los humanos, que debían pedirles deseos, y fueron desterrados a Caliban.

—Según lo que cuentas, no parece un lugar terrible al que ser desterrado.

—La verdad es que yo tampoco he entendido nunca esa parte. Pero ten en cuenta que no es más que un mito. La realidad es que mientras aquí crece cada vez más la población, hay más personas que piden deseos y al final hay demasiados mortales con deseos para que los genios se hagan cargo, así que en vez de que todo el mundo vea cumplido sus deseos, los Ancianos eligen a unos cientos de personas a la vez. Creo que intentan extender los deseos para que no haya de repente en el mismo sitio mucha gente que gane la lotería o que se convierta en estrella del rock. Pero cuanto más nos llaman, con más frecuencia estamos aquí. Y cuanto más estamos aquí, más envejecemos. Y cuanto más envejecemos...

—Más mayores os hacéis y morís —termina Viola por mí.

—Exacto —respondo y me inclino hacia atrás para descansar los codos en mis rodillas—. Si a eso le añades que no nos unimos entre nosotros como hace aquí la gente, tienes como resultado una receta que no es la más adecuada

para la reproducción. Por eso existe protocolo con todas esas normas. Los Ancianos quieren que vengamos, salgamos de aquí y volvamos a nuestras vidas habituales; hacen que nuestros amos se olviden de nosotros para que no haya riesgo de que le cuenten a otros humanos que existimos y entonces nos llamen, porque tienen miedo de que nos extingamos.

—Yo no quiero que te mueras —dice Viola con una voz queda.

Levanto la cabeza.

—No, no. No te preocupes —contesto entre dientes, como si temiera que los Ancianos me oyeran desde Caliban.

—Pediré los deseos si tú quieres, en serio.

—Te he dicho que no. Son tus deseos.

—Sí. —Viola suspira—. Bueno, avísame si tú... si cambias de opinión. Me refiero a lo de pedir los deseos.

—Vale.

Pero sé que no lo haré.

Capítulo 13

Viola

83

Refunfuño y le pego un manotazo a mi despertador.

No importa cuántas veces he llegado tarde al instituto por darle al botón de repetición, sé que es un hábito matutino inquebrantable. La canción pop que retumbaba por el diminuto altavoz ha parado y me preparo para seguir durmiendo siete minutos más.

Una risa suave interrumpe el silencio.

Es Genio. Me siento muy erguida en la cama y me llevo las colchas hacia el pecho. Genio está sentado en el sillón, con las piernas colgando por un lado y los brazos cruzados.

—Te quedaste —digo, tratando de ocultar mi sorpresa.

—Eres una maltratadora de despertadores —responde.

—Algo así —contesto e intento alisar la maraña que tengo por pelo—. ¿Decidiste que el parque ya no estaba tan bien por la noche?

Saco las piernas de la cama, pues ya no tiene sentido volver a quedarme dormida.

—Para serte sincero —dice Genio mientras entro en el cuarto de baño y abro y grifo del agua caliente—, olvidé marcharme. Estaba mirando las estrellas y luego... ya era de día.

—La apasionante vida de la criatura mágica —bromeo y Genio pone los ojos en blanco.

Me doy una ducha rápida y me visto en el baño; al salir, Genio está hojeando algunos números de *Seventeen* con una cara un poco de asco.

—Así que vas a ir a ver una película con Aaron esta noche, ¿no? Me imagino que eso significa que tengo que irme al parque —dice Genio antes de cerrar la revista y dejarla a un lado.

—Serán sólo unas horas —le aclaro—. Ni siquiera vamos a ir a cenar. Sólo vamos a ver una peli de miedo y tal.

—¡Pero si tú odias las películas de miedo! —exclama Genio.

Lo dice con total naturalidad, como si hubiera leído en mis ojos que no quiero ir a ver una de asesinatos.

—Yo no odio las películas de miedo. Simplemente... no las veo —replico mientras abro y cierro cajones en el intento de encontrar un cepillo.

84 —¿Por qué te lleva a ver ese tipo de películas si a ti no te gustan? —pregunta Genio examinándome los ojos. Estoy segura de que sabe perfectamente que no soporto la sangre.

He de admitir que me estoy acostumbrado a que sepa lo que me pasa. A veces hasta es agradable ser capaz de explicar cualquier cosa con una simple mirada. Genio se levanta, coge un cepillo que hay debajo de un montón de camisas y me lo pasa. Me sonrojo y hago un gesto de agradecimiento antes de responder.

—No se trata de ir a ver una película, sino de hacer algo juntos. Por eso se queda, ¿sabes? Para abrazarse o lo que sea en un cine a oscuras.

—Sí —dice Genio, muerto de vergüenza—. Suena... genial. De verdad.

Me río.

—Está bien sentirse atractiva... ummm... y querida por los demás —digo, intentando tener tacto.

Genio pone una mueca.

—No me lo cuentes —dice mientras bajo las escaleras—. Nos vemos luego, ¿no?

—Sí. Bueno, a menos que tengas un superplan en el parque. —Sólo estoy bromeando; me resulta un poco violento que Genio se quede esperando a que lo llame, aunque he de reconocer que es agradable saber que siempre estará ahí cuando yo quiera. Me observa durante un rato y ve inquietud en mis ojos.

—No —contesta, sonriendo—. No tengo planes y ya sabes que es mi trabajo estar aquí cuando me necesites. No te preocupes.

Genio tenía razón. Odio las películas de miedo.

Incluso el póster donde tengo clavada la vista me asusta un poco. ¿Cuántas partes de *Saw* tienen que hacer hasta que la gente se harte de ver adolescentes torturadas? Tiemblo aunque no hace frío y miro con nostalgia el cartel de una comedia de Meg Ryan.

—Tengo las entradas, guapa —dice Aaron detrás de mí.

Aparto la mirada del póster para ver que se dirige a la puerta de la sala con dos entradas naranjas en la mano. Aaron me pasa un brazo por encima y me acerca a él mientras entramos directos a la sala doce, sin parar a comprar nada para picar. Puede que sea mejor así, ya que no estoy segura de si podré comer regaliz mientras el ojo de alguien se derrite en la pantalla.

—Te va a gustar mucho —dice Aaron cuando encontramos un sitio hacia el fondo de la sala—. Bueno, no creo que salgas de aquí diciendo que odias las películas de terror.

—Lo dudo —mascullo, nerviosa.

Noto cómo me sube el color a las mejillas. ¿Qué clase de adolescente tiene miedo de estas películas?

Suspiro y me recuesto en la butaca cuando la sala se oscurece y los tráilers comienzan. Aaron levanta el apoyabrazos que hay entre nosotros y me besa la frente. Aún me parece cariñoso, a pesar de la destrucción inminente del ojo. Me obligo a pensar en cosas que me hagan feliz, como los besos en la frente. ¿Qué hay del hecho de que por una vez no estoy sola en el aula de dibujo, después de clase? ¿Que he quedado con Aaron Moor, mi novio? Será mejor estar viendo una película de terror con alguien a quien le gusto que estar sola en casa. Bueno, sola no estaría. Desde que Genio apareció, lo de quedarme en casa ha resultado menos penoso. De todos modos, estoy en una cita. La escena de un ojo derritiéndose a cambio de tener vida social es un trato justo, ¿no?

Aaron desliza una mano por mi espalda y la deja caer sobre mi cadera cuando empieza la película que hemos ido a ver. Trato de no prestar demasiada atención, pues si le cojo cariño a la joven rubia protagonista, seguro que le espera una muerte horrible. Aaron me dedica una amplia sonrisa, luego sacude la cabeza al ver mi nerviosismo evidente y me acerca más a él. Giro la cabeza hacia su hombro y aprieto fuerte los ojos cuando se cargan en silencio a una de las actrices, y el resto del reparto decide dispersarse para buscar a su amiga perdida. Nota mental: Tengo que decirle a Lawrence y a Genio que si alguna vez me pierdo en una casa espeluznante, que no se molesten en

buscarme.

—Cariño, te la estás perdiendo —me susurra Aaron.

—Bien —le contesto con un murmullo.

Aaron se ríe bajito y me aprieta contra él al menos es romántico estar acurrucada junto a Aaron... aunque mientras estemos así se oigan huesos rompiéndose por toda la sala. Me cuesta mucho no ponerme las manos en los oídos.

—Te da mucho miedo, ¿no?

Aaron se da cuenta de lo mal que lo estoy pasando.

—Ya te he dicho que soy una cagada —le susurro sin apartar mi cabeza de los pliegues de su camisa.

Aaron se ríe e inclina mi cabeza hacia la suya para besarme en la boca. Es un beso lento, intenso, y por un instante me preocupo de si nos está mirando el resto de gente que hay en el cine. No es que tuviera que avergonzarme por estar besando a Aaron Moor, pero aun así, hace que me sienta rara. Dejo de besarle y vuelvo a poner mi cabeza en su hombro.

Aaron se ríe bajito y vuelve a llevarme la cabeza hacia la suya, esta vez se inclina él hacia mí y me bloquea la vista de la pantalla. Trato de ignorar la sensación de que nos están mirando y le devuelvo el beso. Me aparto un poco para intentar hacerlo menos pasional, pero cuando Aaron se aprieta contra mí, yo cedo.

Capítulo 14

Genio

87

Me muero de la vergüenza.

No puedo mirar esto. No me refiero a la pésima película que están viendo, sino a Aaron prácticamente encima de Viola. Le retira el pelo y le besa el cuello como si estuvieran en algún rincón para manosearse en vez de en un cine medio lleno de gente. Aprieto los dientes y me toco un mechón de pelo junto a mi sien, el único rizo que es más corto porque me lo dejó así Viola.

«Para —me ordeno—. Sólo se están besando. Si continúas así, se va a dar cuenta de que estás aquí.»

Alguien detrás de mí les tira unos cubitos de hielo que pasan rozando la mejilla de Viola, por lo que se aparta de los labios de Aaron. Dirige una mirada de disculpa al chico que le ha tirado el hielo y me atraviesa, pues estoy sentado, invisible, en la fila detrás de ella. Aunque sé que no puede verme, me quedo inmóvil por miedo a que me pillen; no tanto porque estoy rompiendo el primer protocolo al no respetarla, sino más bien porque sé que ella se enfadaría conmigo.

Pero no puedo soportar que Aaron y ella estén aquí solos, sobre todo después de los deseos que he visto en los ojos de este chico cuando la pasó a buscar... unos deseos en los que había principalmente escenas sacadas de Playboy. Me da un escalofrío.

«No es nada tuyo, no tienes que protegerla», me repito una y otra vez, pero no ayuda.

Los deseos que reflejan los ojos de Viola no tienen nada que ver con los de Aaron. A ella le gustaría estar viendo una comedia, estar acurrucada junto a Aaron en el sofá de su salón o estar pintando. No quiere estar aquí. ¿Y la sesión de magreo en público en medio de una película gore, en un cine con el suelo pegajoso? ¿Es que Aaron no conoce sus gustos? Debería haber incluido esa habilidad cuando hice que se enamorara de ella.

Suspiro.

«Dile que no, Viola. Esto no es lo que quieres.»

Viola no habla. Aaron sonríe y la vuelve a besar.

«¡Dile que no!»

Viola le devuelve el beso a Aaron y yo aprieto mis puños.

«¡No cedas de esta manera sólo porque él te quiere!»

Aaron desliza la mano hacia abajo y recorre el muslo de Viola.

Debería marcharme, no debería estar aquí. ¡No soy más que un ser que concede deseos! No debería tener ninguna otra relación con mi ama.

Pero entonces veo el rostro de Viola, que est  inundado de deseos que piden cualquier cosa para cambiar esta situación. La ira se apodera de m  y salto por encima de las butacas, olvid ndome de que soy invisible para Viola.

Agarro a Aaron por el cuello de la camisa u lo aparto de ella con más fuerza de la necesaria, clav ndolo en el respaldo de su asiento. Aaron se queda fijamente mirando a Viola, confundido e incapaz de verme.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunta mientras se frota la cabeza, donde ha rebotado contra la butaca de terciopelo rojo.

«Te podría preguntar lo mismo», pienso y respiro con dificultad por el enfado. Pero ya s  lo que ha pasado, lo que de verdad acaba de pasar:

Estoy... celoso.

Espera. No, no puedo estar celoso. Se me tensan los dedos y noto el pulso golpeando bajo mi piel. El corazón late fuerte en mi pecho y mi mente va a toda velocidad. La imagen de Viola y Aaron colisiona con que me acabo de dar cuenta de que estoy celoso. Los celos son una emoción mortal, que significa que siento que tengo algo que perder, algo que, si ya no est , arrancar  una parte de mí. Los celos no pertenecen a mi especie. Y aun así, estoy celoso. Aaron puede tocarla, puede dejarse ver con ella...

Miro a Viola, cuyos ojos están muy abiertos en una mezcla de sorpresa y enfado, lo que hace difícil saber qué está deseando. Me est  mirando fijamente con los ojos en llamas, pero entonces vuelve a clavar la vista en Aaron.

—Golosinas. Quiero golosinas. Ahora vuelvo —dice con mucha frialdad, casi temblando.

Alguien al fondo de la sala la manda callar, pero ella aprieta los dientes y

me mira. La furia invade sus ojos y aparta sus deseos. Coge su bolso, que está en la butaca contigua, y yo la sigo mientras baja furiosa las escaleras iluminadas hacia el pasillo a oscuras. Cuando estamos justo al lado de la salida, se da la vuelta para mirarme, con una cara angulosa y ensombrecida por la luz que se filtra por la ventanilla de la puerta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta con un duro suspiro.

Hago una mueca de dolor por el tirón que noto al recibir sus preguntas directas. Pide con tantas ganas una respuesta que me duele, me retuerce el estómago y se me agarrotan los músculos.

—Te quito a un chico de encima cuando está claro que no quieres enrollarte con él mientras se derriten unos ojos delante de ti. No quieres estar aquí, Viola lo veo en...

—¡Eso no importa! —exclama Viola entre dientes y se acerca un paso a mí—. ¡No es asunto tuyo apartar a mi novio de mí! ¡Tú no eliges con quién me enrolló! ¡Sólo porque sepas lo que deseo no significa que tengas que tomar las decisiones!

Se apoya en la pared cuando un adolescente desconocido baja corriendo por el oscuro pasillo con cara de «ojalá hubiera un lavabo más cerca» y desaparece por la puerta de salida.

El rostro de Viola vuelve a expresar enfado en cuanto el chico nos pasa de largo.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacerme de carabina? —dice con un gruñido que no es propio de ella.

Vacilo. La verdadera respuesta es: Porque estoy celoso. Pero no puedo estarlo, no debería estarlo, no debería estarlo, así que en vez de decírselo, ignoro la pregunta.

—¿Sabes qué? Muy bien —le contesto—. No debería haber roto el protocolo, ama.

—¡No tiene nada que ver con ser tu ama! —grita—. ¡No deberías haberlo hecho porque eres mi amigo!

—¡Se supone que no tenemos que ser amigos! —estallo, lleno de frustración—. ¡No deberíamos tener esta relación! Yo concedo los deseos que

tú me pides y luego me marchó. Dos deseos más y me habré ido. Dejaré de infringir el protocolo, tú volverás a tu vida y yo volveré a Caliban y empezaré a actuar como un genio en vez de como un estúpido mortal. Es mejor para todos.

90

—¡Vale, pediré los deseos! —grita.

Pero desaparezco antes de que pueda hacerlo.

Capítulo 15

Viola

91

Contengo un suspiro de alivio cuando me doy cuenta de que Genio se ha ido. La verdad es que no tengo ningún deseo y no estoy segura de poder pedir uno en un sitio como este. La rabia me invade e irrumpo en el vestíbulo del cine intensamente iluminado, donde huele muchísimo a palomitas quemadas. Quiero irme a casa, ahora mismo, pero Aaron me ha traído en coche. Saco mi teléfono móvil del bolso y llamo a Lawrence. Creo que Aaron dejaría la película por mí, pero no quiero que se pierda cómo le sacan las vísceras al último adolescente.

—¿Puedes venir a buscarme? —pregunto directamente cuando él contesta al teléfono.

—Creía que estabas con Aaron —dice, alarmado.

—Y lo estoy, pero... Tengo que salir de aquí.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha intentado hacerte algo? ¿Dónde está Genio?

—Él es el problema, no Aaron. Mira, por favor, sólo quiero irme a casa en vez de intentar aguantar el resto de esta horrorosa película de miedo que estamos viendo.

—Llego en quince minutos —responde Lawrence, nervioso, y oigo cómo se pone su coche en marcha.

Cierro el teléfono de golpe y vuelvo a entrar en la sala. Aaron me recibe abrazándome por la cintura y acercándome a él, todo sin apartar los ojos de la película.

—No —susurro y trato de no hundirme hacia su lado—. Tengo que irme.

—¿Eh? —dice Aaron y retira la vista de la pantalla.

Alguien nos manda callar otra vez.

—Es un... asunto familiar o algo parecido —murmullo, intentando ocultar el sentimiento de frustración que siento al pensar en Genio espiándome—. He llamado a Lawrence. Tú quédate viendo la película.

—Bueno... debería llevarte yo a casa —dice Aaron, mirando la pantalla

con nostalgia.

—No, en serio, no pasa nada.

—Vale —contesta, un poco aliviado.

Me inclina hacia delante y me besa, pero yo me aparto enseguida, pues soy muy consciente de que Genio podría estar aún por aquí cerca. ¿Cómo voy a saber si se ha ido o no? Vuelvo rápido al vestíbulo, intentando evitar las miradas confusas de los empleados del cine, mientras espero que llegue Lawrence. Cuando veo su coche fuera, salgo prácticamente corriendo hacia él, me meto en el asiento de copiloto y tiro mi bolso atrás.

Me quedo mirando fijamente hacia delante mientras Lawrence sale del aparcamiento y espero hasta que se hace un largo silencio antes de desahogarme.

—Genio estaba allí, espiándome. Era invisible.

—Uy —dice Lawrence, pero su voz tiene un extraño tono de alivio.

Las palabras inundan mi boca.

—¡Apartó a Aaron de mí! ¡Como si fuera mi hermano mayor o mi niñera! ¡No me lo puedo creer! —gruño.

Noto cómo las mejillas se me ponen más rojas al recordar a Genio acechándonos por detrás, y la cara que se le puso a Aaron al pensar que yo le había apartado de un empujón.

—Lo más seguro es que estuviera cuidando de ti —comenta Lawrence y su calma sólo logra enfurecerme más.

—¿Cuidando de mí? Si quisiera enrollarme con mi nuevo novio en un cine...

—¿Enrollarte? Tú odias las muestras de cariño en público —dice Lawrence con una ceja levantada.

—Da igual, Lawrence, esa no es la cuestión. Fue algo improvisado y no duró mucho gracias a Genio. Al fin he empezado a sentir... no sé, como si tuviera el control de mi vida, pero el hermano mayor genio ha decidido escoger por mí.

Lawrence se vuelve para mirarme cuando nos paramos en un semáforo en rojo.

—Os ha espiado mientras estaba invisible, vale, eso es pasarse de la raya. Pero no puedo odiarle por que haya estado vigilando a mi mejor amiga. Sobre todo si Aaron ha estado haciéndote actuar como una... bueno, como alguien que no eres.

Pronuncia esas palabras como si tuvieran que ser dulces o atractivas, pero se me cierra la mandíbula de golpe y mi mente empieza a funcionar. ¿Genio y Lawrence están juntos en esto? ¿Ambos creen que necesito a un chico que me cuide en mis citas como si fuera una señorita de sociedad de finales del siglo XIX? Lucho contra la tensión de mi garganta.

—¡No es asunto de Genio salvarme, ni el tuyo! ¿Por qué crees que necesito que me cuiden? ¿Que tenéis que protegerme? —suelto.

Lawrence se pone una mano en la frente.

—Así no...

—¡Por lo visto, así sí! ¡Preferiría que me dejarais los dos en paz!

Los ojos de Lawrence brillan por el enfado, de un modo que casi nunca veo, y me doy cuenta de que he cruzado algún tipo de línea que no sabía que existía.

—¿Que te dejemos en paz? —empieza a decir Lawrence en voz baja. Hay algo en su voz que es más serio, más duro que una reacción a mi enfado porque Genio y él han traicionado mi confianza. Hay algún asunto más profundo que bulle por debajo y está a punto de salir a la superficie—. ¿De verdad quieres eso? —continúa—. He hecho de todo por ti, Viola. Te he llevado en coche, te he escuchado cuando llorabas y he cancelado mis planes cuando te sentías sola. Siempre he estado ahí, sin falta, cada vez que has necesitado algo. Y ahora que te lo estás montando con Aaron Moor y actúas como alguien que no conozco, ¿se supone que debo dejarte en paz?

Al acabar, ya está medio gritando. Alguien detrás toca la bocina y Lawrence arranca cuando se da cuenta de que el semáforo se ha puesto en verde.

—¡No importa! —replico mientras Lawrence gira con más brusquedad que de costumbre—. El hecho de ser mi amigo y espiarme...

—¿Tu amigo? Tú no me tratas como a un amigo, Viola. ¡Nunca has

dejado de tratarme como si aún fuera tu novio!

Me quedo boquiabierta y apenas puedo hablar cuando unas lágrimas de rabia al final bajan por mis mejillas. Ha sido un golpe bajo.

—Siento muchísimo que después de dos años juntos me sea tan difícil volver a una amistad, isobre todo cuando intentas controlar mis relaciones con otros chicos!

—¿Relaciones? ¿En plural? Hasta ahora Aaron es la única relación que has tenido, iy ni siquiera le amas!

—Ya sabes que ese deseo fue un accidente...

—iNo, no lo fue! Tal vez no querías a Aaron en concreto, pero has pasado los últimos siete meses compadeciéndote de ti misma y ahora de repente llega un genio que puede arreglar tus problemas.

—iNo fue así! Ni siquiera quería decirlo...

—iPero lo has querido todo este tiempo! Querías dejar de ser invisible y eso lo entiendo, pero podías haberlo conseguido por ti misma. ¿No podías haber intentado hablar con la gente, haber intentado seguir adelante, haber intentado ser tú misma en vez de dejar que casi toda tu existencia acabara con nuestra relación? No tienes por qué meternos a Aaron, a Ollie o a mí en todo esto. Viola, ¿alguna vez se te ha ocurrido por qué de repente salí del armario, aunque nunca me ves salir con nadie? ¿Alguna vez te lo has preguntado?

—Yo no pedí a Aaron... —protesto.

—iPor ti! —me interrumpe Lawrence y pega un frenazo en la señal de stop que hay en mi barrio. Le da al cambio de marchas para aparcar y se vuelve hacia mí—. Cada vez que estoy interesado en un chico sé que si se lo digo a cierta persona (a mi mejor amiga), iella se sentirá más «invisible» aún! —Un coche pasa a toda velocidad por al lado y nos toca el claxon por habernos parado en medio de la calle. Lawrence lo ignora y continúa, un poco más calmado esta vez—. Y va a pasar otra vez lo mismo, Viola. Tú no quieres a Aaron. Romperás con él y hasta que no vuelvas a sentirte feliz, no habrá deseo que evite que te sientas invisible a la larga. Tienes que olvidarte del pasado y dejar de ser tan dura contigo misma.

—¿Que me olvide? iYo te quería, Lawrence, ya lo sabes! Tú dejaste que

me enamorara de ti... —argumento.

—¿Qué se suponía que tenía que hacer, no decirte que era gay hasta que dejaras de sentir algo por mí?

—¡Deberías habérmelo contado antes!

—No lo sabía...

—¡Yo sí! —Las lágrimas brotan en mis ojos y ni siquiera sé por qué estoy llorando, si porque Genio me ha espiado, porque Lawrence está de acuerdo con él, o por esto—. ¡Lo sabía, Lawrence, aunque no lo dijera! ¡Y si yo lo sabía, tú también! No me dijiste nada y dejaste que creyera...

—¡Pues deberías haber roto! —replica Lawrence, pero su voz se ha suavizado—. Tuviste la oportunidad, pero esperaste a que yo lo hiciera por ti. Igual que esperas que los deseos te ayuden a no ser invisible.

Vuelve la vista hacia la carretera, pone el coche en marcha y tira hacia delante.

—No me eches la culpa —digo a través de las lágrimas—. Puede que te haya necesitado para un montón de cosas, Lawrence, pero aun así deberías habérmelo dicho. Y si te duele verme feliz con Aaron, pues muy bien. Tú me hiciste daño antes. Te lo mereces. Déjame en paz.

Me quedo mirando a Lawrence un buen rato, pero no se vuelve hacia mí y parece que ni siquiera respira. Al cabo de unos instantes, entramos en el jardín de mi casa. La mandíbula de Lawrence se contrae y advierto que está apretando los dientes. Para el coche de repente, pero continúa con la vista clavada en el parabrisas, como si yo no estuviera allí. Busco en mi mente algo que decir, algo para seguir peleando, pero cojo mi bolso del asiento trasero y abro la puerta. La cierro de un portazo y observo cómo Lawrence se va de mi casa a toda velocidad sin apenas mirar en mi dirección.

Capítulo 16

Genio

96

—Me he involucrado demasiado. No sé por qué... ¿Por qué me hago esto?
—le grito al ifrit en el parque.

No puedo quitarme de la cabeza el olor de la colonia barata de Aaron y la expresión de los ojos de Viola, aunque hayan pasado horas y el sol ya se haya puesto para dejar paso a la oscura noche, sembrada de estrellas.

Estoy celoso. ¿Qué me está pasando? Viola está enfadada conmigo y me importa, cuando no debería importarme.

—Creo que siempre has tenido debilidad por los mortales —responde el ifrit con una mirada de derrota y decepción en los ojos.

—Es lo que me impidió convertirme en ifrit —mascullo.

Camino de un lado a otro delante del roble, mientras el ifrit está apoyado tan tranquilo en el tronco, con los brazos cruzados. En Caliban no existe el miedo. No me sentiría así en Caliban.

Celoso.

En Caliban no existen los celos, de ninguna manera.

—Tienes que volver a casa, amigo mío. Crees que esto tiene más importancia, pero volver a casa es lo que realmente importa, tu especie es lo que importa. Mírame a mí, imira cómo he envejecido aquí! ¿Recuerdas cuando teníamos la misma edad? Tú no quieres morir como un mortal.

Cambiar. Envejecer. Ser diferente a cada instante. Ser como Viola. Los pensamientos que se habían ido convirtiendo en algo hermoso y deseable, ahora eran inquietantes y aterradores. ¿En qué me había transformado que anhelaba envejecer? ¿Que estaba destrozado por una chica? Yo no soy así. Yo soy un genio. Un genio, no Genio. No tengo nombre propio, ni relaciones personales, ni tampoco importa lo que pienso. ¿Cuántos momentos de mi vida he perdido para siempre por culpa de esto?

—Mira —dice el ifrit. Avanza y coloca una mano, la mano de un hombre adulto, no de un chico, en mi hombro—. Has roto las tres normas cien veces y

los Ancianos están muy enfadados por eso. Has perdido cinco días de tu vida. Mírate, estás hecho una piltrafa porque has empezado a preocuparte por una chica que es tu ama. Es tu ama, no tu amiga. Siempre vas a ser la criatura que le concede deseos y no importa lo que ella te diga o lo que tú quieras creer.

97

-Vuelve a casa, amigo mío. Vuelve a Caliban para que puedas volver a entender tu vida. Hablaré con los Ancianos para intentar que no sean duros contigo. Les diré que has tenido un lapsus y que volverás a seguir el protocolo y todo eso. Pero vuelve a casa.

Tiene razón. Claro que tiene razón. Él me entiende, es un genio. ¿Cómo se me ha pasado por la cabeza que una mortal podría entender lo que soy? ¿Cómo he pensado que en sólo cinco días ella y yo podríamos ser... amigos?

—Además, las flores no se van a repartir solas —añade el ifrit, sonriendo. Fuerzo una falsa sonrisa a través de la estampida de pensamientos que hay en mi cabeza y el ifrit añade—: Este no es tu mundo. No somos mortales, que siempre andan en busca de la perfección y sufren mal de amores...

—No son así —replico—. Yo... ya sé que soy un ser que concede deseos, y que ella es mi ama, pero al mismo tiempo es... es como si fuera mi amiga.

Las palabras las pronuncio con asombro en vez de con cariño.

Es amiga mía.

—Bueno —dice el ifrit, que me mira, dudoso, al oír mi afirmación—. ¿Qué crees que ocurrirá en el mejor de los casos? Se olvidará de ti cuando vuelvas a Caliban, ya lo sabes. ¿O crees que no pedirá los deseos y que podrás quedarte aquí con ella? ¿Que el resto de su vida te preferirá a ti antes que a cualquier deseo? O aún mejor, ¿que durante toda su vida no se le escapará algo parecido a «deseo que deje de llover»? No te va a salir bien. Al final acabarás en Caliban. Ella se olvidará de ti y esa «amistad» que crees que existe desaparecerá. Las relaciones no son para los inmortales. Un pájaro y un pez puede que quieran estar juntos, pero ¿dónde vivirían?

Me quedo con la vista clavada en el parque. El sol está comenzando a salir por encima del estanque que hay al otro lado, y las estrellas se desvanecen para dejar paso a una mañana de color melocotón. Los dientes de león crecen sobre un triste campo de fútbol. Tampoco hay malas hierbas en

Caliban. Caliban, mi hogar. Echo de menos mi casa. Donde las cosas son normales, donde no estoy confundido, ni apegado a una... mortal.

Me doy la vuelta hacia el ifrit, con un sentimiento puro en el corazón y una decisión firme en la cabeza.

—Hazlo. Presiónala.

—Una buena decisión, mi...

—Pero no le hagas daño —le interrumpo cuando asalta mi mente la idea de que el ifrit presione a Viola con algún horrible accidente—. Sé que no debería importar, pero por favor, no le hagas daño.

El ifrit alza una ceja y parece preocupado, pero luego asiente.

—Vale. Dame unos días para que se me ocurra algo que no le haga daño.

El ifrit se me queda observando un rato más y después desaparece.

Me desplomo en el suelo y miro fijamente el cielo sin estrellas de la mañana. Pronto. Pronto podré volver a casa. Es como si alguien me hubiera quitado una gran roca del pecho, que me aplastaba, reteniéndome en este mundo mortal. Es más fácil así. Es más fácil ser genio que mortal. Soy más feliz así.

Capítulo 17

Viola

99

No puedo dormir. Ya es tarde y aunque me duele el cuerpo y me pide descansar, mi cabeza continúa dando vueltas, pensando en Lawrence y en Genio. No puedo evitar que las lágrimas inunden mis ojos cada pocos minutos. No dejo de mirar el sillón donde Genio se suele sentar, donde se sentó la otra noche mientras yo dormía, porque... porque confiaba en él. Porque había olvidado lo que era. Porque no se me había ocurrido que podía usar sus poderes en mi contra, para engañarme. Tan sólo era Genio, mi amigo, no una criatura mágica invisible. Pero ahora ya no lo es. Y Lawrence tampoco... En el fondo de mi estómago tengo una mezcla de culpa y de rabia, que me aplasta hasta que me encuentro mal y agobiada. Me llevo las rodillas al pecho y me obligo a cerrar los ojos.

Me cuesta dormir. Sigo dando tumbos, despierta, por un lado temiendo, pero por otro esperando ver a Genio en mi habitación. Se hace de día demasiado pronto y Aaron llega a casa antes de que me haya peinado. Afuera está lloviendo, más bien lloviznando, el cielo es del mismo color que el asfalto y noto mi piel pegajosa.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta Aaron cuando tiro el bolso dentro de su coche.

No estoy segura de si me lo pregunta porque aún tengo los ojos rojos e hinchados a pesar de la capa de maquillaje, o si se refiere al plantón que le di ayer.

—Sí, todo va bien —contesto con un mal presentimiento e intento encoger los hombros de forma despreocupada. Aaron sonrío, asiente, y da marcha atrás con el coche tan rápido que se me revuelve el estómago hasta que tengo tantas ganas de vomitar que le pido que vaya más despacio.

—Perdona —se disculpa Aaron y reduce la velocidad unos kilómetros por hora—. ¿Quieres que te cuente el final de la película? Me quedé preocupado cuando te marchaste.

Extiende la mano y me frota el antebrazo cariñosamente.

—No, estoy bien —digo de manera más seca de lo que pretendía.

Intento apartar el brazo porque sospecho que Genio está en el asiento trasero. Aunque no estoy segura de por qué me importa. Si quiere espiarnos a mí y a Aaron, se merece vernos actuar como se supone que actúa una pareja. Exhalo cuando la rabia y el enfado me inundan de nuevo, y agarro bien fuerte la mano de Aaron. Cuando aparcamos en el parking de estudiantes, Aaron se inclina para besarme y tras una pausa, le dejo, mientras una parte odiosa de mí espera que Genio esté mirando. Pero nadie empuja a Aaron, ninguna mano invisible le aparta de un golpe. Tan sólo nos besamos y tras salir del coche no puedo evitar sentirme decepcionada. Me cuesta ser vengativa si Genio se mantiene alejado de mí.

Paso el miércoles fingiendo con la Familia Real. Cuando me preguntan qué me pasa, contesto que tengo alergia o que he cogido un buen resfriado. Eso les cierra la boca, pero algunos comentan que ellos no irían al instituto si estuvieran tan enfermos como para que la gente lo notara. No sé por qué pero no me reconforta tanto como ellos creen.

No me extraña que Lawrence me evite; al fin y al cabo, según él yo soy la responsable de que no salga con nadie. A la hora de comer, se sienta en la otra punta de la mesa y me deja con Aaron y el grupo de rubias cortadas por el mismo patrón. Pica un poco de su plato y se marcha temprano, sin ni siquiera mirar en mi dirección. Una de las rubias se da cuenta de lo que pasa y me sugiere que vaya a hablar con él.

—Bueno, vosotros dos sois amigos íntimos, ¿no? —dice, deslizado una tira de zanahoria entre sus dedos.

Me encojo de hombros e intento no darle importancia.

—Ya no mucho.

La chica se encoge de hombros y continúa comiendo su almuerzo de verduras crudas (un régimen en el que tiene fe ciega), y yo observo cómo Lawrence desaparece por el pasillo. Todavía estoy enfadada con él, hasta echo chispas por cómo me hizo sentir, por pensar que me hace falta que cuiden de mí, por no decirme que sabía que no podía amarme. Pero por alguna razón, a

mi estómago le dan punzadas de culpabilidad y enseguida le pregunto a la chica qué tal le va la dieta de verduras para no salir corriendo detrás de él. El jueves es más o menos igual. Cuando me levanto, recorro mi cuarto con la vista en busca de Genio, pero la casa está vacía; y sé que esto me provoca una especie de sensación de vacío que se va apoderando de mí mientras me preparo para ir al instituto. Articulo en silencio el nombre de Genio en mi clase de Shakespeare, donde lo vi por primera vez, y dejo que de mis labios no salga más que un susurro entrecortado para que si aparece, pueda fingir que ha sido un accidente. El hecho de que no aparezca me saca más de quicio. ¿Qué derecho tiene a guardarme rencor? Él es el que se ha pasado de la raya. Permito que Aaron me bese en los pasillos hasta el punto que la gente empieza a silbar, pues me imagino que Lawrence o Genio preferirán pararlo en vez de continuar en silencio. Pero tampoco tengo suerte con este intento.

—Te veo mañana por la noche, guapa —dice Aaron cuando me bajo de su Jeep el viernes por la tarde.

Ha empezado a llover menos, pero el mundo sigue gris y empapado. Aaron aparca el Jeep y da la vuelta hasta el asiento del copiloto para empujarme contra el coche y besarme con fuerza. Me aparto antes de que dure demasiado.

—Sí, hasta mañana —respondo de mala gana.

Tenemos planes para ir a una fiesta. Es increíble cómo he pasado en una semana de estar deseando una invitación a querer escaquearme.

—Guay. ¿Quieres que te pase a buscar?

—Ummm... sí. Sí.

—Guay —repite—. Te pasaré a recoger a las nueve.

—Vale. Hasta luego.

—Guay.

«Qué palabra más buena, Aaron.»

Esquivo el último beso y me voy adentro. Dejo el bolso en la cocina y me tiro en el sofá a ver la tele... sola. Y triste.

Podría decir su nombre y así él tendría que venir. No es que quiera que aparezca porque se lo he ordenado, pero... tendría que venir. Suspiro y hundo

mi rostro en un cojín, mientras vuelvo a darme cuenta por milésima vez en este día de que sin Lawrence y Genio me encuentro mal y me siento sola, tanto, que cubre todo el enfado que pueda tener. Ocupan un espacio en mí que no pueden llenar Aaron y mis nuevos amigos de la Familia Real con su brillo de labios y su cerveza, un espacio que está en carne viva y duele. Como si me hubiera roto de nuevo.

La mañana del sábado llega demasiado pronto. Al despertar, mis ojos van directamente hacia el sillón, que sigue vacío. Suspiro y cuando me obligo a apartar la mirada, veo unos cuantos viejos bocetos amontonados en un rincón de mi habitación.

Me doy cuenta de que hace días que no pinto. De repente echo de menos más que nunca la sensación de pintar y me asaltan las ganas de coger un pincel como la necesidad de comer o de beber. Pero todos mis cuadros están en el instituto.

Podría ir. Hay suficientes actividades en el fin de semana para que no cierren las puertas. Me quedaría pintando toda la tarde y me saltaría la fiesta de esta noche. Por supuesto no sería lo que la nueva y radiante Viola haría. Pero me daría algo que hacer durante el día en vez de estar comiéndome la cabeza porque no puedo hablar con Genio o con Lawrence.

Sí, me voy. Cojo las llaves del coche de mi madre sin pedirle permiso y media hora más tarde entro en el instituto. Mis cuadros para la exposición esperan pacientemente, cubiertos con unas sábanas rotas, que les quito de un tirón.

No me gustan. No son más que cuadros. Bastante bonitos, pero sólo son cuadros. No son expresiones o emociones... o yo. Bueno, nos dijeron que pintáramos paisajes y obedecí, pinté paisajes. Son paisajes que quedan bien en las paredes de un salón o sobre el tocador de un dormitorio. No pegan nada conmigo. No son cuadros que muestren al mundo cómo soy, qué soy. Cojo los cinco lienzos de sus caballetes, los dejo amontonados sobre una mesa que hay al lado y coloco nuevos lienzos en blanco para empezar de nuevo.

Faltan unos días para la exposición y yo no tengo tanto talento como para que me salga algo maravilloso en tan poco tiempo. No conseguiré nada

empezando desde cero tan tarde, pero el deseo de llenar de color el lienzo me hace cosquillas en el pecho y baja por mis brazos, hasta que parece que vaya a explotar desde mis dedos. Busco un pincel y salpico de color el blanco.

Las horas pasan, aunque yo apenas lo noto. Tengo las manos moteadas de colores que hacen juego con la brillante puesta de sol del exterior. Los cuadros me han quedado raros; tienen algo que ver conmigo, con Ollie, con Lawrence, con Aaron... tienen algo que ver con Genio. Con el hecho de estudiar el pelo de color rosa, los cinturones de cadena y la manicura francesa, y cómo todo es un distintivo de lo que eres, de lo que formas parte. Las emociones se plasman en el lienzo hasta que ya no consumen mi cerebro, hasta que ya no me preocupa si los cuadros son buenos o no.

Mi teléfono móvil suena y el pincel repiquetea sobre el suelo de cemento.

—¿Hola? —contesto y me froto la cara, seguramente manchándomela de pintura.

—Hola, preciosa —dice la voz de Aaron.

«Viola. Me llamo Viola.»

—¿Aún quieres que te pase a buscar?

Miro con nostalgia el cuadro, que no está acabado del todo.

—La verdad es que... estoy trabajando en un cuadro. No puedo ir — respondo.

Aaron suspira profundamente.

—Pero, cariño, ya sabes que quería estar contigo esta noche. Te quiero.

—Sí.

Pero sólo porque yo lo he deseado.

—¿No puedes pintar otro día?

Sí. Claro que puedo. Pero no quiero. Quiero pintar ahora que se han despertado las emociones. Genio lo entendería. Y Lawrence también. Pero claro que puedo marcharme. Suspiro mientras me siento responsable. Es culpa mía que esté enamorado de mí, que quiera que yo esté allí. No es culpa suya que no me entienda o que no comprenda por qué pinto. Se lo debo.

—Sí —contesto y contengo un gran suspiro—. Quedamos en mi casa.

Intento parecer entusiasmada cuando subo al Jeep de Aaron media hora

más tarde. Unos chicos le ayudan a llevar una nevera y las chicas me llaman a gritos para que me una a su grupito de gente guapa. Pero no soporto los cotilleos mucho rato y emigro. Gracias a Dios, el patio trasero está casi vacío, salvo por unas parejas que están enrollándose y una chica solitaria junto a un parterre.

Es una noche oscura, despejada, y la luna es un diminuto trocito en el cielo. La casa está lo bastante lejos para que las farolas más cercanas parezcan tan sólo motas en la distancia, y como hay tan pocas luces encendidas adentro, las estrellas brillan mucho. Suspiro y me quedo mirándolas, cuando oigo un sollozo que proviene de la chica que está en el parterre. Alzo cejas y avanzo varios pasos hacia ella, mientras se aparta la pareja que se lo está montando más cerca.

—¿Hola? —digo.

La chica no contesta, sólo vuelve a sollozar un poco. Me acerco más por el suelo blando del jardín. Los faros de un coche que acaba de llegar iluminan su rostro surcado de lágrimas. Tiene la piel mate y los ojos vacíos, pero me recuerda a alguien...

Me tapo la boca con la mano.

Creo que es Ollie —no, sé que es Ollie—, pero esta no es... esta no es ella. No es la chica que conozco, despeinada y llorando en el césped. Tiene la piel apagada, parece que le duelen los ojos y se atraganta por el llanto antes de apoyar la cabeza en el suelo, al parecer, por un fracaso.

Se suponía que mi deseo no tenía que hacer daño a nadie. Me arrodillo junto a ella, que apenas parece advertir mi presencia.

Es culpa mía. Es todo culpa mía.

«Genio, Genio, ayuda. Por favor.»

Capítulo 18

Genio

105

Un trueno retumba en el parque y asusta a los patos que estaban intentando atraer hacia mí. Alzo la vista, expectante, pero no cae ni una gota. Suspiro y vuelvo a sentarme sobre el frío césped a esperar. Otra vez. Por cuarto día seguido.

«Esto es normal, no importa lo aburrido que sea», me recuerdo a mí mismo. Así debería estar, sentado solo, mientras espero que mi ama pida un deseo. Está bien que haya pedido que ejerzan presión. Me he estado repitiendo lo mismo todo el día porque sé que si digo claramente la duda que no deja de rondarme la cabeza, me derrumbaré. Es más fácil si mantengo resentimiento, si pienso en Viola gritándome, en los días que he perdido o en Caliban. Debo ignorar el hecho de que dos personas me conocían, de que dos personas me consideraban su amigo hasta el martes pasado. Supongo que una de ellas aún lo piensa.

Lawrence. He dejado que me vea. Le he implicado y ahora puede que le utilicen para presionar a Viola. Ella podría decir que le ayudara, que le salvara. Otro arranque de celos me embarga. Viola y Lawrence desearían salvarse el uno al otro. ¿Harían lo mismo por mí? ¿Lo haría alguien?

«Eso es de humanos. ¿Ves lo que te ha hecho estar tanto tiempo aquí?» Pero aun así debo advertir a Lawrence, pues todavía recuerdo cuando me llamaba «amigo». Además, estoy increíblemente aburrido y hace días que no hablo con nadie. Ya me he metido en tantos líos para los Ancianos que, ¿qué importa una infracción más? Desparezco del parque. Lawrence grita y tropieza con un bate de béisbol cuando aparezco en su habitación.

—Podías haberme avisado —refunfuña mientras se frota la rodilla, con la que ha caído en la alfombra.

—Perdona, me he olvidado —contesto y trato de ocultar el alivio que siento por que alguien me vea de nuevo.

Lawrence pone los ojos en blanco y se sienta en la silla enfrente del

ordenador.

—Pero la verdad es que me alegro de verte. A menos que... me digas que ha vuelto a pedir un deseo —dice.

Niego con la cabeza.

106 —No... no. No estoy aquí por eso. No hemos... Bueno, hace días que no me llama.

—A mí tampoco. No suele guardar rencor, pero estoy empezando a pensar lo contrario. Esta noche va a una fiesta, así que yo no voy a ir porque... se me hace violento. Pero si quieres, puedes quedarte a ver conmigo una reposición de Padre de familia.

La oferta es tentadora, pero dudo.

—Lo cierto es que ese no es el motivo de mi visita. —¿Cómo le explico que tal vez haya pedido que le hagan daño?—. Viola va a pedir pronto un deseo —digo despacio.

Lawrence levanta una ceja.

—Ah.

—Es lo mejor. En cuanto pida dos deseos más, me iré a casa. Encima, ya tiene a Aaron, así que no necesita a un genio que le ande detrás.

Lawrence se ríe y se sienta en el borde de la cama.

—Sí, puede que diga que quiere a Aaron, pero a ti te mira como antes me miraba a mí —comenta con una sonrisa algo triste—. Ya sabes, antes de convertirme en un homosexual cabreado.

Lawrence sonrío abiertamente, pero no puedo devolverle la sonrisa porque mi cabeza de repente está demasiado llena.

Ella me mira como antes le miraba a él, la persona a la que amaba.

Nadie me ha mirado así en la vida. Algo se activa en mi interior y me doy la vuelta cuando una cálida sensación me recorre de la cabeza a la yema de mis dedos.

No. No. Las relaciones son para los mortales.

Me vuelvo hacia Lawrence y niego con la cabeza.

—Un pájaro y un pez puede que quieran estar juntos, pero ¿dónde vivirían?

—No sé, ¿en una jaula submarina? —contesta Lawrence.

Suspiro y apoyo la cabeza en mi mano.

Lawrence se pone de pie y se cruza de brazos.

—Genio, ¿pasa algo...?

—He pedido que la presionen —digo tan rápido como puedo.

«No le mires.»

—¿Qué has pedido qué?

Me concentro en los viejos trofeos de béisbol que hay detrás de su cabeza.

—Cada vez que se preocupan porque un amo no pide deseos, entra en juego un ifrit, que se dedica a presionar a una persona para que desee. Pone a esa persona en una situación para que tenga que desear salir de ella. No siempre es agradable, pero los ifrit intentan que todo salga bien. Es su trabajo ayudar a escapar a los genios atrapados en la tierra y yo le pedí que presionara a Viola.

—¿Le has pedido que hagan daño...? —Lawrence alza la voz con los ojos muy abiertos por los nervios.

—¡No! —respondo bruscamente. ¿Quién se cree que soy?—. Le pedí al ifrit que me diera su palabra de que no presionaría a Viola directamente, de que no le haría daño. Es por el bien de todos, Lawrence. En Caliban hay unas normas, un protocolo impuesto por los Ancianos y tenemos que seguirlo mientras estemos en la Tierra. Este no es mi mundo...

—¡Pero ella es tu amiga! ¡Tienes que avisarla! ¿Eres tonto o qué? —grita Lawrence, mientras se acerca más a mí con cada palabra.

Abro la boca para volver a hablar, pero me quedo helado.

Viola.

Su llamada me atraviesa la cabeza como un grito que me seca la boca y me hace sudar las manos. La han presionado. Tienen que haberla presionado. Se me revuelven las tripas. «Es lo mejor, ¿recuerdas?» Me prometió que no la haría daño. «Es lo mejor», me repito a mí mismo, pero la sensación de malestar se intensifica. ¿Cómo he podido? ¿Qué he hecho? Ella es mi amiga. Las palabras salen de mi boca en un susurro.

—Me está llamando.

—Está en la fiesta de Aaron. Nos vemos allí —dice Lawrence, que coge las llaves de su coche de encima de su escritorio.

Asiento mientras el mundo se desdibujaba y desaparezo.

Espero llegar en medio de la fiesta como cuando Viola pidió el primer deseo y había vasos rojos por todos lados, la música estaba a tope y Aaron estaba rodeado de chicas que parecían hiedra humana. Pero no, he aparecido en un jardín iluminado por las paredes, la música a todo volumen de la casa que hay enfrente y el murmullo de una conversación casi inapreciable por el canto de los grillos. Viola está arrodillada junto a un macizo de tulipanes y hortensias, con la cabeza hacia el otro lado. Ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy detrás de ella, pero antes de que pueda hablar, una voz me interrumpe.

—He intentado hablar con él y me ha mandado a la mierda. ¿Qué he hecho? No lo entiendo. Se suponía que íbamos a estar juntos para siempre —llora la voz entre las filas de canas. La que habla es... no.

Es Ollie. Pero no es la Ollie guapa, misteriosa y radiante que recuerdo de la semana pasada.

Esta Ollie tiene rímel chorreando por las mejillas. Sus ojos están tan rojos y vidriosos de tanto llorar y está fea de lo triste que se siente. La ropa no le queda igual, parece una niña perdida, vestida con ropa de su madre. Un nubarrón se coloca delante de la luna y asume en las sombras los rostros de Ollie y Viola.

—Ama —digo su título en vez de su nombre.

«Recuerda, es más fácil cuando sólo es tu ama, cuando no es "Viola".»

Es el protocolo. Viola se vuelve hacia mí, con la cara desencajada por el sufrimiento. Tengo muchísimas ganas de llamarla por su nombre. Y quiero que ella diga el mío. Tomo aire.

—Llámame Viola, por favor —me pide con la voz temblorosa.

De repente nada más me importa, ni el ifrit, ni Caliban, ni envejecer. ¿Cómo había podido pensar que algo de eso importaba de verdad? No sé qué hacer. ¿Voy hacia ella? ¿Me quedo de pie, en silencio? ¿Qué puedo hacer para

que no siga sufriendo?

De pronto mi cuerpo sabe qué hacer, al contrario que mi cabeza. Me arrodillo en el suelo, junto a ella, y pongo una mano encima de la suya mientras empieza a lloviznar. Veo un movimiento detrás de los rosales; es el ifrit. Su túnica de seda refleja las luces de la casa; él cruza los brazos y me lanza una mirada larga, de perplejidad. Dejo mi mano firme sobre la de Viola y aparto la vista de él.

—Es culpa mía que esté así. Yo he echado a perder la vida de Ollie. Mírala —murmura Viola mientras Ollie se tapa la cara con las manos.

El tatuaje blanco de la paleta de un pintor que tiene en la espalda parece desdibujado y asqueroso. Un trueno retumba en la distancia, la gente que estaba divirtiéndose fuera corre hacia la casa y se oye la música más fuerte.

—No lo entiendo —dice Ollie sollozando—. Me siento tan... tan...

—Rota —susurra Viola, que se sienta y coloca su cabeza en sus manos—. ¿Qué he hecho?

—Has pedido un deseo —respondo yo en tono adusto.

Y yo he pedido presión.

—Pero yo no quería hacerle daño a Ollie. Yo no quería hacerle daño a nadie. Lo único que quería era volver a sentirme completa. Pero no lo he conseguido, ni siquiera ahora que formo parte de algo.

Pasa de lloviznar a caer el típico chaparrón de verano. En Caliban no llueve. El agua cae sobre las pestañas de Viola y se mezcla con sus lágrimas.

—¿Puedo retractarme? ¿Puedo deshacer el primer deseo? —pregunta Viola.

—No, no puedes —digo en voz baja—. No puedes retirar tu deseo.

Los ojos de Viola vuelven a clavarse en Ollie.

—Tengo que arreglarlo —dice con temor—. ¿Qué debo hacer? —pregunta y me mira otra vez.

Viola en realidad no quiere saberlo, su pregunta apenas tira de mí. Seguramente sea porque ya sabe lo que tiene que hacer. Sólo necesita oírlo para ver que no hay otro modo de hacerlo.

—Tienes que volver a pedir un deseo —respondo y aparto la vista.

Un sentimiento que no conozco se apodera de mí al salir las palabras de mi boca, es como si me retorcieran el estómago y el corazón al mismo tiempo. El ifrit me lanza una mirada adusta y desaparece. Viola respira hondo y calla unos segundos.

110

—Lo siento —dice por fin con un tono firme. ¿Sabe lo que pienso igual que yo sé cómo se siente ella? ¿Sabe que no quiero que pida un deseo por nada del mundo? Su voz se convierte en un susurro—, pero tengo que hacerlo.

—Lo entiendo —contesto.

Es un ifrit magnífico. Ha sido una buena forma de ejercer presión. Y yo soy el único culpable de que haya pedido un deseo, de que la esté perdiendo por un mundo de calma y solidaridad. Me pongo de pie. No quiero hacer esto. Ahora mismo quiero ser cualquier cosa menos un ser que concede deseos.

Viola no me mira, sino a Ollie, que tiene la ropa y las manos llenas de barro, y la cara hinchada de tanto llorar. Extiende una mano y la coloca sobre el brazo de Ollie.

—Deseo que Ollie esté bien —dice con la voz entrecortada mientras cierra los ojos.

No me mira y me alegro porque sé que tengo la cara contraída en una mueca horrible. Me resisto, aunque sé que no tengo nada que hacer. El deseo me empuja como una gran ola. Espero hasta el último momento para concederlo, hasta que la sensación de la ola se abalanza sobre mí tan fuerte que noto que me ahogo. Al final, pongo un brazo sobre mi estómago, el otro contra mi espalda y me inclino despacio.

A Viola. A mi ama. ¿Cómo voy a hacerle daño? ¿Qué he hecho?

—Como deseos.

Capítulo 19

Viola

111

Miro a Genio a los ojos cuando las palabras salen de su boca. Me mira diferente a como me mira Aaron. Es como si le diera igual mi color de pelo, la talla que uso, si estoy sana o enferma, si estoy gorda o flaca, o si me estoy muriendo, porque él siempre me miraría del mismo modo. La lluvia hace que su piel dorada parezca brillante y pulida, y parece menos humano que nunca. Se pone derecho y rompe el contacto visual conmigo para clavar la vista al cielo.

—En Caliban no llueve —dice mientras las gotas de lluvia le salpican el rostro.

Sigo su mirada hacia las nubes y luego me acuerdo de Ollie. Mis ojos se dirigen como una flecha hacia los arbustos donde estaba ella, sucia y llorando. Se ha ido. Una risa enérgica, color manzana, retumba en el jardín desde algún lugar de la casa. Miro adentro.

Ollie está sentada en la encimera de la cocina, enmarcada por las cortinas rosas de la ventana. Su pelo cae en unos rizos perfectamente despeinados, y sus dientes son blancos y relucientes. Su piel vuelve a tener ese color miel y cuando se da la vuelta, veo el tatuaje blanco de su espalda, más brillante que nunca. Los chicos la rodean y ella les sonrío, luego se baja de un salto de la encimera y desaparece de mi vista.

—Ha funcionado —digo en voz baja.

Genio aparta la mirada del cielo y unas gotitas de lluvia caen por sus mejillas como si fueran lágrimas.

—Sí —dice enseguida tras inhalar, con una voz demasiado despreocupada para ser cierto—. He ocultado que Aaron la dejó. La verdad es que no puedo borrar los recuerdos... La magia de los genios no es tan fuerte...

—Lo siento —le interrumpo, con la voz entrecortada.

—No pasa nada —contesta Genio con la vista clavada en la hierba mojada—. Es culpa mía.

Tiene la mandíbula tensa y parece dolido por la expresión de sus ojos. Le observo detenidamente a través de la lluvia cada vez más abundante y anhelo conocer sus deseos como él conoce los míos.

—¿A qué te refieres? —pregunto mientras busco su cara.

«No es culpa tuya. Es culpa mía.»

Genio se calla y se frota el rostro con la mano.

—Viola... Ollie era un modo de presionarte. Le pedí a otro genio que te obligara a pedir un deseo. Estaba confundido. Estaba celoso. No entendía nada, creía que tenía que volver a casa. Creía que necesitaba que tú pidieras un deseo.

Me tiembla el aliento en la garganta mientras el agua baja por mi pelo y sigue por mi espalda. ¿Qué es lo que me ha hecho?

—No lo entiendo —susurro.

Genio se muerde el labio y luego suelta una explicación: ifrit, presión, tiempo, deseos, Caliban. Las palabras se funden como el olor a alcohol y a tabaco que sale de la casa.

«Quería marcharse. Quería que yo deseara para que él pudiera marcharse.»

Al saberlo siento como si me clavaran un cuchillo. Me había dicho que le gustaba estar aquí. Creía que le gustaba estar conmigo. Creía que ya no quería irse. Me obligo a tragar saliva.

—Le pedí que no te hiciera daño, así que hizo que Ollie se sintiera mal por la ruptura con Aaron, para llegar hasta ti. Es culpa mía. Lo siento mucho, Viola —dice Genio en voz alta para que se le oiga por encima del ruido de la tormenta. Genio ha hecho esto. Y lo ha hecho a propósito. Me he quedado muda y apenas puedo ver; todo lo veo borroso y poco claro con la lluvia. Sólo distingo a Genio. Está respirando profundamente y me mira a los ojos mientras habla. Tiene la voz ronca y grave, y mueve los dedos como si quisiera tocarme. Me alejo un paso de él y cruzo los brazos sobre mi cintura. Un trueno retumba sobre nuestras cabezas.

Por fin encuentro las palabras.

—Yo hubiera... quieres irte. Querías que hiciera daño para poder..

Me callo cuando un relámpago ilumina el jardín. Tiemblo, aunque no estoy segura de que sea por el frío.

—No, Viola, por favor. Fue un error. Estaba asustado porque... —Baja la vista—. Porque estoy empezando a sentirme destrozado sin ti. Es como si fuera a desaparecer algo en mí, una parte de quién soy y de lo que soy, si te dejo. Cuando estoy contigo no soy sólo un ser que concede deseos. Y se supone que no debo sentirme así. Yo soy un ser que concede deseos. No soy un mortal, pero... es casi como si deseara serlo —pronuncia esas palabras con un aire de confusión en su rostro y no puedo evitar preguntarme si alguna vez habrá deseado algo.

Alguien me llama desde el otro lado del patio con voz de borracho. Aaron está en la puerta, con una cerveza en la mano. Me quejo.

—¡Viola! ¿No vuelves adentro? —grita.

Me doy la vuelta hacia Genio.

«Me has engañado.»

—¿Viola? —me llama Aaron de nuevo—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —miento mientras le miro.

Al volver la vista hacia Genio, ha desaparecido. Exhalo, me seco las lágrimas de los ojos y me doy la vuelta para acercarme a Aaron.

—¿Por qué no has entrado cuando ha empezado a llover, cariño? Estás empapada —me pregunta Aaron mientras sujeta la puerta abierta.

Me frota los hombros con sus manos para calentarlos.

—Me he distraído —digo entre dientes.

Aaron llama a uno de sus chicos para que le pase una toalla. Me la pasa por el pelo —me lo enreda— y luego me envuelve en ella, aunque yo estoy tan entumecida que apenas la noto. Me saca de la cocina y nos tiramos juntos en el sofá. Detrás de mí oigo a dos chicas hablando y usando la expresión «la novia de Aaron Moor».

«Exacto», pienso.

Esta es una fiesta para la novia de Aaron Moor. Para la radiante Viola. Creía que esa era yo, pero... no. Yo no soy la radiante Viola y tampoco soy la Viola de antes. Ni siquiera soy ya una chica invisible. Tan sólo soy...

—¿Viola? —me llama una voz.

Alzo la vista. Es Lawrence. Tiene los ojos llenos de preocupación y una mirada desesperada en el rostro. Extiende una mano hacia mí y sin vacilar, la cojo y me levanto.

—¿Vas a algún sitio? —pregunta Aaron y le da un trago a su cerveza.

—A casa. Me encuentro mal —miento.

No me importa.

—Ah, ¿quieres que te lleve? Puedo cuidarte —dice y le da otro sorbo a la cerveza.

Niego con la cabeza.

—¿Dónde está Genio? —pregunta Lawrence mientras salimos por la puerta principal.

—No sé. Estaba aquí, pero cuando pedí el deseo para Ollie, desapareció.

Subimos al coche y al ver que estoy temblando, Lawrence pone alta la calefacción.

—¿Has pedido un deseo? —pregunta al cabo de unos instantes de silencio.

—Sí —contesto en voz baja—. Tuve que hacerlo. Ollie estaba... estaba hecha un desastre porque había perdido a Aaron. Ha sido horrible y todo por culpa de Genio.

—La presión. Me lo contó.

—Me ha traicionado. Me ha hecho daño.

—Viola... No... No creo que esa fuera su intención. Cuando le llamaste... deberías haber visto sus ojos.

—Pero aun así, me ha hecho daño.

—Estaba asustado. Se preocupa tanto por ti que está muy asustado. Creo que eres la primera persona que le importa. La única.

Me enrolló el pelo en los dedos. ¿Cómo puede alguien sentir algo tan fuerte por mí? ¿Y cómo puedo sentirme yo así por una persona que ha intentado hacerme daño?

Porque Genio me entiende de un modo que Aaron nunca me entenderá. Sabe lo que quiero, lo que me hace falta, cuándo necesito ayuda, cuándo

quiero que me dejen en paz. Suspiro. ¿Cómo no me va a importar alguien que me conoce de esa manera? ¿Alguien que se preocupa tanto por mí como para que pueda destrozarle?

Permanecemos callados el resto del trayecto, hasta que llegamos a mi casa. Bajo la vista y me recojo el pelo detrás de las orejas. Le debo una a Lawrence. Por haberme traído a casa, pero también por muchas cosas más.

—Gracias —digo en voz baja.

—No podía permitir que Aaron te trajera en coche a casa —dice Lawrence.

—Bueno... sí, eso. Pero también, eeh... gracias —repito.

Lawrence no contesta. Abro la puerta de mi lado y saco los pies del coche.

—¡Vi! —me llama Lawrence cuando estoy a punto de cerrar la puerta del coche y se me queda mirando a los ojos durante un buen rato —. Lo siento, Vi.

Asiento, sonrío un poco y después cierro la puerta. Lawrence me dedica una amplia sonrisa y se despide con la mano mientras se marcha.

Paso por delante de mis padres, que se han quedado dormidos viendo la CNN. Me pongo en el baño mi pijama de felpa, el que lleva ranas con coronas en la cabeza, ese que nunca querría que me viera Aaron; me siento en el borde de la cama y miro hacia el sillón donde Genio solía sentarse.

Cierro los ojos y le llamo.

Capítulo 20

Genio

116

Cuando desaparezco del parterre, el tranquilo silencio del parque Holly sustituye la música y el olor a alcohol. Un columpio se balancea ligeramente adelante y atrás. En un abrir y cerrar de ojos, el ifrit aparece sentado en el columpio. Sus ojos de bronce me miran titilantes como la luz del fuego y se pone de pie. Estoy enfadado, tan enfadado que noto esa emoción recorriendo mi cuerpo, como si mi sangre se hubiera convertido en veneno.

—Tú lo pediste, amigo mío.

—Pues lo retiro. Déjala en paz —gruño.

—Oye. —El ifrit levanta las cejas, sorprendido—. Venga ya, tú querías esto...

—¡Aléjate de ella! —grito y mi voz retumba en el parque vacío.

Yo lo pedí. Yo pedí que ejerciera presión. Pero eso no significaba que ahora no pueda luchar por ella.

El ifrit se levanta despacio del columpio. Yo soy alto, pero él lo es un poco más; al fin y al cabo, ahora es un adulto totalmente desarrollado. Nos quedamos mirándonos con dureza.

—Estás actuando como un humano —dice el ifrit malhumorado.

—No me importa —digo entre dientes—. Aléjate de ella.

—¿Por qué? ¿Por qué crees que eres su amiga? Eres su esclavo. Y al final pediré un deseo y te enviaré de nuevo a Caliban con menos meses, quizá con menos años de vida, sin nada más que una colección de noches en el parque porque te echa cada vez que no te necesita.

Ya no me importa. Merece la pena. Incluso si nunca más me vuelve a hablar por lo que he hecho, merecerá la pena. Ella hace que me sienta una persona, no sólo un ser que conceda deseos. No me había dado cuenta de la vida tan insatisfecha que tenía hasta que tuve más. Hasta que tuve la pieza que no sabía que me faltaba.

—No importa —suelto—. No debería haberte pedido que la presionaras.

Ella no es como la mayoría de los mortales. No es así.

—Todos son así. Codiciosos, egoístas, desesperados y además, envejecen. Son así, igual que nosotros somos.

117 Mi mente se nubla y tiemblo por la frustración, el enfado del dolor. Unas astillas crujen bajo mis rodillas. Mi mano entra en contacto con la piel y el dolor rebota contra mi brazo. Lo siguiente que veo es el ifrit clavado en el suelo, debajo de mí.

Le he pegado. He pegado a un compañero genio. Me quedo inmóvil, atónito al comprender lo que acabo de hacer. Ni siquiera me doy cuenta cuando empuja para quitarme de encima. Se pone de pie como puede, con los ojos muy abiertos. Se toca el labio inferior con cuidado e inhala, sorprendido, cuando se da cuenta de que está sangrado.

Nadie sangra en Caliban.

—Me has pegado —murmura el ifrit.

Hago una mueca y me levanto del suelo.

—No puedo creer que me hayas pegado —dice el ifrit con los ojos aún más abiertos. Finalmente su sorpresa se disipa hasta convertirse en enfado—. ¿A ti qué te pasa?

—Ella no es así —protesto en voz alta y me paso una mano por el pelo, nervioso.

He pegado a un ifrit. Nunca he oído que nadie haya pegado ifrit. Pero se lo merecía. La verdad es que yo soy el que se lo merece. Yo fui el que pidió la presión.

—¿Pegas a un compañero? ¿Por una humana? ¿Qué te ha hecho esa chica? —pregunta el ifrit, que al final se limpia la sangre de la boca con el dobladillo de su túnica—. Vas a volver a Caliban. De un modo u otro, no permitiré que una humana te arruine la vida de esta manera. Primero rompiste los tres protocolos y ahora esto. ¿Te has dado cuenta del lío en el que te has metido con los ancianos? ¡La mortal no importa!

Respiro con dificultad, ¿Que la mortal no importa? No, amigo mío. Sí que importa.

—Por favor —digo en voz alta. Alzo la vista para mirar al ifrit a los ojos—.

Por favor, no le hagas daño. Deja de presionarla. Ya hablaré yo con los ancianos cuando regrese y te dejaré al margen. Pero deja de presionarla.

Por lo visto al ifrit le sorprende que le suplique después de pegarle un puñetazo. No le culpo. Niego con la cabeza, como si estuviera mirando un desconocido, a alguien que puede que conociera en el pasado. Pasa mucho tiempo hasta que por fin habla.

—No puedes retirar la presión. Ya lo sabes. Los Ancianos nunca lo permitirían y yo no les puedo ocultar una cosa así. Además, yo nunca dejaría de presionarla aunque fuera posible. Tienes que salir de aquí. Crees que eres feliz, ¿no? Pues no lo eres. Sólo estás confundido. Haz que pida un deseo, haz que te olvide, por tu propio bien —termina de decir el ifrit, se limpia el labio de nuevo y desaparece.

Cuando se marcha, jadeo como si saliera del agua en busca de aire y me apoyo en el roble. Me tiemblan un poco las yemas de los dedos. Tiene razón. Me va a olvidar. La conexión entre un genio y su amo tiene que cortarse en algún momento. Eso no lo cambia nada. Es como si me castigaran.

No, me están castigando.

Por eso Caliban era un castigo. Ahora me doy cuenta... Es un bonito mundo perfecto para nada. No hay relaciones, no hay añoranza, no hay... amor. Es un mundo en el que estamos atrapados hasta que nos necesiten aquí; un mundo en el que estamos condenados mientras los que nos importan se olvidan de nosotros.

Vuelvo a clavar la vista en las estrella.

“Por favor, que me perdone por todo esto antes de que se me olvide de mí”.

“Por favor”.

Me llama.

Me esfumo y aparezco en su habitación.

—Te marchaste —dice.

Asiento. Viola tiene el pelo mojado y los ojos cansados. Está más guapa ahora que cuando intentaba no ser invisible.

—Me hiciste daño.

Asiento otra vez y aprieto los labios. Pienso, "Grita". No sé por qué, pero creo que sería más fácil si me lo dijera gritando. Me tiro en el sillón y apoyo la cabeza en mis manos.

—Creo que siempre estamos buscando nuevas piezas —dice Viola en voz baja.

¿Qué?

—Yo buscaba a Lawrence —continúa—, luego algo que sustituyera a Lawrence, luego Aaron... quizás esa sea la única verdad de estar roto. Siempre estamos enteros, más enteros. Entonces, cuando una pieza se va, se rompe. Pero no nos quedamos menos enteros que al principio...

—Pero sí con la sensación de que estamos rotos... —añado, con las palabras pegadas a la garganta.

Agradezco que Viola me interrumpa.

—Es horrible. Doloroso —termina—. Pero cuando menos te lo esperas, aparecen nuevas piezas y de repente... encajan. —Levanta la mirada hacia mis ojos—. Y acabas más completo que antes. —Se acerca al sillón donde estoy sentado—. Tú siempre me has conocido, has conocido a Viola y no a la antigua yo o a la versión radiante en al que me había convertido o la chica invisible. Tú veías la parte de mí que sí estaba completa.

Viola aparta la vida y sonrío, triste, pero sonrío.

Me ha perdonado. Me inunda una sensación de alivio como si fuera agua caliente. De algún modo me ha perdonado.

—¿Puedes pedirle al ifrit que pare? —pregunta Viola con una voz suave.

—No. Y aunque pudiera, no lo haría. Él sólo hace su trabajo. Intenta salvarme y seguirá presionando hasta que pidas el tercer deseo y yo regrese.

—Si pido un deseo, te olvidaré —murmura.

—Lo sé —contesto.

Pero yo no te olvidaré a ti. Los genios no olvidan.

Viola está callada. Tengo la impresión de que debo decir algo, pero ¿qué?

—Estás sangrando —repite Viola y me señala el brazo.

Tengo la camisa rota y la piel arañada por la refriega con el ifrit.

—Ah. Estoy bien. Me... me he peleado con el ifrit que te ha presionado —

le explico y me sonrojo a mi pesar.

—¿Ganaste? —pregunta.

—A decir verdad, creo que ganó el montón de astillas sobre el que caí.

Viola se ríe —qué alivio oír su risa— y se levanta.

Rebusca en un cajón del tocador y al cabo de un rato, saca una camisa.

—Es de Lawrence. Puedes ponértela si quieres.

Asiento, me pongo de pie y nos encontramos en el centro de la habitación. Se retira el pelo hacia atrás al darme la camisa, pero cuando la cojo con la mano, ella no la suelta. Ninguno de los dos se mueve ni respira, es como si la tela negra que hay entre nosotros nos mantuviera inmóviles. Mis pensamientos se confunden.

—Perdona —dice Viola con energía y se aparta de la tela, justo cuando sus mejillas se ponen coloradas.

Exhalo e intento evitar su mirada mientras se sienta.

—Voy a limpiar esto —digo y me señalo el brazo.

Entro en el cuarto de baño, cierro la puerta y me apoyo en ella un momento.

Es una mortal, pero no me importa.

Abro el frigo, me salpico con agua el brazo y hago una pausa para mirar la sangre. Cuando salgo vestido con la camisa de Lawrence, Viola ha apagado la luz y está en su cama, aunque sé que aún está despierta. Me siento en el sillón y miro las estrellas, que se distinguen por la abertura de las cortinas.

—Se supone que puedes pedir deseos a las estrellas, ¿sabes? —dice Viola.

—¿Funciona? —pregunta y vuelvo mi cara hacia ella.

—Pues no. Pero lo hacemos igualmente —responde—. ¿No tenéis nada parecido en Caliban?

—La verdad es que no. En Caliban no hay estrellas. Se supone que no debemos contaros nada de nuestro mundo, ¿sabes? —sonríó abiertamente y vuelvo a mirar las estrellas—. Se supone que no tenemos que hacer nada de esto. Sea lo que sea. Se supone que tú para mí sólo tienes que ser mi ama.

No debería haberlo dicho. No debería haberlo dicho. ¿Por qué lo he

dicho? Se me han escapado las palabras como si no fueran nada, pero la confesión hace que ambos bajemos la vista. Una extraña sensación abate mi corazón y me marea y me asusta a la vez.

—¿Y qué soy para ti? —pregunta Viola con delicadeza.

“Díselo.”

¿Pero acaso yo lo sé? No creo que sepa qué palabras usar.

—Yo... tú eres... mi amiga —digo.

“Imbécil.”

—Ah —dice con una voz que roza la desilusión. Viola se retira el pelo de la cara, se lleva las rodillas al pecho y respira hondo—. Quédate.

Levanto la cabeza de repente al oír lo que ha dicho. Ha cambiado, ha envejecido y su belleza me hace sonreír.

—Esperaré a que te hayas dormido —contesto.

—No. Quédate conmigo —dice y de repente me doy cuenta de que no se refiere a esta noche.

Me restriego la frente para que no vea en mis ojos el deseo que siento.

—No puedo, no soy así —digo con voz quebrada—. No puedo convertir a nadie en sirena, ¿recuerdas?

La farola de la calle parpadea y se apaga. Nos quedamos en la oscuridad, con la única la luz tenue de la luna iluminado la silueta de Viola, que aún está agarrándose las rodillas, de un modo muy femenino.

—¿Qué más hará para presionarme?

—Cualquier cosa. No puedo hacerte daño directamente porque me ha dado su palabra. Pero seguramente lo intente con Lawrence, pues sabe que te importa.

Viola suspira.

—Ni siquiera me importa el deseo —dice con voz temblorosa—. Ya no deseo todo aquello que creía que necesitaba para sentirme completa. Ya no. Lo único que quiero es que no te vayas.

A lo mejor es porque estamos a oscuras y es más fácil cuando no tienes que verle la cara a alguien, o a lo mejor es porque por fin me he espabilado ahora que su voz suena triste e insignificante, pero me deslizo del sillón a la

cama con un solo movimiento. Coloco tímidamente una mano sobre el antebrazo de Viola. ¿Qué voy a hacer? Quiero hacerlo bien. Ella descruza los brazos y se echa hacia mí. Estoy tan asustado que casi me siento inmóvil, como una maniquí, pero en el último momento reacciono. La rodeo con mis brazos y la acerco hacia mi pecho, hasta que noto su corazón latiendo junto al mío. Nos quedamos sentados en silencio.

“¿Qué estás haciendo?”, me pregunto a mí mismo, pero la pregunta queda aplastada por otra voz interior que no habla precisamente de rectitud. Sí, he abrazado a algunas genios, pero nunca había tenido la sensación de no poder acercarme tanto a alguien. Echo la cabeza hacia la parte de atrás de su cuello e inhalo el perfume de su piel.

Es humana.

No me importa.

Viola está callada, con la cabeza hundida en mi pecho mientras respira profundamente. Sus cabellos huelen a coco y los callos de sus manos de sujetar el pincel. Incluso siento cómo cambia y la acerco aún más para que la sensación sea más fuerte.

Los momentos pasan. Ninguno de los dos dice nada porque al parecer no hay nada que decir. La respiración de Viola cambia, es más lenta, más calmada y empieza a dormir. No me quiero mover por miedo a despertarla y que se aparte, así que la abrazo durante más rato. Me pregunto si debe de ser así siempre dormir en la Tierra, una sensación suave y delicada, como las flores gipsófilas. Es muy diferente al sueño en Caliban.

Son casi las cuatro de la mañana cuando al final me aparto de ella, dejo su cabeza sobre la almohada y la arropo con la colcha.

Me levanto y pienso en sentarme en el sillón hasta que se despierte... pero no. Me quedo tumbado a su lado. No puedo dormir en la Tierra, lo sé, pero no importa. Miro al cielo y escucho su respiración hasta que sale el sol.

Capítulo 21

Viola

123

Cuando me despierto, siento un cosquilleo en la piel donde Genio me tenía entre sus brazos, como si alguien estuviera dibujando espirales diminutas sobre mi piel. Espera... eso no ocurrió.

No, si que ocurrió. Genio me abrazó como... No me sale la palabra, pero una sensación cálida y agradable crece en mi interior, y me siento más completa incluso que ayer por la noche, en sus brazos. Por fin abro los ojos y me doy cuenta de que Genio está tumbado a mi lado, mirando hacia la pared de enfrente, de modo que lo único que veo es su pelo espeso y rizado, que parece tan suave como el hilo de seda. Tengo miedo de hablar o de moverme, no quiero despertarle por temor a que se asuste y yo me sonroje y empecemos a decir que lo que pasó ayer por la noche no debería volver a ocurrir.

—Sé cuando estás despierta.

La voz de Genio me sorprende. Noto que me pongo colorada y suspiro. Mis manos ansían tocarle de nuevo, que él me toque a mí, pero ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos tumbados, yo debajo de las sábanas y él encima de la colcha, conectados por la fibra del tejido que rebota energía entre nosotros.

“Tócalo.”

Mi teléfono móvil suena. La energía se separa como papel rasgado al apartar las sábanas para salir de la cama. Cruzo como un rayo la habitación y me tropiezo cuando me doy cuenta de que tengo el pie izquierdo dormido. Genio se levanta, se pasa una mano por el pelo y se tira en el sillón mientras contesto.

—Hola guapa —dice una voz.

Es Aaron. Parece cansado y todavía no está muy sobrio.

—Hola —respondo, me vuelvo hacia Genio y bajo la voz.

—Anoche te fuiste muy pronto. Te lo perdiste. Audrey se cogió una

cogorza. Fue la leche.

Por el tono de su voz, sé que está poniendo esa sonrisa de chulo suya.

—Sí... lo siento.

—Esta tarde iremos a ver una peli o a hacer otra cosa, ¿no?

Me quedo callada. Me doy la vuelta, miro vacilante a Genio y sus ojos oscuros me miran parpadeando.

—No puedo —respondo. Genio suaviza su mirada y sonrío—. No puedo, tengo planes.

—Venga... —dice con un tono pícaro y meloso, como si estuviera intentando convencer a un animal salvaje.

—Tengo que irme, te llamaré más tarde —digo y antes de que pueda volver a hablar, cierro el teléfono.

—Después de desearle, ¿ahora lo rechazas? —pregunto Genio.

Tiene el pelo despeinado y le cae delante de los ojos.

—Llama a Lawrence —digo y le lanzo mi móvil—. Voy a vestirme.

—Sí, mi ama —dice.

Giro sobre mis talones, pero veo que me dedica una gran sonrisa burlona. Le tiro un gato de peluche y me meto en el baño.

—¿Lo que estás diciendo es que me usará para presionar a Vi, como utilizó a Ollie? —pregunta Lawrence unas horas más tarde mientras estamos sentados en el invernadero de su casa.

Aparto la vista, pero Genio asiente, serio.

—Sí, creo que sí. Sois íntimos amigos y te utilizará para llegar a ella. No sé cómo. Se le da muy bien su trabajo, puede ser cualquier cosa.

—Lo siento, Lawr... —empiezo a decir, pero Lawrence levanta una mano para detenerme.

—No lo sientas. Si pude revelarte que era gay, Vi, puedo con todo lo que el ifrit eche encima. No pierdas un deseo por mí. No quiero que olvides a Genio por mi culpa.

—No es tan sencillo, Lawrence —tercia Genio—. Podrías salir herido. Las presiones físicas son las más comunes...

—¿Y qué alternativa tenemos? ¿Qué pida un deseo ahora que no pasa

nada?

—Bueno, no, pero... —intenta explicar Genio.

—Pues no hay más que hablar. Si las cosas empeoran, vale, que desee sacarme del lío. Pero antes, no.

—Lawrence... —protesto otra vez.

—Viola, para —replica Lawrence. Me mira a los ojos y niega con la cabeza—. Viola, siempre he querido que fueras feliz. Por eso me costó tanto decírtelo... cortar contigo. Por eso aunque no funcionara conmigo, no voy a impedir que puedas volver a ser feliz. No me pasará nada. Si la cosa se pone fea, pide un deseo por mí, pero no lo hagas hasta ese momento —termina y mira a Genio firmemente.

Quiero hablar, pero lo único que sale de mis labios es aire. ¿Cuáles son las palabras adecuadas? Lawrence extiende el brazo para tocarme la mano un instante. En ese mismo momento, Genio coloca una mano sobre mi hombro y una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de Genio para mirarme a los ojos.

—Deberías permanecer cerca de mí —le dice Genio a Lawrence—. Hay menos probabilidades de que actúe si estoy por aquí. Habría demasiado riesgo de que yo interfiriera o de que volviera a infringir el protocolo al intentar ayudar sin que Viola haya pedido un deseo.

—Vale. Pero no me voy a quedar sentado en este invernadero esperando a que un Genio enfadado me haga llorar en un rosal. Vámonos por ahí. Yo conduzco —dice Lawrence.

Media hora más tarde estamos en el centro comercial, donde una feria ambulante ha descargado en el aparcamiento. Está lleno de gente, a pesar de que la montaña rusa parece que esté pegada con pegamento y una de las "atracciones" sea un tobogán. Nos rodean unos niños pequeños con la boca llena de pegajoso algodón de azúcar rosa y las madres, agobiadas, parecen amargadas por tener que pasar el domingo contando montones de fichas. Las luces se mueven por los bordes de las atracciones y destellan sobre la brillante pintura de la noria, que se extiende hasta el cielo nublado. La situación en general parece poner nervioso a Genio.

—No puedo saber hacia dónde corren para moverme —refunfuña cuando

un niño casi se choca con él.

—Pues hazte visible —contesta Lawrence.

—Tú y Viola os habéis acostumbrado a verme y no os dais cuenta de lo poco humano que parezco.

126

Tiene razón. Sus ojos se parecen más que nunca a los de un animal cuando las luces de las atracciones los iluminan. Al pasar por delante del tióvivo, miro nuestro reflejo en los espejos de marco dorado que cubren el centro. Aunque el Genio camine visible justo un paso detrás de nosotros, en el lugar que ocupa hay un extraño brillo, apenas perceptible en el espejo, un brillo que nunca verías si no lo buscaras entre los caballos pintos de plásticos.

—¿Crees que esta gente se va a fijar, Genio? —dice Lawrence.

Tiene razón. Las madres están demasiado ocupadas frenando a sus hijos, los feriantes están demasiado interesados en convencer a los niños de que se suban a sus atracciones, y los niños, demasiado concentrados en ganar animales de peluche. Nos paramos enfrente de un calíope que está apartado de la feria y toca una melodía preciosa que casi se pierde por la emisora de radio local que suena a todo volumen por los altavoces.

—Sería una enorme infracción del segundo protocolo. Mostrarme ante Lawrence es una cosa, pero ante toda la feria... —dice Genio con cautela mientras evita mirarme a los ojos.

—¿Y si te ordeno que lo hagas? —pregunto con una ceja levantada.

Genio me mira.

—Bueno, lo cierto es que no puedo desobedecer a mi ama —responde con una sonrisita de complicidad.

—Espero que no creas que ahora eres el "ama" de cualquiera.

Lawrence me da un codazo de broma. Me río y estoy a punto de volverme hacia Genio cuando los ojos de Lawrence se desvían un instante hacia un chico entre la multitud. No es la primera vez que lo pillo mirando a un tío, pero sí es la primera vez que no me importa. ¿Cómo iba a preocuparme si tengo los ojos de Genio clavados en los míos?

—Deja que te vean —ordeno en voz baja y miro a Genio con una sonrisa.

Asiente y me toca la mano en un segundo. Nos apartamos del calíope,

hacia la luz, y Genio queda a la vista de todos. El tio vivo que hay delante nos refleja a los tres cien veces.

Capítulo 22

Genio

128

Últimamente cuando Viola me da una orden directa, no estoy seguro de si obedezco porque tenga que hacerlo o porque quiero hacerlo. Como ahora, cuando asiento y al instante me vuelvo visible ante la multitud. Una niña pequeña que lleva la cara pintada de tigre pasa por delante de nosotros y se queda paralizada, mirándome fijamente. Me muevo, incómodo mientras ella chupa un mechón de su pelo y corre el maquillaje de su cara. Entonces me dedica una sonrisa que muestra hasta las encías, típica de una niña de seis años y sale disparada.

Cuando vuelva, tendré muchos problemas por haber violado el protocolo. Seguramente ni siquiera me meterán en una lámpara o en una botella. Los Ancianos me convertirán en el Genio de la Escobilla del Váter.

Pero merece la pena. Miro a Viola y a Lawrence. No hay nada igual que esto en Caliban.

Tengo varias horas, pero al final consigo calmar los nervios. Lawrence tenía razón, por lo visto nadie se fija demasiado, salvo algún niño aislado que advierte lo que las madres agobiadas no ven. Ha anochecido y los mosquitos han salido. Nos hemos subido a todas las atracciones para las que no somos muy altos, así que nos relajamos en una mesa de picnic verde azulada que hay enfrente del puesto donde pintan caras.

—¿Quién es? —pregunta Lawrence, cuando suena el móvil de Viola.

—Es Aaron otra vez —responde Viola y pone en silencio el teléfono.

Ya ha llamado ocho veces desde que hemos llegado a la feria. La miro cuando se mete el móvil en el bolsillo.

—Vamos a subirnos otra vez a la atracción Himalaya —sugiero y la señalo con la cabeza.

—¿Por cuarta vez? ¿No tenéis ferias baratas en Caliban? —pregunta Lawrence.

Parece un poco mareado.

Cuando la feria cierra al anochecer, estoy despeinado y huelo a palomitas dulces; lo que me hace muy mortal. Lawrence nos deja a mí y a Viola en la entrada de su casa, justo antes de que Viola abra la puerta, se da la vuelta y pone una mano en mi pecho. Me quedo inmóvil bajo la presión de su palma y la miro a los ojos, con temor a que retire la mano sí respiro. ¿Nota cómo cambio, cómo envejezco, igual que noto cómo cambia ella?

Viola habla y se sonroja.

—Sólo... ¿Todavía pueden verte todos? —pregunta y aparta la mano.

El recuerdo de su mano persiste en mi pecho durante un instante mientras alzo las cejas.

—Me había olvidado —digo y niego con la cabeza—. No puedo creer que me haya olvidado de eso. —Entra, ahora lo arreglo.

Volver a la invisibilidad es incómodo, como ponerse ropa muy ceñida, aunque no tengo claro si es el acto en sí mismo o el recuerdo de que no soy mortal. Viola abre la puerta.

—¡Por fin! Me tenías preocupado cariño —grita una voz.

—Ummm... hola —dice Viola, que se detiene en el umbral de la puerta.

Aaron está sentado en la encimera de la cocina, con una revista en la mano. Detrás de él, los padres de Viola, que están viendo televisión, se dan la vuelta y ven cómo Aaron deja la revista y se retira el pelo hacia atrás.

—No me has cogido el teléfono en todo el día... Estaba preocupado —dice Aaron—. Bueno no creas que soy un acosador ni nada por el estilo. Sólo estaba preocupado, eso es todo.

—Vale —contesta Viola débilmente.

Me pregunto qué haría Aaron si yo aún fuera visible. La rodea con el brazo y la beso en la mejilla. Viola apenas se mueve, por lo que parece que está abrazando a una muñeca. Ella me mira, luego mira a una muñeca. Ella me mira, luego mira a sus padres, que enseguida vuelven a mirar las noticias como si nunca les hubieran observado. Viola se aparta de Aaron y se entretiene rebuscando en su bolso.

—Bueno, mañana quedamos después de clase, ¿no? —dice Aaron y se sienta en el taburete.

Mañana por la noche es la exposición de arte.

—Yo... —Viola se calla y me mira.

“Dile que no, Viola. No le quieres. No te hace sentir completa. No te conoce como yo”

130 Doy un paso delante, pongo mi mano sobre la de ella y Viola gira su palma para darme la mano antes de suspirar.

—Estoy muy ocupada. Lo siento.

—Cariño, vamos eso puede esperar. ¿Te pasa algo? —pregunta Aaron y se pone de pie.

Se acerca a Viola y me obliga a quitarme de en medio. Viola se vuelve hacia Aaron y cierra los ojos por un instante. Cuando los vuelve a abrir, me mira a mí, que estoy justo detrás del hombre de Aaron.

—No me pasa nada, pero tengo cosas que hacer. Mañana es la exposición de arte. Lo siento —dice con una firmeza en la voz que nunca había oído.

Sonrío y Aaron suspira.

—Muy bien. Ya lo pillo. Pero ten, te he comprado esto —dice Aaron sin ánimo.

Da la vuelta a la barra y saca un ramo de flores que había dejado sobre un taburete. Una docena de claveles rojos y amarillos con ramitos de gipsófilas.

¿Claveles rayados? Suelto una risita. ¿No se ha molestado en averiguar que los claveles rayados son para el rechazo, el arrepentimiento y la amargura, antes de entregárselas a una chica que ama? Los mortales son unos negados.

Pero Viola tiene una sonrisa amable en los labios. Claro, siempre ha deseado que alguien le regalara flores. Da igual que sea Aaron. Se las coge de la mano con una mirada de asombro y lástima por las molestias que se ha tomado el chico.

—Nos vemos luego, supongo. Te quiero —dice Aaron y se acerca para besarla.

Viola empieza a retroceder, pero al ver las flores, un aire de culpabilidad se refleja en su rostro. Deja que la bese en la mejilla y le da un abrazo rápido.

—Sí, gracias —responde y Aaron se va, con las manos metidas en los

bolsillos y cara de fracaso.

—No debería haber pedido ese deseo —me dice Viola entre dientes, con la vista clavada en el suelo.

—¿Ese era tu nuevo novio? —pregunta la madre de Viola mientras ven las noticias de la noche.

—Algo parecido —contesta Viola sin ánimo.

Su madre le quita el sonido a la televisión y se da la vuelta.

—Vino hace una hora e insistió en esperar hasta que llegaras.

—No me gusta —añade el padre de Viola con voz grave y sin mirarla.

La madre pone los ojos en blanco por lo que ha dicho su marido y mira a Viola de forma comprensiva.

—Sabía que estabas mal por lo de Lawrence, pero... ese chico, no parece tu tipo, Vi.

Viola niega con la cabeza y suspira.

—Es... bueno, yo... ummm... La verdad es que creo que tienes razón.

Viola se da la vuelta para retirarse a su cuarto y yo me entretengo el tiempo suficiente para ver a su madre darle un manotazo a su marido en el brazo, con una sonrisa burlona.

—¿Lo ves? Estamos restableciendo nuestra relación con ella, ¡justo como decía el libro!

—Mmm... hmmm —responde el padre y sube el volumen del televisor.

Sonrío con suficiencia, me ha hecho gracia, y cierro la puerta de la habitación de Viola, mientras me pregunto si habrá algún libro que me diga cómo hacer funcionar mi relación con ella. ¿Me quedo esta noche? ¿Es normal echarnos de menos de esta manera? Viola desaparece en el baño para cambiarse y yo me apoyo contra el cristal de la ventana para observar las estrellas.

—¿De nuevo con las estrellas? —pregunta Viola, que sale del baño.

—Exacto —contesto, me aparto de la ventana y me siento mientras ella se peina.

—La exposición es mañana por la tarde y todavía no sé cómo explicar mis cuadros —dice Viola mientras retira las colchas de su cama—. Empecé de

cero, ¿sabes? Ayer, antes de la fiesta, fui al aula de dibujo. Pinté... todo. A Aaron, a Lawrence, a ti, a mí, a la Viola invisible, a la Viola radiante, a la antigua Viola...

—¿Qué vas a decir cuando te toque hablar? —pregunto.

132 —No lo sé —dice bostezando y se sienta en el borde de su cama—. No puedo hablar de lo que pinto y punto; y mucho menos sobre todo lo que me pasa por la cabeza. Nadie lo entendería.

Me siento a su lado y dejo unos centímetros de distancia entre nosotros.

—No importa si no te entienden, lo que importa es que tengas el valor de decirlo.

Viola levanta las cejas.

—Nunca has ido al instituto ¿no?

Capítulo 23

Viola

133

A la mañana siguiente, no me quedo dormida en clase de Shakespeare, sino que estudio minuciosamente lo que voy a decir en la exposición. No me sale un discurso muy bueno. La verdad es que da asco. Ni siquiera tiene sentido. No es más que un batiburrillo de nombres, sentimientos, tipos de gente... y estupidez. No debería haber empezado de cero. Debería haberme quedado con mis aburridos cuadros de bosques. Trabajo en mi discurso todas las clases siguientes y me salto la comida para intentar conseguir un diccionario de ideas afines. Pero antes de que me dé tiempo de escribir un párrafo entero, suena el timbre que anuncia el final de las clases y entro desanimada, en el aula de dibujo, tan sólo unas horas antes de que empiece la exposición.

—Hola, ¡cuánto tiempo! —saluda una voz alegre cuando cierro la puerta del aula.

Casi grito de la sorpresa y me vuelvo hacia la persona que ha hablado.

Es Ollie. Pero no parece Ollie. No es la Ollie en la que yo quería convertirme, ni en la Ollie que sollozaba en el jardín. No lleva mucho maquillaje y, aunque aún lleva ropa bonita de alguna tienda de oportunidades, no es tan ceñida, ni va tan perfectamente conjuntada. Hasta parece que ha engordado unos kilos, pero le queda muy bien.

—¡Ollie! ¡Hola! —contesto por fin, después de que ella se haya vuelto hacia los cuadros que está retocando.

Está añadiendo más rosa fuerte a un sillón situado en un bosque.

—He visto tus cuadros de la exposición sobre la mesa —dice y señala mis antiguas obras—. No te irás a echar atrás, ¿no?

—No, no, es que... empecé de nuevo —aclaro con timidez. Al mirar mis primeros cuadros es como si vieras fotos mías del pasado—. La verdad es que no se los he enseñado a nadie, han sido inspiración de última hora. Ni siquiera tienen nada que ver con el tema de los paisajes.

—Sí, es que el tema es un rollo —dice Ollie y se ríe—. ¿Me los dejas ver? Se acerca. Huela a ropa limpia y lavanda.

Por un momento vuelve la Viola invisible y quiero balbucear que los cuadros de Ollie son mucho mejores que los míos. Es cierto. Pero no importa. Ya no me importa. Ollie es una chica, sólo es... ¿una amiga? No me hace falta observarla como antes solía hacer, ni intento tratar de averiguar cómo es pertenecer a su grupo. Pinta mejor que yo, sí; pero al menos ahora mis cuadros son míos, no simples intentos de ser Ollie, de ser punki, emo o popular. Asiento y retiro las sábanas de mis lienzos.

Los cuadros son un lío. Hay gente con la cara desdibujada, definidos por su pelo o por sus ropas y los colores que rodean sus formas borrosas. Son escenas sacadas de fiestas, del instituto, las cabezas de los alumnos en clases y unas siluetas pequeñas que representan a las chicas invisibles.

—¡Vaya! —exclama Ollie con total naturalidad. Sonríe y asiente conforme va examinando uno a uno con detenimiento. Una vez llega a la quinta y última pintura, vuelve a mirarme a los ojos—. Son increíbles.

—Bueno, la técnica está algo acelerada... —farfullo a través de un amplia sonrisa.

—¡Sí, pero son muy originales! Y hay emoción, son... tienen mucha fuerza —comenta Ollie—. Temía que te hubieras distraído. Eso me pasaba a mi cuando salía con Aaron. Es buen chico y eso, pero no le importa demasiado la pintura. No sé. Es como si él y yo estuviéramos destinados a estar juntos porque estábamos en el mismo rollo, pero no nos molestábamos en pensar si teníamos los sentimientos que se corresponden a que "nuestro destino fuera a estar juntos". Si es que eso tiene sentido, aunque no lo creo —dice Ollie y se retira el pelo hacia atrás—. Ahora es más fácil, soy más... más yo. Y de todos modos, he vuelo a salir con alguien —termina, un poco ruborizada.

—¿En serio? ¿Con quién?

—Con Xander Davis.

—Guau —es todo lo que me sale.

Xander Davis no tiene nada que ver con Aaron. Es un elemento básico del cuarto oscuro del centro y un experto del departamento de la fotografía,

aunque se le conoce más por su pelo azul de punta que por sus fotos. Es uno de los míos. Bueno, de los que antes estaban a mi nivel, ahora que recuerdo el orden social del instituto. Era alguien con el que podía haber salido, incluso cuando era la Viola invisible.

135

—Sí. Él me entiende y Aaron, no. Aunque a lo mejor Aaron te entiende a ti —dice Ollie y se encoge de hombros de forma amistosa.

Pues no.

Un chico con el pelo azul aparece por la puerta. Es Xander.

—¿Opheila? —dice con una voz poética, como si recitara la letra de una canción.

Ollie sonrío abiertamente.

—Dijiste que no me llamarías así en público, Lysander —bromea ella.

—Espera... ¿Te llamas Ophelia? —pregunto sorprendida, mientras coloco un lienzo en blanco.

—Es mi nombre de pila. Creo que volveré a usarlo en vez de Ollie.

—Es muy bonito —digo.

—Oye, tú eres Viola ¿no? —pregunta Xander con ese tono poético que permanece en su voz—. Vamos a pillar algo de comida antes de la exposición de esta noche. ¿Quieres algo?

—¿Yo? No. No, estoy bien. Pero gracias —contesto enseguida—. Tengo que averiguar cómo meter todo esto en el tema de los paisajes.

Ollie frunce el entrecejo.

—Hmmm... podrías... ¿podrían ser paisajes humanos? No, quizá, paisajes sociales...

Paisajes sociales.

—Es perfecto —digo—. Gracias.

—No hay de qué. Llámame si cambias de opinión respecto a la cena —dice Ollie mientras se lava las manos en el fregadero.

Se despide de mí con un gesto de la cabeza mientras le da la mano a Xander y luego desaparecen por el pasillo.

—Se la ve diferente. Pero bien —dice alguien en voz baja.

Me doy la vuelta y veo que Genio está apoyado en una mesa. Se brillan

los ojos oscuros y en silencio, se retira unos cuantos rizos de la cara. ¿Cómo podía asustarme? Ahora lo único que quiero es que esté cerca de mí. Me pongo colorada porque sé que conoce el deseo que se haya en mi interior. Mira mis cuadros aún con detenimiento, los estudia callado unos minutos, hasta que una sonrisita cálida aparece en sus labios. No dice nada, pero no hace falta.

Se vuelve hacia mí y los rizos negros le caen sobre los ojos.

—¿Quieres que te ayude a prepararte?

Genio me ayuda a colocar los caballetes y mis cuadros en el vestíbulo del salón de actos. No hablamos, sólo cruzamos un par de miradas afectuosas y algunos roces que hacen que me dé vueltas la cabeza. Nos reímos cuando alguien pasa y me ve hablando sola, y le doy unas últimas pinceladas rápidas a mis lienzos. Lawrence se presenta temprano, y también han llegado las otras dos alumnas que participan en la exposición. Una va acompañada de sus padres, que pululan a su alrededor como avispas; y la otra está llorando como una histérica en los brazos de su madre.

Aún soy la novia de Aaron Moor, la radiante Viola, por lo que respecta a la Familia Real, hecho que casi he olvidado hasta que aparecen todos al mismo tiempo riéndose y hablando. Soy amable con ellos. Abrazo a Aaron, pero esquivo el beso que intenta darme, y alabo los nuevos reflejos y las faldas verde lima de las chicas resplandecientes. Pero luego me voy con Lawrence, Ollie, Xander y Genio, aunque este último nadie más le ve, aparte de mí y Lawrence. Nos sentamos juntos en un banco y esperamos que empiecen las presentaciones. Ollie y Xander comen comida tailandesa, y Lawrence cuenta chistes sobre los actores de *Grease*.

La exposición empieza despacio. Sarah Larson, la chica de los padres avispa, está diciendo su discurso como puede cuando llegan mis padres. Me saludan y susurran mi nombre lo bastante alto como para que me sonroje. Lawrence se levanta y les hace señas para que se sienten a su lado. Me obligo a bajar la vista hacia el cuaderno, que, salvo por unas cuantas ideas aisladas, es más bien inútil.

¿Qué voy a decir? ¿Cómo voy a hablarles a estas personas de lo que he pintado, en especial ahora que todos mis cuadros son sobre ellos? Sobre cómo

les he observado, sobre como excluyen e incluyen gente en su grupo con alguna extraña fórmula que nadie conoce. ¿Cómo voy a intentar explicarles la necesidad de formar parte de algo para sentirse completo...?

Sarah acaba su discurso, tiembla al pasarse una mano por su pelo negro y escalado, y baja del escenario. Me fallan las rodillas, pero me levanto despacio y veo que Genio está de pie junto a Lawrence, con los ojos clavados en mí, con la misma intensa mirada que me asustó tantísimo la primera vez que lo vi.

Puedo hacerlo. Puedo hablar de mis cuadros y de lo que significan. Ya no tengo por qué esconderme detrás de mis obras. Puedo hacerlo.

Siempre y cuando no me desmaye.

Me levanto y camino hacia el podio. Unas cuantas personas tosen. Un niño que tengo delante se hurga la nariz. Me olvido de presentarme.

—El tema eran los paisajes —empiezo lentamente y miro a los cuatro apuntes de mi discurso. “Mira a Genio. Sólo mira a Genio”—. Y al principio pinté árboles, bosques ese tipo de cosas, pero, a decir verdad, esos paisajes no me importan. Al pintarlos no plasmaba ninguna... emoción, así que empecé de cero y pinté otra cosa. Pinté paisajes sociales. Pinté como es estar en ambos extremos desde ambas perspectivas; cómo es ser invisible y cómo es estar enamorada y sentirse radiante. Pinté todas las partes de una persona que la hacen formar parte de algo... o que la hacen sentirse sola.

Me callo y Lawrence le está susurrando algo a Genio, que se ríe y asiente. Lawrence le tira a mi padre del brazo y se mueve hacia Genio, que sonrío le tiende la mano a mis padres. Es completamente visible.

Contengo una amplia sonrisa y añado:

—Mi obra habla sobre lo importante que es que te vean, aunque pido disculpas porque la técnica está muy descuidada.

El público se ríe conmigo y otros alumnos de dibujo asienten, conformes. Aaron mira el reloj y mi madre le lanza una mirada adusta a Genio mientras le observa detenidamente.

Ya está. El discurso se ha acabado. Ha sido más corto que el de los demás, pero eso era todo lo que tenía que decir. Todo lo que quería decir. Ollie

pasa junto a mí de camino al podio y me aprieta el brazo con delicadeza. Cuando bajo, Xander me saluda con la cabeza y me hace una seña de aprobación con el pulgar. Mis padres, Lawrence y Genio se acercan a donde estoy.

138

—Hemos conocido a tu amigo Genio —me susurra mi madre.

—Ya lo he visto —respondo—. Me gusta más que Aaron. ¿Qué pensáis tú y papá?

Mi madre se vuelve para mirarlo.

—Apoyo tu relación —dice como si fuera una frase pregrabada y se encoge de hombros—. Oye al menos no es gay.

Asiento y me río por lo bajo, porque por fin creo que es gracioso.

Capítulo 24

Genio

139

—He conseguido pasar otro día sin que la policía de los genios venga por mí —comenta Lawrence mientras come pizza.

Es viernes y las estrellas del cielo se ven a través del techo del invernadero. Es la primera vez que le encuentro encanto a este lugar. Viola está sentada en el suelo; Lawrence se despatarra en un sofá mientras yo me hundo lentamente en el otro.

—Aun así no deberíamos salir. Meternos en un coche es prácticamente pedir presión para que provoquen un accidente —informo.

—Estos ifrit parecen brutales —apunta Lawrence, que intenta sonar despreocupado, pero con cierto aire de miedo en su voz.

—Mientras te mantengamos físicamente a salvo, estarás bien —digo con un tono que pretende consolarlo.

Lawrence no parece muy convencido.

El teléfono móvil de Viola suena otra vez. Es Aaron. ¡Qué sorpresa! Ha estado llamando desde que nos escabullimos de la exposición sin decirle nada. Debería sentirlo un poco por él. Hice un buen trabajo cuando concedí el deseo en el que Viola pedía que la amara. El pobre corazón del chico debe de estar roto porque ella le está ignorando.

—Quizá deberías contestar —dice Lawrence, enfadado.

Según Lawrence hay una fiesta esta noche que da un amigo de Aaron que va a la universidad. Tanto Lawrence como Viola deberían estar allí, pero ninguno de los dos quiere ir. No estoy seguro de si es por la presión inminente o porque están hartos de los jugadores de fútbol y de la cerveza.

“Echaré esto de menos”, pienso mientras observo a Viola y a Lawrence discutiendo sobre contestar o no al teléfono. Son tan despreocupados, tan alegres, incluso ahora que Lawrence lo está arriesgando todo para que ella pueda ser feliz. Para que yo pueda ser feliz. Eso es lo que les hace tan hermoso, las relaciones mortales. ¿Cómo voy a regresar a Caliban después de

haber visto esto? Las relaciones entre los genios no se pueden comparar. Supongo que ese es nuestro castigo legendario.

Viola cede, contesta el teléfono y desaparece al meterse en otra habitación.

140 —Creo que nunca he sentido lástima por Aaron Moor —dice Lawrence mientras observa cómo se va.

—Él la quiere. Cree que le hace sentir completo. Le debe de costar muchísimo dejarla ir —respondo en voz baja, con los ojos clavados en el suelo.

—Bueno, supongo que el curso del amor verdadero nunca marcha sobre ruedas —contesta Lawrence, aunque no está claro si lo dice por Aaron o por mí. Sea como sea, estoy de acuerdo.

—Estaba pensando —dice Lawrence con la cabeza gacha— que Viola te llamó porque tenía un deseo muy fuerte, ¿no? Enorme. Entonces te la asignaron o algo así.

Asiento. ¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Vale, ¿y si después de que ella pida el último deseo, encuentro un modo de desear... o tú encuentras la manera de que te la vuelvan a asignar? ¿Podrías volver?

Sonrío.

—Viola no puede volver a llamarme porque ya ha sido mi ama. Por eso me olvida. El tercer deseo rompe el vínculo entre Viola y yo. Y aunque lograras llamarme, ¿qué pasaría entonces? Pues que Viola ya me habría olvidado, te concedería los deseos y desaparecería otra vez, y entonces ambos me olvidaríamos. No quiero que esto te ocurra igual que no quiero que le ocurra a Viola.

Pero valoro el esfuerzo más de lo que puedo expresar.

—Podría reprimir mis deseos... —sugiere Lawrence.

—¿Y utilizarían a Viola para presionarte? —pregunto.

Lawrence suspira por el fracaso cuando Viola vuelve a entrar en la habitación con una mirada de fastidio en la cara.

—Ahora sí que ha debido de pillar el mensaje —dice Viola, que tira el teléfono sobre la mesa de centro y lo fulmina con la mirada.

Se tira al suelo y se sienta sobre sus piernas.

—No sé —dice Lawrence—. Los chicos son muy duros de entendederas.

Viola asiente, se lleva las rodillas al pecho y las puntas de sus orejas se vuelven un poco roja cuando nos miramos a los ojos. Le acaricio el pelo mientras Lawrence recoge los platos vacíos de la cena.

141

—Deberíamos hacer algo. No puedo quedarme aquí esperando que los genios malos me hagan llorar —dijo Lawrence mientras va a la cocina.

Cuando empieza a hacer ruido aclarando los platos, Viola se vuelve hacia mí.

—¿Es seguro? Me refiero a que si podemos salir con el... ifrit por ahí.

Dice "ifrit" como si la misma palabra la asustara y trato de tranquilizarla con mi sonrisa.

—En realidad no importa dónde estemos. Estamos tan seguros ahí afuera como aquí dentro. Podríamos ir a tu fiesta, si es lo que quieres.

Viola arruga la nariz y niega con la cabeza.

—Ni de coña.

—¿Qué os parece esto? —pregunta Lawrence, que vuelve de la cocina con una bolsa medio vacía de nubes gigantes y una caja de bengalas.

Levanto las cejas y Viola se ríe.

—No hacíamos esto desde... bueno, desde que salíamos juntos —dice.

Lawrence parece incómodo para un momento tan brillante, pero su expresión se convierte en una amplia sonrisa cuando Viola se pone de pie y me ofrece su mano para que yo también haga lo mismo. Lawrence abre la puerta trasera y Viola me conduce hacia allí en silencio.

El jardín de Lawrence está lleno de descoloridas estatuas de gnomos y de árboles rodeados por unas pequeñas vallas metálicas. Hay un fuerte olor a hierba recién cortada en el ambiente y avanzamos por una caminito desgastado hasta llegar al límite del patio. Está oscuro, pero gracias a unas cuantas farolas que brillan entre los árboles, distingo un banco de madera que hay donde acaba la parcela. Apenas veo un hoyo poco profundo para hacer hogueras; Lawrence y Viola se tiran sobre la pinocha, uno a cada lado. Yo me siento junto a Viola mientras Lawrence rompe el paquete de bengalas. Saca

tres como si estuviera desenvainando una espada y me ofrece el resto a mí.

—Se me ha olvidado coger un mechero —dice Lawrence cuando cojo tres bengalas y las muevo entre mis dedos.

—Voy a buscarlo —dice Viola cuando coge sus bengalas.

El espacio vacío a mi lado se me hace muy incómodo al alejarse de ella.

—Espera —digo y alzo una mano para que se detenga—. Ya lo hago yo.

Hago una seña para que baje sus bengalas y coloco las yemas de mis dedos encima de una de color carmesí. Mis dedos se calientan y surge un brillo naranja hasta que la bengala se enciende y empieza a disparar chispas rojas y doradas. Viola sonrío y me acaricia la cabeza mientras enciende una de mis bengalas con la suya.

—Sí, sí —dice Lawrence sobre el silbido del azufre y el carbón ardiendo—. Pero ¿puedes hacer una hoguera, Prometeo?

Me río y señalo con mi bengala el hoyo como si fuera una varita mágica. Empieza a salir humo de unas cuantas hojas secas y luego se arrugan cuando se prenden fuego de forma no muy espectacular. Lawrence pone varios troncos y unos cuantos trozos de muebles rotos que coge de una pila que hay a su lado y no tarda en arder una pequeña fogata, que refleja en nuestros rostros un resplandor anaranjado. Los ojos de Viola brillan en la oscuridad y tira su bengala ya apagada al fuego, mientras se acerca un poco más a mí. Lawrence me mira a los ojos y sonrío un poco antes de abrir la bolsa de nubes.

—Esto es así —me explica Lawrence—: Enciendes una bengala y escribes algo en el aire con ella.

—Un secreto —le corrige Viola—. No tiene que ser un gran secreto ni nada, sólo... un secreto. Y si puedes ver, uno pequeño.

—Exacto —continúa Lawrence—. Lo escribes en el aire con una bengala y el que lo adivine primero, gana una nube para asarla.

—Debería añadir que nos inventamos este juego cuando teníamos unos ocho años... —empieza a decir Viola.

—No —la interrumpo y sonrío—. No, sí me gusta como suena. Además, sé lo que pensáis los dos, así que seguro que me llevo la mayoría de las nubes.

Se ríen a la vez como si no se les hubiera pasado por la cabeza y

después Lawrence pone la punta de la bengala en el fuego. Se enciende en una lluvia verde fosforescente y él se inclina para moverla en el aire como un director de orquesta. El fuego arde más fuerte cuando las llamas alcanzan las patas cortas de una silla vieja.

—Le he dicho... —Viola dice las tres primera palabras.

Él vuelve a escribir la frase. Por un instante, intento leer los deseos de Lawrence en vez de la bengala, pero me parece una intromisión y enseguida vuelvo al rastro que deja la luz verde.

—¿Madre? ¿Tu madre? —pruebo con las dos palabras siguientes.

Lawrence asiente y escribe lo último otra vez cuando la bengala está a punto de consumirse.

—¡Le has dicho a tu madre que eres gay! —casi grita Viola, sin dar crédito.

Lawrence se ríe y le tira una nube, que ella clava en una percha doblada para ponerla al fuego.

—Esta mañana —confirma Lawrence—. No ha ido muy bien, pero supongo que es mejor que ocultárselo. Aunque si me envía a uno de esos colegios para reformar a homosexuales, será mejor que uses esos poderes de Prometeo para sacarme de allí, Genio —termina con una amplia sonrisa.

Viola se ríe mientras se hace una nube y el exterior se arruga como si fuera papel. La saca del fuego, sopla la parte chamuscada y con cuidado la saca de la percha. Se queda mirando un rato a Lawrence, pero no dice nada. Tengo la impresión de que no le hace falta decir que se siente orgullosa y él lo entiende.

—Te toca, Vi —Lawrence rompe el silencio.

Viola se traga la nube y pone la punta de su bengala en el fuego hasta que chisporrotea y se enciende.

Escribe de forma más lenta que Lawrence, como si tratara de leer sus propias palabras como estamos haciendo nosotros. Mira a través de los movimientos violetas para centrarse en mis ojos y separa los labios, como si quisiera romper las reglas del juego y decírmelo. Enseguida sé lo que está escribiendo, pero no porque intente leerle la mente. No sé por qué, lo veo muy

claro. Como si lo supiera hace siglos.

—Has roto con Aaron —digo e intento clamar la sonrisa que se dibuja en las comisuras de mi boca.

—Eso no es un secreto —protesta Lawrence, que le tira una nube a Viola.

144 —¡Sí que lo es! —contesta Viola mientras la nube cae en el fuego—. Bueno, sabíais que lo iba a hacer, eso seguro, pero... le acabo de decir que se ha acabado. Quería que ambos lo supierais antes de que... Genio se vaya.

Asiento y me quedo mirando la hoguera. La verdad es que es egoísta, pero saber que ya no está con Aaron es reconfortante. La magia se le une a ella no tardará en desvanecerse. Me pregunto cuánto tiempo será Viola capaz de resistirse en sus "encantos" cuando se olvide de mí, de nosotros, de... todo. Es difícil ignorar el tipo de devoción que un deseo puede provocar.

Rechazo la nube que Lawrence me ofrece y enciendo una de las bengalas con la yema de mis dedos, sin ni siquiera apartar la vista de Viola. Escribo las palabras una y otra vez con letras azules y sus ojos siguen mi mano antes de brillar al saber lo que he puesto.

—Des... —empieza a descifrar el secreto, pero se detiene y se tapa la boca con la mano.

—Espera, ¿qué? —pregunta Lawrence.

Me río y giro la bengala hacia él. Sólo tengo que repetirlo dos veces hasta que entiende el secreto que Viola no puede decir en voz alta.

—Desearía ser humano —acierta Lawrence.

Asiento y tiro la bengala al fuego. Lawrence sonrío y pincha una nube en una percha para él.

—No es justo. Yo lo he adivinado primero —finge Viola quejarse.

—Sí, pero eso tampoco era un secreto —protesta Lawrence—. Se os da fatal este juego.

—Estás enfadado porque te van a llevar a un colegio para reformar homosexuales —bromea Viola.

Lawrence se come su nube con aire melodramático, hasta que Viola se levanta de un salto y le quita la bolsa que tiene al lado. Lawrence reacciona y va hacia ella, y yo tengo que retirar las piernas para que no se tropiecen

conmigo mientras se persiguen torpemente alrededor de la hoguera. Viola hace una pausa para tirarle un puñado de nubes a Lawrence y mientras está concentrada en su objetivo, le quito la bolsa de la mano y la guardo a mi espalda.

145

—¿Quién tiene ahora el poder? —Sonrío mientras me pongo de pie y les sujeto a los dos, con las nubes en la mano.

—Tú —dice Lawrence, dejando caer los brazos—, estoy segurísimo de que puedes conmigo.

—¡Eh! —Viola se ríe por lo bajo—. No creas que no voy a darte una orden directa si eso me hace ganar la guerra de las nubes.

—No te atreverás —digo y me acerco más a ella mientras intento ocultar una sonrisa.

Me llega a los hombros, pero entrecierra los ojos en un malo intento de parecer enfadada. Me río y me hago invisible para salir de su alcance mientras trata de coger el aire ante ella.

—Desea que devuelva la bolsa, Vi —la anima Lawrence y mira hacia todos los lados, como si fuera a saltar sobre él en cualquier momento—. Hay más hombres mitológicos de donde él procede.

Viola se ríe y se cruza de brazos.

—Vale, muy bien. Genio gana —dice en un tono socarrón y luego se vuelve a sentar en el suelo—. Pero tienes suerte de que me gustes más que una nube o ya te habrías ido. —Sonrío, reaparezco justo detrás del hombro de Viola y le tiro la bolsa de Lawrence. Viola se da la vuelta para lanzarme una falsa mirada de exasperación y el pelo le cae con descuido sobre los ojos, de un modo completamente distinto al de un genio—. Estúpidas reglas —masculla y le brillan los ojos.

—Estoy de acuerdo —contesta.

Viola se acerca al fuego para calentarse las manos.

—¿Tienes frío? —le pregunto.

Ella asiente y alzo la mano para conjurar una manta.

—Espera —dice Lawrence—. Voy a buscarte una de mi casa. De todos modos, necesito algo de beber después de tantas nubes.

—Yo también puedo traerla —digo y levanto la otra mano.

—No. —Lawrence me detiene—. No me importa los superpoderes que tengas. Dejando a un lado la tendencia a la homofobia de mi madre, hace un té increíble que nadie puede igualar.

—Voy yo —digo.

No sé por qué, pero me siento un caballero cuidando de ella. Es una tontería, lo sé, pero me gusta esta sensación.

—¿En serio? Gracias. Hay una manta junto a la puerta —dice Lawrence.

Me sacudo y vuelvo al invernadero. Viola se está riendo de un modo muy diferente a como se reía con Aaron. Me tranquiliza, como un tratamiento para la preocupación por su último deseo, y dudo si debo cerrar la puerta del invernadero y esperar hasta que acabe de reírse. Cojo la manta de punto que está más cerca, con la foto de un cachorro de cocker spaniel, y me dirijo a la cocina para ir a buscar la bebida de Lawrence.

—Lo siento, amigo mío.

Conozco la voz. Cada sílaba es un sonido pronunciado con elegancia. Odio esa voz. Se mete en mi interior y apaga el calor que Viola ha creado, destruye la esperanza de pasar más tiempo con ella. Dejo caer la manta del *cocker spaniel* y me doy la vuelta.

Tiene los ojos oscuros y la boca se curva para formar una dura mueca. La túnica de seda es algo anómalo y extraño en el salón de Lawrence, y tengo que luchar contra las ganas de gritar que se marche de aquí, que se aleje de mí y ella, pero sé que no servirá de nada. Los ojos del ifrit van de mí hacia la ventana del invernadero, hacia la hoguera. Se me corta la respiración al ver la cabeza de Lawrence que se vuelve hacia mí, con la mirada desesperada y renuente, pidiéndome en silencio que le ayude.

Capítulo 25

Viola

147

Las estrellas que tengo encima no son tan brillantes como las que recuerdo que había aquella noche en el jardín con Ollie. Son las mismas, lo sé, pero aun así... Supongo que no es más que la fina capa de nubes entre ellas y yo. El fuego chisporrotea fuerte y me vuelvo para mirar a Lawrence, mientras espero que acabe la historia que estaba contando.

—¿Lawrence? —digo despacio.

Parece estar aturdido. Sus ojos apenas brillan, como las estrellas, su radiante sonrisa ha desaparecido y ahora su mandíbula está recta. Muevo la mano para atraer su atención y me río de su cara. No responde.

—Ummm... ¿Laurie? —le llamo con el diminutivo de cuando era niño, que siempre usaba para que reaccionara cuando salíamos.

Miro hacia su casa, con la esperanza de ver a Genio que viene hacia nosotros, pero no, estamos solo.

—Vi... —dice por fin con un tono apremiante, como si estuviera intentando anunciar algo de muchísima importancia.

Se corta a sí mismo, sus mejillas se ponen coloradas y murmura. Se frota las palmas de las manos y veo unas gotas de sudor formándose en su frente. Esto no es normal en Lawrence. Nunca le he visto nervioso, salvo el día que cortamos. Es él que se supone que debe estar calmado y sereno. Me pongo de los nervios.

—¿Te pasa algo? —pregunto—. Espera, no te habrá picado una abeja, ¿no? Sé dónde está el EpiPen...

Me pongo de pie de un salto, lista para entrar corriendo en la casa y me pregunto cuánto tiempo puede aguantar una persona que es muy alérgica a las abejas después de que le hayan picado. He dado sólo un paso cuando Lawrence niega con la cabeza y alza una mano para detenerme.

—Lawrence —digo, irritada—. Dime qué te pasa.

Lawrence se pasa una mano por el pelo y se deshace su peinado

perfecto, luego apoya la cabeza en las manos como si le doliera. Me arrodillo a su lado y la humedad del suelo frío me cala los vaqueros. Le pongo una mano en el hombro.

—Vi... tengo que decírtelo... Viola... —farfulla entre sus puños con voz lastimera.

—Lawrence, por favor —le suplico mientras el peso de la preocupación aumenta en mi garganta.

—Vale —dice con la voz entrecortada—. Vale. Te lo tengo que decir.

Aún con la cabeza gacha, retira con delicadeza mi mano de su hombro y la coge entre sus manos sudorosas. Acaricia con el pulgar las yemas de mis dedos, luego se lleva mi mano a los labios y la besa suavemente. Incómoda, retiro la mano cuando sus labios tocan mi piel, y no puedo ocultar la mueca de mi rostro. Alejo la mano y frunzo el entrecejo. Lawrence levanta la cabeza de repente y mira cómo escondo la mano detrás de mi espalda, antes de que eleve la vista para mirarme a los ojos.

—Vi, amor... Cometí una equivocación. Fue un fallo horrible —susurra, con los ojos abiertos de par en par, asustado.

—¿Qué fallo? —dijo con sarcasmo.

Todavía noto donde sus labios han tocado mi mano, pero es raro y quiero quitarme esa sensación. Es Lawrence. Es mi mejor amigo, se supone que no me tiene que besar la mano, que no me tiene que mirar como me está mirando ahora. Cruzo los brazos sobre mi pecho y me siento sobre los talones.

Dice las palabras como si fuera un poema que ha memorizado, un discurso que ha ensayado mucho tiempo y teme olvidar.

—Te quiero, Vi. Nunca he dejado de amarte.

Me quedo sin respiración.

Sus ojos se empañan por el dolor cuando mi cuerpo se tensa al oír sus palabras, unas palabras que cada noche soñaba que me dijera desde nuestra ruptura. Extiende el brazo, pasa sus dedos por mi pelo con delicadeza y deja que el dorso de su mano me acaricie la mejilla. La respiración de Lawrence se agita por lo que creo que es miedo o deseo. Quiero apartarme de él, pero el dolor que refleja sus ojos me deja inmóvil. Hundo los dedos en la tierra por la

confusión e intento levantarme, pero es inútil.

Un fuerte estrépito suena en el invernadero y al final logro coger aire como si hubiera estado bajo el agua y saliera a la superficie. Lawrence y yo nos damos la vuelta y casi chocamos nuestras cabezas porque estamos muy juntos. Es Genio. Está en la puerta, que se abre de un portazo por la brisa. Me mira a los ojos y los suyos me encandilan, si no fuera por la tristeza que reflejan. Y tan sólo con esa simple mirada, lo entiendo todo.

Están presionando. Están ejerciendo presión.

Lawrence me gira la cara para que le mire y me abraza, atrayéndome hacia él y apretando sus labios contra los míos, tan rápido que ni siquiera me doy cuenta de que nos estamos besando. Sus labios se mueven mucho, con suavidad, pero más impacientes de lo que recuerdo. Yo grito tanto como puedo mientras sus fuertes brazos me sujetan. Coloco con disimulo mis manos en sus hombros y trato de apartarle, pero tira más de mí hacia el hueco de sus brazos, donde me pasé horas deseando volver, pero ahora solo quiero escapar. No es como pensé que sería, no quería que fuera de esta manera... y no quiero estar besándome con él. Junto los labios para tratar de impedir el beso.

«Genio, por favor, ayúdame a huir, por favor arregla esto... por favor, deseo...»

No. No deseo. La palabra «deseo» se me queda en la mente y me provoca un miedo que me da fuerza renovada. Aparto a Lawrence de mí con un chillido, me pongo de pie, le empujo y cae sobre las hojas secas que cubren el suelo.

—No —digo entre dientes, como si al decirlo obtuviera fuerzas.

No voy a pedir un deseo. No puedo. Si lo hago, será el último. El deseo de despedida. El viento cambia de dirección y el humo de la hoguera gira a mí alrededor hasta que me quema los ojos.

—Viola, por favor —gruñe Lawrence, frotándose la nuca, donde se ha golpeado contra el suelo.

Miro a Genio. Está respirando con dificultad y su silueta se ve recortada contra la puerta del invernadero. Con los puños cerrados, sale corriendo hacia mí. Quiero alargar las manos, quiero que me abrace. Pero no, tiene que

mantenerse al margen de esto. Puedo solucionarlo sin que se vea envuelto, sin pedir un deseo. Tengo que arreglar esto sin pedir un deseo. Trago saliva y me obligo a hablar justo cuando el resplandor naranja del fuego empieza a reflejarse en su piel morena.

—¡No! ¡No te acerques!

Es una orden directa. Me odio a mí misma por dársela y me duelen las mejillas como si un cuchillo las estuviera cortando. Genio se queda paralizado y me mira fijamente, suplicando en silencio. Niego con la cabeza y aparto la mirada. Genio lucha contra la retención e intenta levantar los pies y dar otro paso mientras maldice entre dientes. Me vuelvo hacia Lawrence y trato de reunir un poco de valor.

—Lawrence, este no eres tú —digo con voz quebrada—. Para.

Lawrence niega con la cabeza e intenta levantarse, pero, mareado, vuelve a sentarse en el suelo mientras se restriega la nuca de nuevo. Pone una mueca de dolor y al final habla.

—Viola, ahora soy más yo que en los últimos meses. Tienes que creerme. Ya no puedo seguir así, no puedo estar sin ti. Por favor.

—No eres tú —repito, pero me tiembla la voz y las piernas me pesan demasiado para apartarme.

Lawrence se agarra al tronco de un árbol para levantarse. Mi instinto me dice que vaya a ayudarlo, pero tengo miedo. Lawrence alza despacio la cabeza, suelta el abedul y da un paso poco firme hacia mí. Estoy a punto de retroceder, cuando de pronto cae hacia delante, y antes de que pueda pensarlo, extendiendo los brazos para sujetarle, preocupada por que se caiga al fuego si no le ayudo. Lawrence cae hacia mí, pero a la vez me atrae hacia él, como si estuviéramos atrapados en un extraño baile que me resulta familiar. Recupera el equilibrio y yo ya no le ayudo a levantarse, sino que más bien nos apoyamos el uno y el otro. Descansa su barbilla en mi cabeza, como si nos hubiéramos reencontrado después de siglos separados, y suspira, tan aliviado que no logro reunir fuerzas para apartarlo de mí, para herirlo o pedirle que pare. Al menos, no puedo hacerlo sin pedir un deseo. Me agunto la respiración para contener un sollozo que se me escapa por la garganta.

Capítulo 26

Genio

151

Aparto la vista cuando Lawrence y Viola se abrazan. Se me revuelve el estómago y tiemblo. Intento avanzar un paso, correr hacia ella, pero la orden de mantenerme alejado me paraliza los pies. Tengo que llegar hasta ella, tengo que ayudarla... Rujo en la noche y me quedo con la vista clavada en el suelo, furioso. Cuando vuelvo a levantar la cabeza, me da un vuelco el corazón de la rabia.

El ifrit está al otro lado de la hoguera, mirando de forma sobrecogedora y oscura la lumbre. Las llamas se reflejan en su túnica y le hacen parecer más viejo que nunca al marcar el profundo surco de su barbilla y los hoyuelos de sus mejillas. Me tiro hacia Viola, pero la fuerza que retienen mis pies paralizados hace que me caiga al suelo y mi pecho choca contra una capa de hojas secas. Oigo que Viola empieza a sollozar y cuando alzo la vista, se está apartando de él con cuidado. Se seca las lágrimas de los ojos y retrocede hacia un roble enorme, con los brazos hacia atrás para agarrarse a su tronco, como si sus anchas ramas pudieran protegerla. Lawrence parece abatido y le sigue la mirada, que ella tiene centrada en mí.

—¿Lo haces por él? —pregunta Lawrence, mirándonos a los dos con los ojos llenos de dolor por el deseo y la rabia. Ni siquiera se parece al Lawrence que conozco—. Le estás mirando... Viola, le estás mirando como me mirabas ante a mí. No, por favor, no...

—Lawrence, es que... —empieza a decir Viola, pero Lawrence se acerca a mí con paso firme y la respiración acelerada.

—Él no puede quererte como yo, Vi. Ni siquiera es humano —alega—. Pero, Vi, nosotros sí podemos tener una historia de amor. El amor épico que siempre quisiste.

—Pero esto no es real —dice Viola susurrando, aunque no estoy seguro si se lo dice a Lawrence o a ella misma.

Lawrence se da la vuelta para fulminarme con la mirada.

—Es por tu culpa. Desde que apareciste, lo estropeaste todo.

—Lawrence, escucha lo que dices —digo con firmeza y me alejo un paso de él.

Sus ojos brillan con cierto aire del antiguo Lawrence. Está luchando contra la presión. Perderá, pero se está resistiendo, mientras el ifrit se mueve, incómodo, al otro lado de la hoguera. Aprieto los labios cuando Lawrence cierra los puños y da otro paso hacia mí.

—Es culpa tuya. No puedes amarla como yo, ino eres más que un genio!
—grita y luego se abalanza sobre mí.

Viola chilla y comienza a sollozar. Lawrence me golpea con el puño en la cabeza, lo que me produce un gran dolor en la oreja y la mandíbula. Caigo hacia atrás contra el árbol más cercano y extendiendo los brazos hacia el ifrit. Es fuerte —fortísimo, en realidad— y me empuja las manos para pegarme otro puñetazo, esta vez en el estómago. Es como si no me quedara aire en los pulmones y caigo de rodillas, tosiendo.

Intento volver a decir su nombre, pero ni siquiera logro recuperar el aliento para hablar. En su sombra veo que levanta otra vez el brazo y me vuelvo justo a tiempo para cogerlo de la muñeca y tirarlo al suelo.

—No quiero luchar contigo, Lawrence. Tú eres mi amigo —digo con la voz ronca mientras él se levanta de un salto.

Cierro los ojos y espero otro golpe. Sé que no seré capaz de devolverle el puñetazo y tampoco puedo marcharme, por el bien de Viola y de Lawrence.

Tengo el poder de conceder deseos a los demás, pero ahora mismo estoy indefenso.

De repente Viola sale corriendo y se pone entre nosotros dos. Le coloca las manos a Lawrence en el pecho para que retroceda y sacude la cabeza frenéticamente. Hay una mirada de determinación en su rostro surcado de lágrimas.

—¿Has oído eso, Vi? Ni siquiera va a luchar por ti. Yo sí pelearé por ti. Haré cualquier cosa por ti.

—Para, Lawrence. Por favor, para —ordena con una voz que no tiembla lo más mínimo.

Me pongo de pie y hago una mueca de dolor, lo que hace que el ifrit niegue con la cabeza, decepcionado. Aprieto los dientes y me doy la vuelta hacia Viola. Lawrence tiene las manos colocadas dulcemente sobre sus mejillas y le limpia las lágrimas con los pulgares.

153

—Vi, por favor. No quería hacerte daño, pero... tenía que decírtelo. Te quiero, Vi —susurra e intenta agarrarla mientras ella no puede hablar por el llanto.

—No, Lawrence. Tú eres mi mejor amigo —suplica Viola y su determinación se va desvaneciendo—. No quiero hacerte daño, pero este no eres tú. No me hagas hacer esto.

—¡Haz que pare! —le grito al ifrit.

Lawrence parece no oírme. No estoy seguro de si es por la fijación que tiene con Viola o si es por algo que está haciendo el ifrit.

—Esto es lo que ella quería —responde el ifrit con una expresión triste y adusta. Viola se da vuelta y lo ve por primera vez. Retrocede y cruza los brazos sobre el pecho para alejarse del ifrit y de Lawrence al mismo tiempo. El ifrit continúa, ignorándola—: Esto es lo que ella quería, antes de que infringieras el protocolo y te metieras en su vida. Esto le hará feliz.

—¡Mírala! ¡No es feliz! ¡Ya no quiere esto! —le grito—. Vi, no lo hagas. No pidas un deseo, esto no es real. Puedes alejarte de él.

—Venga, Vi —dice Lawrence en voz baja—. Dame otra oportunidad.

Su voz es dulce y convincente. ¿La estoy perdiendo? ¿Está funcionando?

Levanto una mano hacia ella, con ganas de acercarme, de estrecharla entre mis brazos como lo hace Lawrence, pero su orden me impide moverme.

—No tienes que pedir un deseo, Viola.

—No, no tienes que pedirlo —confirma el ifrit—, pero entonces esto no acabará nunca.

Viola se vuelve hacia él y una brisa le rodea su cara asustada. Quiero interponerme entre ella y el ifrit, pero no me deja moverme. Viola se acerca al ifrit, temblando.

—Tiene que acabar —dice con un débil suspiro—. Este no es Lawrence.

—No —está de acuerdo el ifrit.

—Pero no puedo perder a Genio —continúa Viola con una voz aguda cuando las lágrimas brotan de sus ojos.

—Él es un genio y tú una humana. Vuestras vidas son incompatibles. Si no se termina ahora, acabará peor luego. Sólo hay dos modos de detenerlo. Puedes desear que deje de presionar para que el chico vuelva a ser normal y el genio regrese a casa.

Viola mira a Lawrence, luego al ifrit, que continua con una voz prudente y precavida.

—O puedes desear simplemente que el genio vuelva a casa.

—No —replica Viola, que deja la seguridad del árbol para acercarse con paso firme al ifrit.

El tono de su voz me deja una curiosa sensación de alivio. Todavía me quiere.

—Pues deberías —dice el ifrit con dulzura—. De todos modos, te olvidarás del genio. Pero si deseas que se marche, el chico seguirá queriéndote después de que el genio ya no esté y tendrás el amor que tanto ansiabas desde el principio.

—Pero no sería real —murmura mientras niega con la cabeza y se aleja de él—. No funciona así. No puedo desear ese tipo de amor. Ya lo he intentado y no salió bien.

—No salió bien por culpa del genio —dice el ifrit con calma—. Una vez se haya ido, no sabrás que no es real.

Viola y el ifrit se quedan mucho rato mirándose, a pesar de que Lawrence y yo estamos llamando a Viola, y al final la chica se vuelve hacia su amigo.

—¡Viola! —grito—. ¡No le escuches! Mírame, por favor —grito, pero Viola no me escucha.

Se acerca un paso a Lawrence y yo fulmino con la mirada al ifrit.

—No le hagas esto. Se supone que eres mi amigo —gruño.

—Por eso lo estoy haciendo. Mi trabajo es salvarte la vida, aunque tú no quieras que te la salve. No seas tan egoísta. Te olvidará de todas maneras. ¿Qué prefieres, que la chica siga infeliz, sin que nadie la quiera o que al final tenga al chico? Ya le conoces, ya sabes que la querrá tanto como tú.

—¡No tiene por qué pedir un deseo! —protesto—. Es decisión suya, no tuya.

—Es cierto —afirma el ifrit—. Pero no es más que cuestión de tiempo y ya sabes cómo funciona: le meteré presión una y otra vez, y estas presiones irán a peor. Es mi trabajo, eso no lo puedo cambiar. No la hagas sufrir para que tú puedas ser feliz.

—Para que los dos podamos ser... —empiezo a decir, pero tengo que apartar la vista cuando la lengua me pesa en la garganta y no puedo hablar.

El ifrit continúa:

—Si la quieres, le dirás que desee que te marches. Será feliz. He montado esta presión como si fuera un deseo, porque él la quiere de verdad. Sabes que será feliz. Genio.

La palabra no suena como mi nombre cuando la pronuncia el ifrit. Le falta algo, puede que sea afecto. Me vuelvo hacia Viola y casi me sorprende cuando me doy cuenta de que me está mirando. No nos decimos nada, pero tengo la impresión de que ninguno de los dos sabe qué decir. Se muerde el labio y se aparta un poco de la lumbre en mi dirección. Quiero que me libere, que me deje moverme, pero de algún modo —incluso con mirar los deseos que hay en sus ojos— sé que no lo hará. Tiene demasiado miedo. Viola mira a Lawrence, que ha avanzado hacia ella con los ojos llenos de sinceridad y anhelo.

El ifrit me susurra:

—Déjalo, genio. ¿Cuánto tiempo vas a dejar que esto continúe? ¿Una hora más? ¿Una semana? ¿Un año? Tiene que acabar en algún momento. ¿Cuánto tiempo la dejarás sufriendo antes de permitir que le ponga fin?

—Ella no quiere que yo me marche —digo tan flojito que apenas oigo mi propia voz.

Viola no se aparta cuando Lawrence alarga la mano y apoya las yemas de los dedos en su brazo.

—No seas egoísta. Sabes que esto sólo puede acabar de una forma.

«No, no. ¡Por favor! —grito para mis adentros. Pero hay una segunda voz en mi cabeza que susurra—: Sí. Lawrence la querrá como ningún otro mortal.

Es el único en el que puedes confiar que la amaré, sino puedes ser tú.»

Miro a Lawrence con tristeza, pero él tiene los ojos clavados en Viola, lleno de adoración y dolor. Ella me olvidará. No tiene remedio. Pero será feliz. Sin mí, será feliz. El ifrit tiene razón. ¿Cuántas veces la iban a presionar por mi culpa? ¿Qué dolor tendrá que soportar para que pudiéramos pasar juntos un rato más? Respiro hondo y aunque intento decir las palabras, no puedo emitir sonidos.

«Pide un deseo, Viola.»

«Deséale. Ya tomo yo por ti la decisión. Deséale a él.»

Viola se vuelve hacia mí de repente, como si pudiera oír mis pensamientos. Niego con la cabeza y dejo de luchar contra su orden.

—¡Viola, pide un deseo! Esto tiene que terminar. Desea que yo me marche —digo, intentando que mi voz suene calmada, pero el tono no es muy convincente.

El fuego chisporrotea y se aferra desesperadamente a los últimos restos de combustible.

—Pero te olvidaré —susurra con los ojos clavados en los míos.

Lawrence empieza a tirar de ella otra vez, le pasa un brazo por la cintura y con la mano que le queda libre le retira el pelo de la cara. Él la quiere, pero ella no aparta la vista de mí.

—Al final acabarías olvidándote de mí de un modo u otro —digo ateridamente—. Pero de esta forma al menos serías feliz. —Cierro los ojos y vuelvo la cabeza. Tal vez le es más fácil si no tiene que mirarme—. Hazlo, Viola.

—No puedo.

—Sí puedes. Desea que me marche.

—Lawrence ya no volverá a ser el mismo y no te tendré...

—Vi, si me quieres como yo a ti, desea que me vaya —suplico, con una voz que casi suena amenazante.

Al levantar la vista, veo que Viola me está mirando fijamente, como si intentara leer mis pensamientos. En medio de todo esto, me doy cuenta de que se me ha escapado que la quiero. La amo. ¿Por qué no se lo he dicho

antes? El vacío que siento en el pecho se expande hasta que me ahogo.

Lawrence le coge la cara con sus manos para que le mire a él. Exhala, se inclina y aprieta los labios contra los de ella como si fuera Viola la única persona a la que quería besar en toda su vida. Y ella le devuelve el beso.

«Hazlo, por favor. Pide el deseo.»

Viola se aparta del beso y suspira bajito, mirando a Lawrence a los ojos.

—Por favor —digo entre dientes.

«Por favor.»

Se vuelve para mirarme con los ojos brillantes y vidriosos a la luz del fuego.

—Te quiero —susurra.

Un grito se escapa de mis labios y no puedo respirar. Mi pecho parece un colador que se llena de afecto pero enseguida se filtra hasta desaparecer.. Hago un esfuerzo por tragar saliva.

«Por favor, Viola. Venga. Sé feliz. Quieres a Lawrence, pues yo no estaré aquí para que me ames.»

Coge aire y cierra los ojos.

—Deseo que ya no me presionen con Lawrence.

Su voz es tan pequeña y diminuta que apenas la oigo, pero el deseo tira de mí como si hubiera abierto una presa. Esto no es lo que tenía que desear, no es lo que se suponía que iba a decir, aunque una parte de mí quiere llorar y gritar de alegría. Me quería a mí, a mí, no a Lawrence, ni al genio, sino a mí. La fuerza de la magia me arrastra y lucho para evitar que salga descontrolada. Es el último deseo. Se ha acabado y no puedo hacer nada para detenerlo o cambiarlo. Me echo hacia atrás, dolorido, cuando la magia tira de mí, y tengo que decirlo antes de que el poder se me adelante. Separo los labios y las palabras salen de mi boca en un susurro forzado.

—Como deseas.

Capítulo 27

Viola

158

Expiro y abro los ojos. Algo va mal, pero no sé qué es... Es como si acabara de despertarme de una siesta y estuviera aún demasiado grogui para entender dónde estoy. La hoguera chisporrotea delante de mí y cuando me inclino hacia delante para calentarme las manos, huelo el azúcar quemada de las nubes que se han asado en las brasas. Lawrence está sentado delante de mí y también parece un poco aturdido. Nos observamos, como si uno tuviera la respuesta de por qué está confundido el otro.

Una ramita se parte a la derecha. Lawrence y yo giramos la cabeza y respiramos hondo a la vez. Genio está arrodillado fuera del resplandor de la lumbre, con una mirada de fracaso en su rostro sudoroso. Nunca ha parecido más mortal que ahora, pero tampoco había tenido tan mal aspecto. Está temblando. Levanta la vista hacia mí, su boca esboza una ligera sonrisa, que no se refleja en sus ojos; de hecho, parece que quiere llorar.

Y entonces me acuerdo. Suelto un gritito, incapaz de formar en mi garganta las palabras que quiero decir.

«Lo siento, no quería, no era mi intención.»

Genio me mira a los ojos y me aterroriza parpadear por miedo a que desaparezca en ese instante. Se levanta del suelo, salva la distancia que hay entre nosotros dos, extiende una mano y me estrecha entre sus brazos. Inhalo su aroma, cierro los ojos y apoyo la cabeza contra su pecho. Lawrence balbucea disculpas detrás de nosotros, pero apenas oigo nada más allá del suave latido del corazón de Genio y el sonido de su respiración. Me agarro con los dedos a su camisa y le abrazo con fuerza.

—Viola —susurra mi nombre como si fuera algo muy valioso.

—No podía... Tenía que pararlo, pero no podía dejar que Lawrence... — digo mientras siento un fuerte pinchazo en la garganta.

—Lo sé —contesta Genio.

—Aún estás aquí. Te quedas, tienes que quedarte... —Me tiembla la voz.

—Sólo un momento —responde y luego me doy cuenta de que está brillando.

Es un resplandor constante que sale del cuerpo de Genio. Su piel irradia calor y fulgor, dejando lúgubre a la luz del fuego en comparación. Se va. Se me inundan los ojos de lágrimas que no me molesto en controlar.

—Por favor, por favor no te vayas. Me romperé de nuevo —digo a través de una respiración entrecortada.

—Estarás bien —dice Genio con una voz poco convincente mientras me acaricia el pelo con una mano—. Seguirás cambiando, te curarás. Ya estás completa, ¿recuerdas?

—Pero lo estaría más contigo. No puedes... —digo y mis palabras se rompen por las lágrimas y las bocanadas de aire.

—Es lo que soy. No puedo... Quiero... —Se calla y me besa la frente.

—Lo siento mucho —farfullo en su pecho.

Genio baja la cabeza hasta que su mejilla está junto a la mía y alza una mano para subir mi barbilla hacia él.

—No lo sientas —dice y después me acaricia la cara.

Quiero decir algo, tengo muchísimas cosas que decirle, pero ahora ninguna me parece importante. Genio me mira a los ojos. Se ilumina aún más y el brazo que tiene a mi alrededor pierde un poco de fuerza. Niego con la cabeza en señal de protesta y Genio suspira.

Sus labios rozan los míos, nos estamos besando, aunque no estoy segura de cuándo ha comenzado el beso. Sabe a aire fresco, azúcar y luz de las estrellas, y noto sus labios suaves y ligeros sobre los míos. Una mano me acaricia la mejilla de un modo que me hace derretirme en él. No es hasta que abro los ojos, cuando me doy cuenta de que se ha ido. El beso, de forma tan perfecta como empezó, se ha terminado.

Tiemblo y me siento fría, sin vida. Sola.

Unos pasos hacen crujir las hojas detrás de mí y de repente los brazos de Lawrence me envuelven. Seca las lágrimas de mi cara con el dorso de su mano e ignora las lágrimas que surcan su propio rostro.

—Todo irá bien, Vi. Estarás bien. Yo... —susurra Lawrence y vuelve la

vista hacia la hoguera—. No puedo creer que se haya ido.

Miro a Lawrence con el entrecejo fruncido.

—¿Quién dices que se ha ido?

Capítulo 28

Genio

161

Normalmente volver a Caliban no es tan malo como salir hacia el mundo de los humanos. Cuando otros amos han pedido su último deseo, he recibido con los brazos abiertos la cálida sensación del sol de Caliban bañándome, mientras su mundo se va desvaneciendo y el mío va apareciendo. De modo que, al llegar a Caliban, la sensación de envejecer se para de pronto con el primer aliento de aire limpio y fresco.

Pero esta vez lucho por aferrarme a Viola incluso después de sentir que me escurro. Noto el sol de Caliban en mi piel, pero me esfuerzo por quedarme en el frío patio trasero. Un rato más, sólo un rato más, pienso mientras inhalo el aroma a coco de su pelo. Pero ya no está, se ha ido, se han ido, ya no hay nada y estoy solo, con la vista clavada en la puesta de sol violeta y dorada de Caliban.

¿Cómo se vuelve a una estupenda vida que ya no se quiere?

Odio tener que quejarme. Al fin y al cabo, a pesar de todo, me encanta mi trabajo. Hasta me sigue gustando Caliban. Mi apartamento, las puestas de sol, los árboles, los pájaros, los otros genios de piel dorada... Es agradable volver a ser visible por fin para todo el mundo en el mismo sitio. Pero no hay estrellas, ni lluvia, ni ferias en el centro comercial, ni habitaciones «Flamingo Dream». Y tengo la sensación de que me falta un trozo, como cuando un juguete de plástico se rompe y queda un borde afilado.

Recuerdo cuando al principio Viola me hablaba de sentirse completa. Yo estaba completo antes de conocerla y ahora también.

Sí, es cierto.

¿Fue esto lo que sintió al perder a Lawrence? Porque ahora tiene sentido que no supiera qué pedir para sentirse completa otra vez. ¿Qué puede arreglarlo? ¿Qué podría hacerme sentir bien?

Cuando no estoy repartiendo flores, paso la mayoría del tiempo en mi piso, ignorando la cama deshecha y las paredes casi vacías. No es algo fuera

de lo común para un apartamento en Caliban. Los genios pasan más tiempo fuera que dentro de sus casas, puesto que para nosotros la experiencia es más importante que la nostalgia. ¿Y a quién íbamos a echar de menos? Casi nunca nadie se queda el tiempo suficiente para cogerle cariño. Y se supone que eso es lo que les gusta a los genios.

Me acabo de dar cuenta de una cosa: los genios son aburridos.

Más tarde, por la noche, unas semanas después de mi regreso, abro las puertas de mi balcón y me apoyo en la barandilla para contemplar la puesta de sol

Me asalta la impresión de que un compañero genio aparece detrás de mí, justo dentro de mi piso. No me muevo, tengo los ojos clavados en el sol bajo que hay delante de mí. No quiero hablar con él. Al continuar en silencio, el ifrit finalmente me habla:

—Deberías salir esta noche.

—No.

—Te irá bien.

El ifrit avanza y se apoya en la barandilla a mi lado. La ciudad a nuestros pies irradia vida nocturna. Las luces de las discotecas, el olor de los restaurantes preparando las cenas, el sonido de los genios riéndose y reuniéndose en las calles.

—No quiero. Lo siento —contesto mientras me doy la vuelta para apoyar mi espalda en la barandilla.

El ifrit suspira.

—Pensaba que ya se te habría pasado. Déjalo ya. Ella te ha olvidado. Sal y sustitúyela por una genio, alguien de los tuyos. Sigue adelante.

Niego con la cabeza. ¿Cómo puede saber tan poco?

—No puedo seguir adelante, ¿no lo entiendes? Aquí nada avanza. Aquí no puedo seguir adelante. No tengo piezas que añadirme, que cubran el vacío que la pérdida de Viola me ha dejado. Lo tengo todo paralizado, incluso el sentimiento de no tenerla.

—Se te pasará —insiste el ifrit.

—No quiero que se me pase —replico con los dientes apretados.

No me importa lo mucho que me duela. Si se me pasa, será como si nunca hubiera sucedido.

El ifrit me mira como si estuviera intentando captar algún rastro de cordura en mí.

163 —No tardarás en volver a la Tierra y quizás entonces puedas... «desbloquearte». Lo superarás y cuando regreses a tu normal...

—No volveré a la Tierra nunca más.

—Pero...

—No puedo volver sin querer verla —digo y me vuelvo hacia el ifrit—. Si voy, querré verla en algún momento. Si no la próxima vez, a la siguiente. Acabará pasando. Veré cómo cambia, cómo envejece sin mí, sin ni siquiera un recuerdo mío. Luego regresaré aquí, se detendrá el tiempo de nuevo, y cuando vuelva tendrá veinte, treinta o cuarenta años. No quiero volver más. Nunca será como fue ahora. Nunca más seré como yo fui ahora.

El ifrit niega con la cabeza y me mira como si tratara de averiguar qué ocultan mis ojos. Suspira y vuelve la vista hacia la ciudad. El sol está tan bajo en el cielo que no es más que una línea roja brillante en el horizonte.

—Mañana tienes una vista con los Genios Ancianos —dice el ifrit con voz de fracaso—. Infringiste las tres normas con demasiada frecuencia para que ellos lo ignoraran. Nos veremos allí.

Como fue el ifrit que presionó para mi regreso, está obligado a estar presente en mi vista. Asiento, despreocupado, y el ifrit desaparece. No me importan los Ancianos, no me importa lo que me hagan. Ya sabía que llegaría este momento.

Arrastro los pies hacia el interior y dejo las puertas del balcón abiertas para que los sonidos y los olores de la noche inunden mi habitación. Me enrolló en una manta azul marino y me tumbo en la cama, solo.

Capítulo 29

Viola

164

Me quedo mirando el lienzo. Falta algo y si espero lo suficiente, averiguaré lo que es.

Eso es.

Sonrío y salpico con pintura azul la tela, como si tratara de rasgarla con las cerdas de mi pincel.

—¿Todavía estás aquí? —pregunta Ophelia, que me sonrío desde la puerta.

—¿Llevo tanto rato? —Me vuelvo para mirar el reloj y suspiro cuando me doy cuenta de que son casi las siete. Estoy en el aula de dibujo desde que acabaron las clases—. Al menos he terminado este —digo y espero justificar las horas que seguramente debería haber usado para acabar mis deberes de Shakespeare.

—Creo que me gusta. Aunque es un poco escalofriante —opina Ophelia de mi cuadro, con la cabeza inclinada a un lado mientras atraviesa el umbral de la puerta.

El cuadro es atrevido y oscuro. Hay espirales negras como la noche, brillantes círculos dorados, y unas pinceladas azul real, que parecen de seda ahora que están secas. Todos los colores son importantes para mí, como si fueran parte de mí. Sin embargo, aún me cuesta combinarlos correctamente; es como si pertenecieran a un cuadro más grande que no viera con claridad. Creatividad, ¡vete tú a saber!

—Bueno, ¿necesitas que te lleven esta noche? Xander me viene a buscar —dice Ophelia mientras peina en una coleta su pelo color miel.

—No te diré que no —respondo.

Ir a la cafetería donde trabaja Lawrence se ha convertido en un ritual del viernes por la noche para mí y un puñado de alumnos de dibujo.

—Entonces nos vemos en la entrada del instituto. Tengo que ir a mi taquilla —comenta Ophelia.

Recojo mis cosas e ignoro el hecho de que tengo los vaqueros salpicados de pintura azul. De camino al armario del material, para guardar la pintura, veo un lienzo detrás de unos cuantos más en un caballete. Parece en blanco, pero entonces veo una rayita morada. Curiosa, dejo mis cosas amontonadas sobre una mesa y me acerco al caballete. Tiro los lienzos hacia delante y los apoyo en mis hombros para averiguar qué es eso de color fucsia.

Suspiro.

Por eso el departamento de arte siempre está sin un duro, porque la gente malgasta el material.

El dibujo es una cara sonriente con el pelo de punta de color morado. Nada más. Todo un lienzo para un monigote. Estoy a punto de poner los ojos en blanco y marcharme, cuando algo del cuadro tira de mí; un recuerdo, creo, pero no sé de qué recuerdo se trata. Sea como sea, acabo sonriendo de oreja a oreja a la cara sonriente... aunque al mismo tiempo me inunda una extraña sensación de vacío. Como si me hubiera olvidado de algo muy importante.

Qué raro. Sacudo la cabeza y vuelvo a colocar encima los otros lienzos, que cubren la cara sonriente.

—Parking Gratuito. Creo que eso significa que me debe todas sus fichas rojas, señor —le fastidio a Xander.

Me lanza una mirada asesina en broma y me pasa un montón de fichas del Conecta Cuatro. A todos los juegos de mesa de la cafetería les faltan piezas, así que tenemos que mezclar los restos en un solo juego y luego inventarnos nuestras propias reglas.

—Ten, puedes quedarte con mis fichas negras —ofrece Ophelia y le besa suavemente en la mejilla.

—No quiero tu limosna —contesta sin ser borde y ella entrelaza sus dedos con los de él cariñosamente.

—Yo cogeré tu limosna —dice Sarah Larson y da unos toques con sus uñas pintadas de turquesa sobre su montoncito de fichas. Le paso una de las mías y esboza una amplia sonrisa—. La limosna es mejor que nada.

—¿Para qué son esas tarjetas de Candyland? —pregunta Lawrence cuando deja otra bandeja de cafés con leche en la mesa.

Somos los únicos que hay en el local, salvo la otra barista, que coge su bolso para marcharse.

—Son para cuando caes en Atrevido o Verdad —responde Ophelia de manera informal, señalando en los sitios de Suerte en el tablero.

166 Lawrence niega con la cabeza mientras se deja caer en el suelo, detrás de mis piernas.

—No sé ni siquiera si quiero jugar a esto —dice, mirando las tarjetas de Candyland—. Yo voy contigo, Vi.

—Sólo porque estoy ganando —contesto y le doy un golpecito con mi rodilla.

—Va en serio. No querrás que vaya con Xander, ¿no? —replica Lawrence.

Sarah me pasa el dado y yo se lo doy a Lawrence.

—Adelante.

Lawrence tira el dado encima del tablero y por accidente esparce unas cuantas fichas negras que estaban colocadas en el centro. Siete. Cojo el terrier escocés y lo muevo siete casillas, a una de Suerte.

—Ajá, veamos. —Sarah se ríe por lo bajo y levanta una de las tarjetas de Candyland. Le salen dos cuadrados rojos—. Doble rojo. Una pregunta de verdad sobre relaciones.

—¿Cuánto tiempo habéis tardado en inventaros este juego? —pregunta Lawrence y los demás nos encogemos de hombros.

—Tengo una pregunta para ella —dice Ophelia en voz alta, con una ceja levantada.

La otra barista se despide de Lawrence con la mano y se marcha después de apagar las luces del techo. El pelo de Xander es aún más azul en la cafetería ahora poco iluminada. Me cruzo de brazos y espero que me haga la pregunta.

—Vale, no quiero que te resulte incómodo, pero es sobre Aaron —empieza.

Me sorprendo por un instante. La Ophelia que hay sentada delante de mí es muy diferente a la Ollie que salía con Aaron y a veces me olvido de que son la misma persona. Lawrence se pasa entre los dedos unas fichas del Conecta

Cuatro. Por alguna razón no le gusta mucho revivir mis días con Aaron Moor.

—No me resulta incómodo —contesto—, pero no sé más chismes que tú. Vosotros dos salisteis más tiempo que él y yo. Ni siquiera tuvimos una ruptura complicada.

—Ah, no es sobre él. Sólo me preguntaba quién era el otro chico.

Lawrence se atraganta con su café y yo niego con la cabeza.

—No había otro chico. Lo nuestro no funcionaba.

—¿En serio? Vaya, qué aburrido —dice Ophelia con una amplia sonrisa—. Perdona, es que me dijo algo de un chico justo después de que cortarais... ¿Cuánto hace ya, dos o tres semanas? Me contó que por teléfono le dijiste que estabas enamorada de otra persona.

—¡Ja! —contesto—. Pues no recuerdo haber dicho nada de eso. La verdad es que no he estado enamorada de nadie desde que estaba colada por el guapo Laurie de aquí al lado —mientras digo estas palabras le doy un codazo a Lawrence.

En vez de bromear, como yo esperaba, Lawrence deja su café sobre la mesa y se levanta de un brinco. Se mete a toda prisa detrás de la barra y coge una escoba, con la que se pone a barrer como un loco. Los otros cuatro nos miramos sin saber qué le pasa.

—¿Estás bien, Lawrence? —pregunta Sarah.

—Sí. Es que tengo que acabar de cerrar —responde con brusquedad.

Puede que engañe a los otros tres, pero yo le conozco muy bien. Les hago una seña para que esperen un momento y sigo a Lawrence cuando desaparece detrás de la cortina verde bosque hacia el almacén para empleados.

—¿Lawrence? —digo en voz baja cuando el fuerte aroma a granos de café inunda mis orificios nasales.

Lawrence se vuelve hacia mí y veo que tiene los ojos vidriosos, incluso con la poca luz que hay en la habitación. De repente da un golpe con la mano en una de las estanterías y unas cuantas botellas de crema de leche caen por el borde. Me encojo y él se echa al suelo para recogerlas.

—¿Qué sucede? —pregunto con tanto tacto como me es posible. Alarga

un brazo para coger una de las botellas que ha salido rodando debajo de la estantería de metal—. Lawrence, por favor.

—Es que... —dice hacia el suelo de cemento y niega con la cabeza—. No tendrá sentido. Dios, a veces desearía poder olvidarlo todo también...

—Venga, al menos intenta contarme lo que pasa —le pido y me agacho en el suelo, a su lado.

Le cojo la botella de la mano y coloco mis dedos sobre los suyos. Lawrence suspira y se levanta. Me aprieta los dedos ligeramente y aparta la mano.

—Es que... —Se sacude unos posos de café de los vaqueros y frunce el entrecejo como cada vez que intenta buscar las palabras adecuadas—. Es que me pongo... triste... al oírte decir que no te has vuelto a enamorar desde que rompiste conmigo.

—¿Es eso? —digo mientras me pregunto si se nota la sorpresa en mi voz—. ¿Por eso estás tan disgustado?

Lawrence niega con la cabeza.

—Ya te he dicho que no tendría sentido...

Tiene razón. Bueno, me alegro de que no le entusiasme la idea de que no tengo pareja, pero me parece una exageración que se ponga a golpear una estantería.

—Lo siento —dice y sacude la cabeza como si tratara de quitarse una emoción de encima—. ¿Sabes? No es nada. Acabas de hacer... Eres tan buena amiga que supongo que deseo que estés con alguien, eso es todo.

Recoge las botellas y las pone en fila en la estantería.

—Pero a mí ya no me gusta Aaron. Además, os tengo a ti, a Ophelia y a un puñado de fichas del Conecta Cuatro. —Sonrío abiertamente—. Estoy bien.

—Bien. Lo siento, Vi. Sólo he perdido un poco los papeles.

—Vale, ¿entonces puedes volver a jugar al Súpermonopoly Atrevido sin tirar nada? —pregunto con los brazos cruzados.

—¿Volver a jugar a qué? Necesitamos juegos nuevos —dice Lawrence y pone los ojos en blanco, donde todavía queda algo de pena.

Me recuerda a cómo me sentía antes, cuando estaba tan destrozada por

haber roto con él. Da la vuelta a mi alrededor y regresa corriendo al juego. Aún confundida, vuelvo con mi círculo de amigos justo cuando me toca lanzar el dado.

Capítulo 30

Genio

170

Las vistas y otros asuntos oficiales de Caliban celebran en un bonito edificio llamado Casa Central. Tiene unas brillantes columnas blancas, una cúpula plateada, relucientes ventanas y elaborados murales en todas las paredes. Me meto bien adentro las manos en los bolsillos y trato de evitar el contacto visual con los genios que andan pululando por allí. Ya he estado aquí antes, cuando me estuve formando para ser un ifrit, pero nunca para algo tan desagradable como una vista. Sobre todo cuando sé que no tengo posibilidad de salir indemne.

La sala de vistas es grande, más que nada para que tenga espacio la mesa gigante que se extiende horizontalmente delante de mí. A ella están sentados los Genios Ancianos, que me prestan muy poca atención. Por lo visto, tienen distintas edades: uno es tan viejo que su piel parece ajada y su pelo es blanquísimo, y hay otro que tan sólo parece unos diez años mayor que yo. No obstante, todos tienen muchos siglos aunque no lo parezcan; depende de cuánto tiempo hayan pasado en la Tierra.

Camino hacia una mesa mucho más pequeña en el centro de la sala, donde está el ifrit. Intercambiamos miradas cuando me detengo junto a él. Uno de los Genios Ancianos, el que tiene la piel ajada, me mira con ojos turbios. Me inclino hacia él para hacerle saber que estoy preparado para comenzar. Bueno, lo más preparado posible.

—¿Empezamos? —dice el Anciano de piel ajada con una voz que casi es un susurro.

Es el más viejo de todos y está sentado en el centro de la mesa. Levanta la barbilla para verme debajo de unas cejas blancas similares a una oruga.

—Has infringido —el Genio Anciano baja la mirada para echar un vistazo a una lista y, a pesar de sus cejas pobladas, veo que se le abren mucho los ojos al ver lo larga que es —los tres protocolos. En numerosas ocasiones. —El Anciano empieza a contarlas infracciones con un lápiz que va repasando la

lista. Pasa la página, emite un fuerte suspiro, y alza la vista con una expresión de incredulidad en el rostro—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Nada —respondo y me quedo con las manos en los costados—. Nada. Bueno, excepto que ella me ordenó que la llamara por su nombre, así que eso no debería contar. Y otra vez me mandó que me volviera visible, así que... eso tampoco cuenta.

El Anciano de piel curtida parece satisfecho.

—Ah, bien. Eso nos deja con...

Vuelve a mirar la lista y la expresión de satisfacción desaparece. El Anciano suspira y se lleva una mano a la cabeza.

—¿Por qué violaste las otras normas? ¿Las que no fueron una orden directa? —pregunta el Anciano que parece más joven, con una voz enérgica, comparada con el susurro apagado del Anciano de piel curtida.

Respiro hondo.

—Por propia elección. Las violé por propia elección.

Una Anciana se cruza de brazos.

—No está en nuestra naturaleza formar parte de su mundo, como tú has intentado hacer. Los tres protocolos están para protegerte no sólo a ti, sino al resto de nosotros. Has puesto en peligro toda nuestra existencia. ¿Quieres ser el responsable de que los humanos nos conozcan? ¿Quieres ver cómo los codiciosos humanos llaman a diario a tus compañeros?

—No —digo en voz baja.

—Deberíamos castigarlo —dice uno de los Ancianos y me lanza una mirada fría—. Debe compensarnos por sus acciones.

Los ancianos, uno a uno, se ponen de acuerdo. Me van a castigar. Estaré solo, encerrado en algún objeto mortal. No quiero estar solo. Empiezo a marearme cuando oigo meter baza a los demás Ancianos.

—Él nunca había roto antes el protocolo —dice el Anciano más joven.

—Pero esta vez ha infringido demasiadas normas —replica otro.

—Ya, aunque el número se reduce mucho si tenemos en cuenta que su ama le ha olvidado.

—Aun así, deberíamos castigarlo para que comprenda la gravedad de sus

acciones.

—Es joven y por un único error no merece que le arrebatemos tantos años de su vida. Antes de que impusiéramos los protocolos, nosotros mismos los violábamos con frecuencia.

172

—Estoy seguro de que nunca he roto tantas reglas.

—Tan sólo digo que ese castigo es demasiado severo por ser la primera vez que se salta las normas.

El Anciano de piel ajada interrumpe el parloteo.

—¿Alguien sugiere otra forma de hacerle pagar su deuda con nosotros?

Nadie contesta. Una de las Ancianas me mira, indignada.

—A mí se me ha ocurrido una —dice una voz, que cae como agua caliente sobre mi cuerpo helado.

Es el ifrit. No me mira, tiene el rostro firme y sereno.

—¿Y cuál es? —pregunta el Anciano de piel curtida.

El ifrit se estira la túnica.

—A pesar de que no eligió demasiado bien mientras estaba en la Tierra, ha demostrado ser muy consciente de la mente y la condición humana. Una vez quiso ser ifrit, aunque acabó dejando el curso. A pesar de eso, creo que si se convierte en ifrit podría desarrollar muy bien sus habilidades. Más aún que si se le condena a vivir encerrado en la Tierra.

No. No quiero volver. No quiero ver que Viola se ha olvidado de mí. Además, no seré capaz de mantenerme alejado de ella... Sé que no podré. Esto es tan malo como estar encerrado. Peor. Sería horrible estar solo, pero al menos no tendría que verla sin mí.

El Anciano de piel curtida frunce el entrecejo por un instante y se pasa una mano por sus cejas gigantes. Los otros Ancianos revuelven papeles, algunos asienten y otros ponen mala cara. El ifrit continúa sin mirarme a los ojos.

—¿Le ves capaz de meter presión con eficacia? Por aquí consta que en la formación no llevó a cabo una simple presión... un accidente de coche o algo por el estilo...

—Creo que tiene sus preferencias en cuanto a cómo ejercer presión.

Igual que todos nosotros —comenta el ifrit.

—Y tendrá que dejar su trabajo de repartir flores...

«No, no me hagas esto.»

—...para convertirse en ifrit, naturalmente.

Los Ancianos se inclinan sobre la mesa, murmurando unos con otros, fuera del alcance de mi oído.

—Muy bien —concluye el de la piel curtida mientras los demás Ancianos se recuestan en sus asientos—. Es decisión tuya cómo debes saldar tu deuda. Puedes estar encerrado en un objeto de la Tierra durante seis meses o estar al servicio de los ifrit durante dieciocho meses. Tendrás que dejar tu trabajo actual, repetir la formación y demostrar que eres eficaz presionando.

Seis meses. Sólo son seis meses. Volveré y seguiré repartiendo flores. ¿Cómo voy a presionar a un mortal, sobre todo ahora? ¿Y cómo voy a regresar a la Tierra sin encontrarla... sin que quiera morirme cada vez que la vea moverse, vivir o cambiar sin mí? Creo que no es justo.

—Elige el trabajo —me susurra el ifrit, tan bajito que apenas le oigo.

—No quiero —respondo con voz quebrada.

—Dice que tomará el puesto de ifrit, señor —responde él por mí.

Abro la boca para protestar, pero el Anciano empieza a hablar demasiado pronto.

—En el vestíbulo rellenarás la documentación necesaria —me informa el Anciano de piel curtida. Chasca los dedos y una pila de papeles aparece en la mesa, delante de mí—. Y espero no volver a verte más en una vista.

Entonces los Genios Ancianos, uno a uno, se levantan y se van por la puerta que hay detrás de la mesa antes de que me recupere del shock para hilar de forma coherente unas cuantas objeciones. El ifrit se vuelve sobre sus talones y avanza hacia la puerta a grandes zancadas mientras mi frustración me paraliza.

¿Cómo ha podido ocurrir esto? Nunca debería haberle dicho que no quería volver. Esta es su venganza personal. Me tiemblan las manos mientras mi enfado atraviesa mi cuerpo, que no está dispuesto a moverse, y me doy la vuelta hacia el ifrit.

—¡Oye! —grito cuando el ifrit llega a la puerta de la sala de vistas.

El ifrit se vuelve. Cojo la documentación y corro hacia él, con la cara roja y la cabeza dándome vueltas.

—¿Qué? —pregunta el ifrit.

—¡Yo confiaba en ti! Te dije todo aquello como una confidencia y lo has utilizado en mi contra. Sabías que no quiero regresar y ahora... ¡estaré un año y medio! ¿Cómo has podido? —le suelto, agitando los papeles delante de mí.

El ifrit permanece en silencio durante un raro mientras examina mi rostro.

—Ambos sabemos que hubieras sido un ifrit magnífico, pero nunca les quisiste hacer daño. Te importan, siempre te han importado. A mí en cambio, nunca me ha preocupado cómo ejerzo la presión. —El ifrit sacude la cabeza con un aire de asombro en su cara—. Sé lo que quieren los mortales y sé lo que quieres tú. No volverás a ser feliz en Caliban nunca más.

—¿De qué estás hablando? —digo con amargura.

Ya lo sé. Créeme, ya lo sé.

—A pesar de todo, sigues siendo uno de los nuestros. Y como un compañero que eres, quiero que seas feliz, amigo mío. Creía que lo serías al volver a casa, pero me he equivocado. Los genios no tienen que sentirse destrozados como los mortales, pero aquí estás tú, tan hecho polvo y sin remedio. Lo veo en tus ojos del mismo modo que veo qué necesito para conseguir que un mortal pida un deseo. Así que si para sentirte completo otra vez, tienes que estar con esa chica, ya está. Ahora tendrás acceso a ella, sin nadie que te vigile, sin protocolos, siempre y cuando no olvides las obligaciones que tienes con los tuyos.

Aprieto los labios por el dolor y la rabia.

—Ella me ha olvidado. Se ha acabado. No quiero volver a verla y ahora tendré que hacerlo. No seré capaz de evitarlo. Tendré que quedarme cruzado de brazos y observar cómo... vive. Sin mí.

El ifrit se encoge de hombros.

—Entonces he sobreestimado lo que sientes por ella.

Me quedo boquiabierto.

—¿Cómo te atreves? ¿Porque no quiero ver que me ha olvidado?

—No. Porque nada ha desaparecido ni se ha olvidado. Si tú eres parte de ella y ella de ti, el recuerdo es un mero obstáculo. Nuestro poder oculta el recuerdo, no lo borra. Y pensé, al menos por lo que vi ayer por la noche en tus ojos, que era un obstáculo que merecía la pena vencer. A menos que, por supuesto, haya sobrevalorado lo que sientes por ella.

175

Me quedo callado y bajo la vista para luego volver a mirar al ifrit, que suspira.

—Me convertí en ifrit para salvar las vidas de mis compañeros genios. ¿Qué clase de salvavidas sería si te dejara aquí sentado, marchitándote en el paraíso?

«Es sólo un obstáculo. Sólo un obstáculo.»

Miro al ifrit a los ojos.

—Qué hay de aquella charla de los pájaros y los peces que no podían vivir juntos?

El ifrit se encoge de hombros.

—Te sugiero que empieces a aguantar la respiración, amigo —responde y luego empuja las puertas de la sala de visitas para abrirlas—. ¡Aún creo que estás loco, que conste! —dice antes de que las puertas se cierren.

La brisa que se levanta hace que los papeles salgan volando de mis manos y quedan esparcidos como hojas sobre el suelo de mármol. Los recojo despacio y noto una extraña sensación vibrante en el pecho.

Capítulo 31

Viola

176

Es medianoche y la cafetería ha cerrado ya hace casi una hora. Todos se han ido a casa, algunos a casa de amigos y otros, de fiesta. Lawrence y yo nos sentamos en su invernadero, cada uno tumbado en un sofá de cuadros escoceses, mirando la televisión a través del reflejo del techo de cristal.

—Voy a buscar una bebida. ¿Quieres algo? —pregunto y estiro mis brazos por encima de la cabeza.

Lawrence, que todavía huele mucho a café y a vainilla, niega con la cabeza.

Mi mano vaga por la nevera hasta que da con una lata de refresco. Estoy a punto de abrirla, cuando oigo la voz de Lawrence, amortiguada por la distancia y el sonido del televisor. Suspiro. La madre de Lawrence se ha estado aferrando al hecho de que a su hijo se le pasará «lo de ser gay» y volverá conmigo. Casi cada vez que voy a su casa, acorrala a Lawrence para preguntarle por nuestro «futuro». Tendré que ir a rescatarlo de nuevo.

Me detengo en el pasillo que lleva al invernadero y espero una pausa en su conversación para que la interrupción no sea tan brusca.

—¿Cómo sabes que no se acordará de ti cuando te vea? —pregunta Lawrence en un fuerte susurro.

Me esfuerzo por oír la respuesta, pero no distingo otro interlocutor.

—¡Ya llevas casi una semana en la Tierra! Nunca lo sabrás si no te arriesgas y te muestras ante ella. Por cierto, no me gustas nada con ese uniforme...

Nadie contesta.

—Lo único que digo es...

—¿Con quién estás hablando? —pregunto, una vez he decidido que es imposible que la madre de Lawrence este allí, pues ella habla demasiado fuerte para que no la haya oído las dos veces.

Me apoyo en el umbral del invernadero, con las cejas levantadas.

Lawrence se sienta enseguida y parece un animal enfocado por los faros de un coche.

—Conmigo mismo —responde—. Estoy ensayando unas frases para una obra que el grupo de teatro hará más adelante este año.

—¿Qué obra? —pregunto.

—No importa —contesta Lawrence y suspira.

—¿Qué? Sólo era una pregunta. Vaya. Tranquilízate.

—No, no quería ponerme así contigo. Es que... no sé. Pero da igual.

—Ummm...vale—digo.

Me doy cuenta de que me he dejado la bebida en la cocina y le lanzo a Lawrence una mirada de recelo cuando voy a por ella. Creo que necesita dejar de tomar expresos después de cerrar la cafetería.

—Viola.

Me detengo. La voz que ha pronunciado mi nombre no es la de Lawrence. Me doy la vuelta.

Un chico de piel dorada está de pie junto al sofá en el que está sentado Lawrence. Tiene el pelo rizado y negro, tan oscuro que me recuerda al cielo nocturno, y lleva una túnica azul marino con una «I» con florituras bordada sobre la parte izquierda del pecho. Con una mano sujeta un ramo de rosas, cada una de un color diferente: rojo, azul fuerte, melocotón, coral, amarillo, lavanda e incluso hay algunos colores que no sabía que pudieran tener las rosas. Lawrence le dedica al chico una sonrisita antes de ponerse de pie a su lado.

¿Cuándo ha entrado?

El chico deja las rosas sobre la mesa. Las ha estado sujetando tan fuerte que las hojas de la parte de abajo están aplastadas.

—¿Lawrence? ¿No me vas a presentar? —pregunto.

La manera que tiene el chico de mirarme, con esos ojos oscuros y firmes, es un poco perturbadora. Los desconocidos no deberían mirar de esa forma. El chico se acerca un paso a mí y yo retrocedo también un paso. Me pone algo nerviosa, pero es más y un cosquilleo que miedo.

—¿No lo conoces? —pregunta Lawrence con cautela—. Míralo otra vez.

¿Adónde quieres ir a parar? Observo al chico un rato más. Hay algo dulce en sus ojos, algo que me haría sonreír si no estuviera tan confundida con todo esto. Aunque de una cosa estoy segura: No lo conozco.

—¿Te has vuelto loco? —le pregunto a Lawrence y me obligo a apartar la mirada del desconocido.

—Mira, sé que es raro, pero escucha, ¿vale? —continúa Lawrence—. Piensa. Esfuérzate, Vi. Piensa en los cuadros, en cuando salías con Aaron, cuando fuimos a la feria y... jugamos con las nubes. ¿Estás segura de que no conoces a este tío?

Muy bien. Intento concentrarme en las palabras de Lawrence. Cuadros, Aaron, ferias, aquel juego con las nubes... Nada tiene que ver con este chico, que ahora me mira tan fijamente que cruzo los brazos sobre el pecho de manera protectora.

—No —contesto cuando estoy totalmente segura de que la cara de este chico no existe en mi memoria.

—Estás segura.

—Sí.

—No pasa nada —me dice el chico e interrumpe a Lawrence que niega con la cabeza y suspira. El chico me mira y señala las rosas que hay en el borde de la mesa—. Son para ti. Sólo las... he dejado aquí —dice y las toca con cuidado.

Deja la mano sobre ellas un momento, con las yemas de los dedos apoyadas sobre una rosa azul. Hay una expresión firme en su rostro, como si estuviera obligándose a seguir impasible. El chico retrocede y se da la vuelta para marcharse del invernadero por la puerta que está más lejos de mí.

—¡Espera, dime quién eres! —grito detrás de él ¿Por qué tanto secreto? —No sé por qué es tan difícil. ¡Exijo una respuesta clara!

Alzo mis manos al aire y me doy la vuelta para volver a la cocina con un suspiro. Hombres.

Oigo cómo el chico respira hondo y luego ríe con desgana mientras me dirijo hacia el pasillo.

—Como desees —murmura.

Me doy la vuelta.

Eso me suena. Lo he oído antes.

Regreso a la puerta del invernadero. El chico aún está de pie al otro lado de la habitación. Miro a Lawrence, que me está mirando fijamente, con una chispa de esperanza en los ojos.

—Eso me suena —digo—. Me suena, pero tú no. Aunque me es familiar. —Entro en el invernadero, y el aroma de miel y especias flota a mi alrededor—. Conozco todo esto —murmullo.

Algo raro está pasando. Es como si Lawrence y el desconocido hubieran desenterrado recuerdos que estaban ocultos, tapados con un velo, como la sensación que deja un sueño. Cuanto más me esfuerzo por acordarme, más se me escapa el recuerdo.

—Conozco... —Me tiembla la voz un poco por la confusión. Los ojos de Lawrence van de mí al chico—. Conozco... Caliban. Algo llamado Caliban. ¿Caliban? ¿Qué es un Caliban? ¿Por qué no me acuerdo...?

—Sí —dice el chico con la voz entrecortada y se acerca unos pasos a mí.

—Y... —Algo más. Hay algo más. ¿Qué es?—. Y... la feria. Y yo y Lawrence, la hoguera que hicimos hace unas semanas. Creo que estabas allí...

—Sí.

Da otro paso y yo me quedo en mi sitio.

—Y... —dudo.

—Hay más —dice el chico.

—Eso es todo lo que recuerdo —contesto, negando con la cabeza.

Bajo la vista hacia el ramo de rosas que sigue sobre el filo de la mesa. Cuando alzo los ojos para mirar otra vez al chico, me está mirando con una intensidad increíble. Tiene unos ojos extraños, casi como los de un animal, tal vez los de un ciervo o un lobo. Extiende una mano hacia mí, con la palma abierta.

—Es todo lo que recuerdo —repito, pero mi voz ahora es un susurro.

Hay más, sé que hay más, pero no lo veo. Miro la mano del chico y me doy cuenta de que, sin pretenderlo, estoy levantando mi propia mano. El joven observa con ansia mis dedos mientras acerca los suyos. No lo conozco.

Mi mano entra en contacto con la suya. Rodea mis dedos con los suyos y se acerca un paso más. ¿Por qué estoy haciendo esto? No lo conozco. Me mira a los ojos como si estuviera leyendo algo detrás de mis iris y me coge de la otra mano.

Niego con la cabeza. No lo conozco. Pero sus ojos son profundos, su piel suave...

—Viola —dice con una voz tan baja que apenas le oigo.

Respiro hondo.

—Genio.

La palabra sale de mis labios como un susurro esperanzador. «Genio» Lo conozco, conozco todo esto.

«Me acuerdo.» Los sentimientos y los recuerdos asaltan mi mente, de forma tan brillante y abrumadora que apenas puedo respirar.

Jadeo en busca de aire.

—Genio —repito, aunque esta vez en tono suplicante.

La expresión de preocupación de Genio desaparece y me rodea con sus brazos. Hundo la cara en la seda de su uniforme de ifrit y Lawrence suspira, satisfecho, cuando Genio me pasa una mano por el pelo y me río porque si no lo hago, lloraré.

Pasa un rato antes de que pueda volver a hablar.

—Te había olvidado —digo con la respiración entrecortada.

—No, no lo hiciste. Sólo se ocultó el recuerdo. La magia no puede borrar los recuerdos, sólo los... esconde. A menos que haya algo tan fuerte como para desvelar la verdad.

Asiento, pero sólo puedo sacar una frase de mis labios:

—Has vuelto.

Le miro a los ojos, muy consciente de que he sonado como una niña pequeña, pero no me importa.

Genio sonrío y niega con la cabeza, luego me acaricia la mejilla con dulzura. Me mira a los ojos por un instante y luego se vuelve hacia el filo de la mesa.

—Te iba a traer rosas de color rosa claro que significa admiración,

amistad, romanticismo.

—Siempre he querido que alguien me regale flores —digo, aunque eso por supuesto él ya lo sabía:—. ¿Y por qué me has traído rosas de todos los colores?

181

Genio se sonroja tanto que lo noto a pesar de su piel morena. Mira al techo.

—Porque... —Vuelve a mirarme a los ojos—. Porque tú eres más para mí que lo que pueda expresar un solo color de una rosa. Eres la pieza que me falta, Viola. Te quiero.

Se me hincha el corazón. Inhalo y tiro de él para acercármelo tanto que noto su aliento en mi cara.

—Creía que los genios no se enamoraban —murmuro, incapaz de contener una sonrisa.

Él se ríe un poco y le brillan los ojos.

—Pues yo sí.

Y entonces nos besamos, el uno en los brazos del otro, mientras sobre el techo del invernadero las estrellas resplandecen en la noche.

FIN...